POESIAS

JUAN CRUZ VARELA

Nació en Buenos Aires el 24 de Noviembre de 1794 y se educó en pleno período revolucionario, inclinado a las letras clásicas y a las ideas filosóficas modernas. Su vocación poética se manifestó precozmente, ensayándose en traducciones latinas y producciones juveniles de carácter erótico.

En 1816 fué diputado al Congreso General y más tarde nombrado secretario de ese cuerpo, hasta 1826. Su activa participación en la vida política le condujo al periodismo, que fué su palestra más brillante. Fundó y redactó "El Centinela", "El Mensajero Argentino", "El Tiempo" y otros periódicos que alcanzaron merecida influencia en Buenos Aires. Vinculado a las reformas liberales de Rivadavia, fué uno de sus más valientes paladines hasta la hora de la emigración; antes, durante muchos años, escribió gran número de poesías y letrillas satíricas que corrieron de mano en mano, alcanzando por ellas una verdadera celebridad literaria.

Frutos de estación las más, creyó Varela que perderían su sabor una vez pasada su oportunidad; por eso, al seleccionar sus composiciones dignas de la publicidad, las excluyó en masa, no advirtiendo que con ellas moría lo más agudo y picante de su ingenio.

Las poesías que componen el presente volumen son las elegidas por él, en Montevideo (1831), y fueron por su parte objeto de numerosas correcciones; su estro, inseguro y frío en las de carácter amatorio, toma libre vuelo en las odas patrióticas, culminando en su poema lírico "A la batalla de Ituzaingó".

Siguiendo sus inclinaciones clásicas, hizo traducciones de Ovidio y de Horacio, siendo su tentativa más feliz en este género la traducción de algunos libros de la "Eneida", de Virgilio, en la que ocupó muchas horas de su destierro. Escribió dos tragedias, "Dido" y "Argia", cuyo valor lírico excede en mucho a su mérito como obras de teatro; tienen corte clásico y están inspiradas, respectivamente, en Virgilio y en Alfieri. Sus poesías seleccionadas fueron editadas conjuntamente con las tragedias, en Buenos Aires, 1879, por la imprenta de "La Tribuna".

Siguiendo los destinos del partido rivadavista vióse obligado a emigrar de su patria por la restauración conservadora. En Montevideo actuó en la prensa liberal, combatiendo a Rozas, y se consagró a trabajos literarios. A la edad de 44 años falleció en Montevideo, el 24 de Enero de 1839.

JUAN CRUZ VARELA

Poesías

Reedición completa en 1 volumen
con un prólogo de
VICENTE D. SIERRA



BUENOS AIRES
«La Cultura Argentina» — Avenida de Mayo 646
1916

JUAN CRUZ VARELA

En el insignificante período de tiempo que abarca la vida argentina, desde la revolución de Mayo hasta la organización nacional, descuellan, en un medio desfavorable para las manifestaciones espirituales, hombres cuyo mérito, si no está siempre reflejado en obras escritas, lo está intensamente en la acción desplegada a su alrededor para infundir en el medio la inquietud de sus espíritus. Hombres que vivieron toda su Vida, cosa inerte que el ser humano pone en acción, y que tuvieron lo que hace más sugestivo el pensamiento: la inquietud.

Mientras la barbarie lanzaba contra la capital sus huestes nómadas, encabezadas por el caudillo; mientras la reacción colonial acechaba las menores debilidades del pensamiento liberal argentino—que era lo uno, por ser lo otro—había que terminar la obra iniciada en Mayo, "triunfando de nosotros mismos", como dijera Rivadavia; y para ello era necesario poseer, sobre un infinito amor a la patria, esa inquietud espiritual que es el mejor blasón del hombre.

En esa pléyade de hombres que dieron elementos para forjar una mentalidad nueva sobre la realidad geográfica de la patria, vivieron potencialmente innumerables factores que son los elementos básicos de la conciencia nacional, entendida como la manifestación de un sentido propio y caracte-

rístico del pueblo argentino; entre esos hombres, más grandes por sus espíritus que por la obra material dejada, se cuenta Juan Cruz Varela.

Nació en Buenos Aires el 24 de Noviembre de 1794 y murió expatriado en Montevideo, el 23 de Enero de 1839. Desde el año de la revolución hasta 1816 estudió en Córdoba, donde escribió sus primeros versos: un poema en quintillas imitando al *Lutrin*, de Boileau, sobre un motín universitario.

Don Francisco José Planes fué, en Buenos Aires, uno de sus profesores; conforme al espíritu moderno, para su época, aquel profesor llevó a su cátedra de filosofía las doctrinas de la Francia revolucionaria, que fueran el breviario de la revolución argentina; si no marcaron rumbos en las tendencias ya definidas de Varela, debieron permitirle, por lo menos, afirmarse en las disertaciones de su profesor. Y cuando la tentativa, extraña a su medio, de Rivadavia, pidió hombres esforzados y con algo de aquella *divina ilusión* que alentaba al gran gobernante, Juan Cruz Varela fué uno de ellos, quizás el más esforzado, el más valiente, siempre el más convencido.

Al servicio de la obra del gran estadista, puso su pluma y su talento, que hicieron célebres las columnas de "El Mensajero Argentino", "El Centinela", "El Tiempo", "El Porteño", etc., etc., fustigando al despotismo que amenazaba al país constantemente, y que llegó a imponerse con Rozas.

La reforma eclesiástica, suprimiendo el fuero personal del clero, convirtiendo al Seminario Conciliar en un colegio del Estado, organizando el cuerpo capitular, cerrando las casas de los regulares Betlemitas y otras menores, declarando pro-

piedad del Estado los bienes de las órdenes suprimidas, si bien fué recibida con el beneplácito de lo más distinguido del clero de la época, y defendida por alguno de ellos (1), respondía a un estado de espíritu que esa misma parte del clero no apoyó nunca; y esa reforma no pudo menos que perturbar los ánimos. Una polémica periodística, agitada y enérgica, fué el preámbulo. Un motín el final.

En aquellas polémicas tercia Varela. Rivadavia es el alma y Varela el brazo. Enérgico, casi elegante, tratando de elevar siempre la polémica y huyendo de las cuestiones doctrinarias por razones fáciles de explicar, defiende la política del momento. Fray Cayetano Rodríguez es el contrario; con su palabra mesurada, colocado en una posición superior a Varela, porque defendía sin ocultar nada, obligaba a éste a emplear toda su habilidad de escritor. Si sólo se apoyó en los campeones del regalismo para defender la reforma de Rivadavia, huyendo las doctrinas de la enciclopedia, "por más que su espíritu acompañe sin cesar al periodista"—como ha dicho Korn—fué porque el medio lo habría aplastado totalmente si así no lo hiciera, dado que aquel gobierno fué una tentativa superior a su ambiente.

Hijo de una familia ejemplar por sus virtudes, de aquellas familias del pasado argentino que resuman a la distancia un dulce aroma de paz y bondad, fué criado, como su hermano Florencio, el paladín de la causa nacional en los oscuros días de la tiranía, en la doctrina del amor a la patria

(1) El deán Funes en sus *Reflexiones*, contestando una pastoral del obispo Muni, de Chile. En la Biblioteca Nacional, bajo el No. 6401.

y a los hombres. Demócrata por temperamento y por convicción, él nos dice que "es necesario hablar ante el pueblo de un modo consecuente"; él ve "felizmente sacudida aquella indigna timidez" que devoraba los pechos argentinos, y en un rasgo de sinceridad exclama: "Realizado el primer objeto de la revolución, la independencia, es necesario realizar el otro, que es destruir la organización colonial", convencido de que había que substituirla por otra, "acomodada, no sólo a las necesidades de los pueblos, sino también al espíritu preponderante en el siglo de nuestras libertades". Cuando llegaron los días trágicos de la tiranía, y el pensamiento argentino tomó la dolorosa ruta de la expatriación, Varela siguió el camino de todos los buenos.

En este prefacio a la reedición de sus obras poéticas, no podíamos hablar de ellas sin evocar antes la figura del que siempre combatiera al lado de los que han dejado páginas de honor para nuestra historia.

"Antes de 1824 se habían hecho en Buenos Aires muchos versos, pero no había aparecido un verdadero poeta. El primero que entre los argentinos fué digno de ese nombre, el que representó allí honrosamente la escuela clásica, colocándose, si no al nivel, a corta distancia de los Olmedos y Heredias de otras partes, fué Juan Cruz Varela". Así ha dicho el gran polígrafo español M. Menéndez y Pelayo (1); en efecto, su obra poética es la primera que puede ser analizada sin tener en cuenta conceptos de relatividad, propios para aplaudir

(1) Antología de poetas hispano-americanos. Tomo 4, Pág. CXXVII.

las obras que no resisten el escalpelo del estudio crítico.

Lírico por excelencia, apegado a las formas clásicas, tuvo todas las virtudes y todos los vicios de esta escuela literaria. Al leerlo, como a todo poeta de tiempos pasados, es necesario desligarnos de los conceptos que puedan, o no, tenerse de la poesía y de lo poético, para colocarse en el mismo plano que vivió el poeta; haciéndolo así, con Varela, debemos reconocer que nadie como él, antes de Echeverría, reunió con mayor altura la belleza de forma y de fondo, que lo coloca como autor de manifestaciones literarias dignas de convivir al lado de lo bueno producido entre nosotros durante el siglo pasado. Fué clásico por su exposición, por sus movimientos líricos, por sus giros poéticos y por la elegancia de su obra toda. No en balde sus admiraciones más sinceras fueron Anacreonte, Virgilio, Horacio y Ovidio.

Si al volver, en 1816, de la Universidad de Córdoba, no traía ninguna toga clerical bajo su brazo, en cambio, un cuaderno de poesías indicaba que el que debió doctorarse en cánones, volvía doctorado como hombre de mundo, dado a la poesía y a los amores. Sus versos de entonces son unas anacreónticas a *"Laura"*, a *"Delia"*, etc., en las cuales se nota la manifestación de un talento no maduro todavía, y la influencia que sobre su dirección espiritual, como poeta, ejerciera Meléndez. Todas esas poesías amatorias, que, crítico implacable de la propia obra, desdeñara años más tarde al hacer una selección de ellas—cuya reedición es la que prologamos—tienen un mismo carácter; son frías, convencionales; juegos de palabras en los que el poeta no ha sentido lo que expresa o no ha sabido expresar lo que dice sentir.

En las quintillas recordadas, que escribió sobre un motín universitario, Varela deja traslucir su dominio de la sátira, que hizo célebre su nombre años más tarde. Dicho motín parece que dió lugar a un atrincheramiento en reglà de los insurrectos, abriendo la primer brecha un personaje que Varela describe así:

Entró una nariz primero,
luego un ala del sombrero,
después dos cejas pasaron,
y de tantos como entraron
Don Diego Olmos fué el postrero.

Pero su primera obra de importancia fué el poema *Elvira*. En su composición puso especial cariño el poeta, y así lo acompañó toda su vida, en que lo pulió varias veces hasta la forma definitiva como fué incluído en su selección.

Escrito en octavas reales, parece la historia de los primeros amores de Varela. De tono marcadamente romántico y de forma descriptiva, no convence. Tiene el carácter común a todas sus poesías amatorias, la frialdad, los caracteres falsos de los personajes. Es que en verdad, Varela—como poeta—no amó a la mujer. Hizo de ella motivo de adoración; la sacó de la vida para colocarla en altares que su imaginación forjara. Faltó el elemento pasional verdadero, que es fuente de verdadera poesía, y así como podemos decir que Santa Teresa cantó a Jesús en versos inimitables, porque lo amaba, también decimos que Varela fué falso cantando a la mujer, porque puso adoración en ella y no amor. Y esa adoración fué, en gran parte, "pose" más que sentir de poeta.

Sin embargo, de vez en cuando brillan en las

octavas del poema momentos felices, que encantan por la sencillez simplemente descriptiva o por los conceptos y comentarios que el poeta hace. He aquí un ejemplo:

Tiemble la hermosa, cuando sola, al lado
De su querido el corazón le lata;
Que contra el ruego de un amante amado
Es imposible que el rubor combata:
El primer beso a la modestia hurtado,
El primer nudo del poder desata,
Y arrancada a la flor la primer hoja,
Un hálito del aire la deshoja.

Hay momentos en que son visibles rasgos de sensualidad que el poeta trata de acallar, como si temiera las libertades de su estro; sensualidad explicable, porque Varela no fué un madrigalista cursi para cantar el amor; y si el poeta vive en esos versos, tan visible como él es el hombre. Y nos cuenta que sedujo a Elvira porque

La ley de amor es ley de unirse,

describiendo en octavas que son lo mejor del poema, la "caída" de la protagonista. El poema termina con la entrada de un rival del enamorado, quien persuade a Elvira de que su amante la ha perdido divulgando su falta. Elvira olvida al seductor, y éste, sin poder olvidarla, exclama:

¡Oh, días de mi gloria! ¡Oh dulces horas
Las que testigos de mi amor, volaban!
¿Quién os creyera nunca precursoras
De los días de horror que me esperaban?
¿Pero cuándo las penas roedoras

Con la quietud del corazón no acaban?
¿Cuál barquilla, que incauta se ha engolfado
En el mar del amor, no ha zozobrado?

Hablando de este poema, Menéndez y Pelayo ha dicho que alguna de sus octavas recuerdan las mejores de la *Silvia*, de Arriaga.

Juan María Gutiérrez, hablando de él, dijo, en un meditado estudio (1): "Pasa de la anacreóntica sencilla y por demás inocente, a la hinchazón de la estrofa, a la solemnidad de la canción, a la rotundidad épica de la octava: esto es en cuanto al metro. Pero la forma tiene en nuestro poeta tanto predominio sobre el pensamiento, la idea o la sensación que con ella se visten, que sus obras eróticas parecen reminiscencias de los autores españoles e italianos de épocas desgraciadas para este ramo de la literatura."

Instalado en Buenos Aires, donde pronto fué considerado como una gloria de las letras nacionales, triunfó en sus salones y fué el poeta de la sociedad porteña de la época. Pero su lira no se había expresado aún en tonos heroicos.

La declaración de la independencia, las campañas de San Martín, llevando el verbo de la libertad hasta el Alto Perú, no podían menos que reclamar las expansiones líricas de Varela, quien cantó la gloria de los vencedores de Maipo con toda la fuerza de su lirismo exuberante, contagiado de una inspiración patriótica que lo convirtió en el primer poeta cívico de su generación.

---

(1) *Estudio sobre las obras y la persona del literato y publicista argentino D. Juan Cruz Varela*. En los tomos 1, 2, 3 y 4 de la «Revista del Río de la Plata».

Llegaron luego los días luctuosos de las guerras civiles. El caudillismo torvo y bárbaro parecía que iba a ahogar toda la vida nacional en la violencia de las turbas indisciplinadas. Había llegado el año 20. Varela pinta como desesperada la situación de la patria, en "elegías" que pueden ser consideradas como modelos en su género: por su fuerza lírica, por su emoción sincera y por la inspiración realmente sentida que en ellas puso el poeta; y cuando dentro del cuadro de dolor se descubre la figura, intachable en su virtud y en su nobleza, de Manuel Belgrano, bajando a la tumba, Varela lloraba aquella muerte diciendo:

Faltas, Belgrano, faltas: Y a la tierra
Que defendió tu espada
Todo lo que en tu túmulo se encierra,
¿Quién podrá ya volver? Abandonada
la patria al desconsuelo
La copa apura del furor del cielo.
.. ..

Hemos hablado de su actuación junto a Rivadavia; éste lo llamó a su lado "para honrar con las promesas de su talento un puesto bien recompensado en la administración, comenzando así la serie de servicios que había de prestar al progreso del país con la incansable valentía de su pluma, al abrigo de una posición que le aseguraba la existencia". De esa época, además de la labor de periodista, existen multitud de cantos en los que comenta líricamente la obra de Rivadavia al frente del gobierno.

Canta *A la Libertad de Imprenta* en estrofas sonoras; Menéndez y Pelayo, aun haciendo grandes reservas sobre su mérito, no puede menos que re-

conocer que algunos versos "Quintana mismo, a quien Varela sigue paso a paso y a quien ensalza dignamente al principio de su canto", no los hubiera desdeñado.

Pero sus cantos políticos, sus vibrantes estrofas patrióticas, en que eleva las glorias de la patria hasta límites inconcebibles—lo que se explica dado el momento y por la necesidad de elevar el espíritu y la conciencia nacional—no lo hicieron olvidar su estro lírico, y en 1831, en su poesía *A mi lira,* revivía la gracia y la serenidad clásica que es el carácter mejor de su obra poética, cantando con el corazón entristecido por los sufrimientos de la patria.

Ven mi blanda lira,
Mi sólo tesoro,
Y tus cuerdas de oro
Dén dulce sonido,
Que temple mi llanto.
Y acalle el gemido,
Y acompañe el canto.

Se olvida contigo
La negra perfidia,
Y en vano la envidia
Aguza su diente,
Que envenena tanto;
Pues nada se siente
Con tu dulce canto.

Hoy triunfa el delito,
Mas tú, lira mía,
Espera que un día
Venturoso torne,
Y a la patria amada
La gloria retorne
Que le fué robada.

La más festejada de sus poesías ha sido la oda *El Triunfo de Ituzaingó,* dedicada al general Alvear, con motivo de ese triunfo guerrero. *Canto lírico* lo llamó Varela, y por la grandiosidad de las estrofas, por su entonación épica, por la riqueza de las imágenes y por la brillantez de su colorido, justifica el éxito que obtuviera aquel canto a la batalla, que

Platea y Salamina
Cual si no fueran son, y ya no llenan
Leonidas y Temístocles el orbe;
Que otra gloria perínclita domina,
Y la atención del universo absorbe.

Su actividad literaria lo llevó a traducir a los clásicos: Virgilio y Ovidio. Como poeta dramático se reveló en 1822 con la tragedia *Dido,* y al año siguiente con *Argia.* Siguió estrictamente las inspiraciones de los poetas clásicos del siglo XVIII y bebió en la fuente siempre clara y pura de los maestros latinos.

Desaparecido Rivadavia, tuvo que expatriarse a Montevideo, de donde, con motivo de la caída de Rivera, se vió obligado a huir al Brasil, en 1838. Al morir, Echeverría exclamaba:

¡Por qué no podrá ver su patria libre!

Y D. Juan Bautista Alberdi completaba la exclamación, diciendo:

El poeta de la libertad, acaba de morir.

VICENTE D. SIERRA.

ADVERTENCIA DEL AUTOR

Una afición invencible a la poesía me impulsó a escribir versos desde los primeros años de mi juventud; y hoy, que cuento treinta y siete de edad, aun no puedo resistir a una inclinación semejante. Mezclado muy temprano en la política, sin haber estado en mi mano evitarlo, han pasado catorce años de mi vida entre las agitaciones de la revolución, y actualmente soy una de sus víctimas. Desterrado de la querida Buenos Aires, he hallado un asilo en Montevideo, y las Musas me consuelan. Esta sola circunstancia ha sido capaz de reducirme a corregir y limar las muchas composiciones métricas que escribí en diversas épocas, y de las que ya se ha publicado una gran parte. Sin la inacción y fastidio consiguientes a un destierro, jamás me habría dedicado a esta tarea molesta, que será tal vez inútil. A los diez y siete años de mi edad, me parecía que yo era poeta: a los treinta y siete, y después de un estudio constante de Virgilio, de Horacio y de las obras de los grandes ingenios que, en los siglos modernos, han sabido apreciar el tesoro que nos dejó la antigüedad, ni me engaño a mí mismo, ni sé si mis poesías hallarán un censor más rígido que yo. El poco mérito que tienen es la razón poderosa porque me había resistido siempre a reverlas, a pesar de las insinuaciones de la amistad; y como, tratándose de poesía, lo que es mediocre es malo, no hacía falta la lima a lo que no debía, por esta razón, publicarse. Muchos creen poseer lo que se necesita para ser poeta; pero esa posesión es dada a muy pocos, y no me harán entrar en el número de ellos ni el sufragio apasionado de mis amigos, ni el placer con que alguna vez mis compatriotas han leído o escuchado mis versos. Ellos son sin embargo el único caudal que podré dejar a mis hijas; y puede ser que, por este motivo, llegue a ver la luz esta colección algún día. Por si tal sucede, declaro desde ahora que sólo reconozco por mías las composiciones que en ella se contienen y como en ella aparecen. Verdad es que son apenas la octava parte de las que han salido de mi pluma; mas yo mismo he hecho de las otras una merecida justicia, y siento que muchas de ellas paren manuscritas en poder de algunos que se llaman aficionados.

En mi juventud me ejercité casi exclusivamente en el género eró-

tico; pero he condenado al olvido la mayor parte de mis composiciones amatorias, conservando solamente aquellas que pueden, sin inconveniente, salir del estrecho círculo de la amistad y de las relaciones mas íntimas.

Tampoco figuran en esta colección multitud de piececillas satíricas, en las que, repetidísimas veces, fueron puestas en ridículo las principales personas y los actos gubernativos de la administración que tuvo Buenos Aires, desde mediados de 1827 hasta fines de 1828. Omito ahora esas composiciones, por otra parte demasiado públicas, porque habiendo sido hijas de las circunstancias no pueden tener mérito alguno desde que pasaron ellas. Mi colección, pues, está reducida a lo que, entre mis obrillas, me ha parecido más digno de conservarse; y aun habría excluido una que otra pieza de las que ella contiene, sino fuesen del número de las que muchas veces se han impreso y están por consiguiente en manos de todos. He hecho cuanto me ha sido posible por corregirlas y limarlas; pero no es fácil perfeccionar lo que originariamente no es bueno.

Por si el que llegue a leerme quiere juzgar por sí mismo de los progresos que yo haya podido hacer en esta difícil carrera, he dividido por años la colección. Así que se encontrarán mezclados en ella diversos géneros de poesía, diversos metros, diversos asuntos, sin otra subdivisión que la de las épocas en que cada pieza fué escrita. Puede ser también que esto produzca, en la lectura, el placer de la variedad. Sin embargo, mis dos tragedias, publicadas en 1823 y 24, serán colocadas por separado y fuera de este orden.

JUAN C. VARELA.

Montevideo, 15 de noviembre de 1831.

AÑO DE 1817

MI INCLINACION PRIMERA

Desde mi edad temprana,
Desde mis tiernos días,
Con inexperta mano
Pulsé la blanda lira,
Y hablaba en verso débil
De las pasiones mías.
Tres lustros no contaba,
Cuando la Musa amiga
Mis vacilantes pasos
Bondosa dirigía
Por la escarpada senda
De la sacra colina.
"No quiero, dijo Apolo,
"Que este muchacho un día,
"Para cantar horrores,
"Su pluma en sangre tiña;
"Ni que, en pomposos metros,
"Estragos y rüinas,
"Y fuego, y duelo, y guerra,
"Y mortandad describa.
"Su corazón, cual cera,
"Al amor se derrita,
"Y cante solamente
"Juegos, ternura y risas":
Así en la edad incauta
En que tierno palpita
El pecho, y ni siquiera
Soñamos la desdicha,

En delicioso fuego
Mi corazón ardía;
Y mis versos, bañados
En las lágrimas mías,
Lágrimas que de gozo,
No de dolor, corrían,
Eran el solo libro
En que Laura aprendía
Lo que vale, a quince años,
Querer y ser querida.

A UN SUEÑO

Huye, terrible sueño,
Vuela de mí, crüel,
Y a mi agitada mente
No vuelvas otra vez;
Que ni en tus ilusiones
De nuevo ver podré
Ingrato y fementido
A mi adorado bien.

Deja que de su labio,
Más dulce que la miel,
Solo escuche palabras
Que la vida me den,
Y no finjas aquellas
Que desmientan la fé,
Y el cariño inefable
De mi adorado bien.

Anoche..... cuando anoche
Adiós, me dijo, y fué
A descansar mi amada,
Yo a descansar también,
Arrojéme en mi lecho,
Sin otra cosa ver
Que la querida imagen
De mi adorado bien.

Pero ideas horribles
Me asaltan de tropel,
Y de repente miro
A mi rival crüel
Querido, acariciado,
Encendido, y después

Tocar su labio el labio
De mi adorado bien.

Hasta el fondo de mi alma
Entraron a la vez
Horrores mil, que nunca
En mi pecho llevé;
Y dolores de muerte,
Y la muerte también,
Y rabia, y odio, y celos
De mi adorado bien.

Como la espada, agudo
Aquel dolor me fué,
Y como ajenjo, amarga
Es la memoria del;
Ni lo que yo he sufrido
Jamás decir podré,
Al ver en otros brazos
A mi adorado bien.

Mi postrimer momento
Hubiera sido aquel,
Si no es que el llanto amargo
Me vino a socorrer;
Y trémulo, espirante.
Al cabo desperté,
Llamando entre sollozos
A mi adorado bien.

Yo recobré la vida;
Empero, en otra vez,
Conmigo menos duro,
Terrible sueño, sé:
Recuérdame tan solo
Mis ratos de placer,
Y píntame cual sueles
A mi adorado bien.

MI PASION

Moriré, Laura injusta: tus enojos
Guardaban este premio a mi terneza;
Y, ni en mi muerte misma, tu dureza
Permitirá una lágrima a tus ojos.
    Mis frígidos despojos
        Verás sin ablandarte;
        Que el cielo tiene parte
En mi mal y en tus iras, porque intenta
Un ejemplo dejar a las edades,
En mí, de una pasión la más violenta,
En tí, de ingratitud y falsedades.

Moriré, fementida; y, con mi muerte,
Tranquila, libre de importuno amante,
Tranquilo, libre mi rival triunfante,
Os burlaréis de mi infelice suerte.
    Tú, con pasión más fuerte,
        Le jurarás entonces
        Que ni en los duros bronces
Habrá firmeza igual a tu constancia;
Y a mis cenizas, ni en la tumba fría,
Dejará sin insultos su arrogancia,
Ni sin desprecios tu esquivez impía.

Así lo quieren, Laura, tus rigores.
Yo te amé y tú me amaste. ¡Cubra el cielo
De tristeza y horror, de sombra y duelo,
Los misteriosos sitios, sabedores
        De los dulces amores
        Que fueron nuestra gloria!

¡Perezca la memoria
De mi querer pasado! ¡Huya mi vida,
Huya mi pecho a la mansión helada,
Do el rostro no se vé de mi homicida,
Y do el fuego de amor no tiene entrada!

Ya Laura mía no es; ya no me quiere;
Mas Laura es de mi amor: ¿cómo olvidarla?
Más allá de la tumba he de adorarla,
Porque amor está en la alma, que no muere.
Sí, mi bien: si yo viere
Tus iras aumentarse,
Y tu odio propasarse
A extremo tal de que tu misma mano
En mi temprana muerte se empleara,
Al recibir un golpe tan tirano,
Diría: *te idolatro,* y espirara.

Al principio te amé sin que me amaras.
¿Te acuerdas cuántas ansias me costaste,
Y cuántos días bárbaros dejaste,
Sin que un consuelo a mi penar prestaras?
Sí, te acuerdas: bien claras
Existen todavía
De la amargura mía
Las señales que dí. Pues ese empeño
Que tuve entonces en que mía fueras,
Ese mismo, y mayor, querido dueño,
Hoy en ser tuyo tengo, aunque no quieras.

Sí, todo yo soy tuyo: tú eres sola
Mi gloria, mi ambición, mi bien, mi todo;
Y en cada instante de diverso modo
Solo en tu altar mi corazón se inmola.
El mar ola sobre ola
Amontona, y combate
La roca, que no abate

Con su empuje potente; así tus iras
Olvido, ingratitud, desprecios unen
Contra un amor, que más ferviente miras
Cuando más tus rigores se reúnen.

No te ama mi rival; yo si te adoro:
Ninguno, que no tenga el pecho mío,
Supo amarte jamás: miente el impío
Que hoy es la causa de mi amargo lloro.
Ya tu favor no imploro,
Ya que me ames no quiero;
Pero mintió ese fiero,
Si dijo que te amaba. Nadie sabe
Lo que tú vales, nadie, yo tampoco;
Pues cuanto amor en todo el mundo cabe
Tanto abrigo en mi pecho, y aun es poco.

No es tu desdén el que mi mal agrava;
Es no sé que furor. Laura, yo mismo
El piélago de fuego en que me abismo
Nunca pude sondar y ver do acaba.
¡Y mi rival se alaba
De que sabe quererte!
¡Y mi rival no advierte
Que no hay pasión que merecerte pueda!
¡Y tú le das tu amor, y a mí tus iras!
Si no hay un fuego al que mi fuego ceda,
Y mi fuego no basta, dí: ¿a qué aspiras?

¿A que te olvide yo? Pues, Laura, en vano,
En vano me abandonas.—¡Insensible!
¿Con qué en vano ese pecho aborrecible
Se mostrará conmigo tan tirano?
No puede ser; mi mano
Firma aquí mi mudanza,
Y mi odio y mi venganza,
Y desamarte siempre. Si dió vida
Amor al corazón para adorarte,

No moriré: mi enojo me convida
A que viva de nuevo para odiarte.

Mi amor en todo el mundo no cabía;
Y mi odio será tal, que yo, irritado,
Yo mismo, en tus desprecios empeñado,
Podré moverme a lástima algún día.
Tal vez el alma mía,
Para los odios nueva,
A compasión se mueva,
Cuando el que hoy te seduce te abandone.
¡Compasión! ¡Ah! No, pérfida: en tu muerte,
Lejos de que mi enojo te perdone,
Celebraré tu merecida suerte.

¡Ah, Laura! No, no creas; he mentido;
No habló mi corazón; mintió mi boca;
Son desvaríos de mi pasión loca.
¡Yo aborrecerte! ¡A tí! ¡Yo endurecido!
¡En odio convertido
Un amor tan constante!
Laura, si delirante
He podido ofenderte, al punto muero;
Al punto, dulce amiga: te he ultrajado
Con mi inicuo decir: vivir no quiero,
Despues que un sólo instante te he agraviado.

Perdona y no me quieras: sé perjura,
Mas no aborrezcas la memoria mía;
Ni al repetir mi nombre en algún día
Pierda tu voz su celestial dulzura.
Concede a mi amargura
Este alivio siquiera;
Y cuando placentera
Goces tu nuevo amor, algún instante
Piensa también en mí, que, despreciado,
Ni dejaré jamás de ser tu amante,
Ni moriré de amor sino a tu lado.

FRAGMENTOS DE "LA ELVIRA"

Titulé *La Elvira* un poemita erótico, que escribí en Córdoba, a principios del año de 1817, y que dediqué a uno de mis hermanos. Entresacadas de ese pequeño poema son las octavas que van a leerse: el resto de ellas ha corrido la misma suerte que la mayor parte de mis composiciones amatorias. Si algún mérito tenía este poemita, como tal, puede ser que lo haya perdido en esta copia, por faltar en ella el gran número de octavas que me ha parecido necesario suprimir. Esta falta hará que parezca cortado el hilo de la narración, inconexas ciertas ideas, y aisladas algunas descripciones. Creo sin embargo que, si mis obras merecen leerse, lo merecerán también los fragmentos que han quedado de *La Elvira*. Están señalados con líneas de puntos los lugares en que se han hecho las supresiones.

¿A quién mejor que a tí, Jacobo mío,
Podrá de mi dolor la voz aciaga,
La voz que no conmueve al cielo impío
Mas confiada llegar? La Parca amaga
Hundirme pronto en el sepulcro frío:
Pero antes que a la Parca satisfaga
Mi temprano tributo, mis dolores
Escucharás, y el fin de mis amores.

Desde nuestra inocente edad primera
Ví tu ternura, mi cariño viste,
Y el placer o la pena pasajera
De la niñez conmigo dividiste.
Ora mismo esta idea lisongera
Me enternece, y suspiro: pero ¡ay triste!
Ese tiempo, de todos envidiado,
Cayó en el cäos de lo ya pasado,

Pasó y no volverá; y a tales días
Otros, por mi desgracia, han sucedido,
Que placer, y delicias, y alegrías

En desesperación han convertido.
Lame así un río sus riberas frías,
Y, después que los campos ha corrido,
Del mar, do al fin se pierde, no retorna,
Y en sal amarga su dulzor se torna.

Entonces ni los nombres conocía
De las pasiones que al humano gravan,
Y, luchando entre sí con furia impía,
Por desgarrar el corazón acaban.
Entónces mi Jacobo, ¿quién diría
Que mayores tormentos me esperaban
Que los placeres que gocé a tu lado
En ese tiempo, en vano suspirado?

. . . .

. . . .

. . . .

Grata a mis votos, el castalio coro,
O Musa del dolor, al punto deja,
Y no me niegues el favor que imploro
Para cantar la pena que me aqueja.
A tí te toca acompañar mi lloro,
Sentir conmigo, y escuchar mi queja;
Que el blando Apolo te ordenó mil veces
Que al que canta su mal favorecieses.

La espesa sombra de la noche helada,
Del rabioso aquilón el silbo horrendo,
La natura en el sueño sepultada,
A la Luna las nieblas encubriendo,
Y el triste eco del ave, acostumbrada
A andar entre tinieblas discurriendo;
Todo, todo, a esta hora más aumenta
El bárbaro dolor que me atormenta.

Ahora, que mi mal más vivo siento,
Y el volcán de mi pecho más se enciende,

Ahora, oh Musa, desde tu alto asiento
A consolar a un infeliz desciende.
Monta en las alas del ligero viento,
De espectros mil poblado el aire hiende,
Y, pues enseñas a contar dolores,
No niegues a mí solo tus favores.

Rayó una aurora en la que Jove airado
Quiso que yo segunda vez saliera
Del país delicioso y bienhadado,
Do ví lucir el Sol la vez primera.
¡Oh! ¡Nunca me ausentase de tu lado,
Y ese día fatal jamás luciera!
Esta ausencia, Jacobo, es el origen
De las penas acerbas que me afligen.

. . . .

. . . .

Mis males, es verdad, son precedidos
De placer y favor; y nunca tanto
Gozaron los mortales mas queridos
De la madre Ciprina: ¿más qué encanto
Queda en pos de ellos, cuando son seguidos
De atroces penas y de amargo llanto?
Oye del bien y el mal; oye te ruego,
Compara uno con otro, y tiembla luego.

Una noche, en la hora silenciosa
En que apenas los céfiros se mueven,
Porque a turbar el sueño en que reposa
El mortal fatigado no se atreven;
De repente mi alma temerosa
Mis espíritus todos se conmueven,
Y una visión que nunca esperaría
Interrumpió el letargo en que yacía.

Temblando todo, me senté en el lecho,
Donde mis miembros en quietud posaban,

Cuando ví de improviso abrirse el techo,
Rotas las ligazones que lo traban;
Y un carro de marfil y de oro hecho,
Que dos palomas cándidas tiraban.
Descendió del Olimpo refulgente,
Y el aire atravesó rápidamente.

Al punto mi retrete reducido
Se inundó de una luz tan deliciosa,
Que a los objetos daba el colorido
Con que deleita purpurina rosa;
Y Venus con el niño fementido
Veloce baja, y junto a mí se posa,
Embalsamando el aire con olores
De ambrosía celeste, no de flores.

. . . .
. . . .

Dijo, y no el rayo de la nube al suelo
Tan rápido desciende y luminoso,
Como la Diosa de mi lado al cielo
Voló en su carro de marfil hermoso.
Cupido empero dirigió su vuelo
De mi Elvira al albergue delicioso,
A preparar su pecho de manera
Que su intento fatal lograr pudiera.

Solo quedé; mas, triste, conturbado,
Otro del que antes era me encontraba,
Y, de susto y pavor, de lo pasado
Menos me convencía que dudaba;
Y si el veneno en la alma derramado,
Y si el fuego voraz que me abrasaba
Sensibles tanto no me hubieran sido,
Ni a mi vista creyera ni a mi oído.

¿De vientos encontrados en la brava
Tormenta, débil nao no viste un día,

Como el Euro a una parte la arrojaba,
Como el Noto a otra parte la impelía?
Yo así con mil pasiones guerreaba,
Sin saber cuál de todas seguiría,
Y ya el fuego de amor gustaba al alma,
Ya suspiraba por mi antigua calma.

No bien la Aurora de Titón el lecho,
Negligente cual nunca, abandonaba,
Y, prófuga la Noche, a su despecho,
El manto de tinieblas arrollaba,
Cuando yo, por librar mi triste pecho
De la batalla dura en que se hallaba,
Salí de mi retiro silencioso,
Huyendo de mi mismo presuroso.

El acaso mis pasos dirigía,
Y por fin me condujo al sitio ameno, (*)
Do se respira un aire de alegría,
De olor de rosa y de frescura lleno;
Y do, al nacer y al espirar el día,
Bellezas mil, con un andar sereno,
Se pasean, sus gracias ostentando,
Y sus cautivos tras de sí llevando.

Lugar do el arte a la natura norma
De sencillez y de primor ha dado.
Cerrado en cuadro, cuatro calles forma,
Adornadas por uno y otro lado
De erguidos sauces, que, por alto, en forma
De techo su ramaje han enlazado,
El tránsito negando a los ardores
De los rayos del Sol abrasadores.

(*) El hermoso paseo de Córdoba era entonces, más o menos, cual se describe en estos versos. Posteriormente han dejado arruinar casi toda su bella arboleda, y se ha deteriorado mucho la obra.

El céfiro veloz y alegre, cuando
Se cansa de volar allí reposa,
Susurros agradables alternando
Con la voz del jilguero melodiosa;
Y, los árboles todos repasando,
Nuevo frescor entre sus ramas goza.
O si ve en un asiento una hermosura
A besarla desciende de la altura.

Da el agua cristalina no agitada
Más belleza a este cuadro dilatado,
Porque en su superficie nivelada
Está el azul del cielo retratado;
Y la luz de la luna plateada,
Brillando en el estanque inalterado,
Presenta en noches de la primavera
La vista más risueña y placentera.

¿No viste cuando Eolo tiene atada
De los vientos la cólera violenta,
Como el gran río de mi Patria amada
Lisa como el cristal su faz ostenta?
Así esta copia de agua represada
Siempre su superficie igual presenta,
Porque el fiero aquilón no la conmueve,
Y, cuando más, el céfiro la mueve.

. . . .
. . . .

Se oían rechinar los fuertes gonces
De las ferradas puertas, que se abrían
Del mercader a la codicia entonces:
Y allá más lejos a la par se oían
Sonidos de tambor, tronar de bronces,
Y voces de soldados, que ofrecían,
Por ensayar los lances de la guerra,
Imagen de batalla en quieta tierra.

A aquellos campos, ominosa escuela
Del arte de matar al semejante,
El pueblo todo desolado vuela,
Porque halla en ellos diversión constante.
Allí el guerrero la matanza anhela,
Y no muestra anhelarla en su semblante;
Marte preside, pero Marte muda
En placentera faz su faz sañuda.

La Muerte y la Discordia, silenciosas,
El furor de algun día presagiando,
De falange en falange presurosas
Anticipada rabia van soplando;
E imágenes entonces horrorosas
El soldado feroce recordando,
Se queja de que tanto se dilate
El momento del bárbaro combate.

Me aproximaba al sitio; y entre tanta
Belleza que hacia allí se dirigía,
¡Ay! ví que Elvira su ligera planta
Hacia el mismo lugar también movía.
Acércome, la miro: ¡Dios! ¡y cuánta,
Cuánta llama encendióse en la alma mía!
Figurarte esta vista tan terrible,
Esta vista, Jacobo, es imposible.

Un rayo estrepitoso se desprende
De la tronante nube; el estampido,
El estridor con que los aires hiende
De estragos y rüina subseguido,
No conturba, no aterra, no sorprende
Al mortal temeroso y desvalido,
De tal manera cual sorprende Elvira
Al que repente, como yo, la mira.

Al verla, se mantuvo un tiempo largo
Sin circular la sangre por mis venas,

Y todos mis sentidos en letargo,
Cual si del sueño despertase apenas.
Acordéme de Venus, que al amargo
Llanto me condenó; pero serenas
Sus iras ya creí; ni las temía,
Pues más Diosa que Elvira ya no había.

Era un ángel del Cielo. ¡Ay Dios! ¡lo que era
Aquella criatura! La mañana
Más pura y fresca de la Primavera
Pintada vieras en su tez lozana.
La rosa más subida, la primera
Con que el jardín soberbio se engalana,
Arrimada a su rostro perdería
El brillante color con que lucía.

Duraba hasta esa hora la frescura
Que con el día el céfiro derrama;
Hora en que el jilguerillo se apresura
A cantar y saltar de rama en rama;
Hora en que se pasëa en la verdura
El amante felice con la que ama;
Y hora en que no ve Febo todavía
El lujo y tren que en la mitad del día.

Así es que había mi beldad salido
Con el blondo cabello destrenzado,
Por la frente en dos partes dividido,
Sin cuidado y con gracia abandonado.
Un pañuelo finísimo, tendido
Sobre el pecho turgente cual nevado,
Orgulloso a momentos se mostraba,
Y celoso a momentos le ocultaba.

No tan hermosa fué ni tan sencilla
La misma Venus, cuando del mar Frigio
La pura espuma la lanzó en la orilla,

Y el mundo absorto veneró el prodigio.
Si a Elvira Venus ve, Venus se humilla,
Borra de las arenas su vestigio,
Y, corrida y celosa, al mar volviera,
Y Diosa del amor mi Ninfa fuera.

Ya ni las voces que el guerrero daba,
Ni el tronar de los bronces yo sentía:
Indiferente todo presentaba
La tierra para mí. La vista mía,
Por el campo tal vez se divagaba.
Tan solo a Elvira en su existencia veía;
Cual si se hubiera el caos renovado,
Y a Elvira solamente respetado.

Pero el carro de Febo refulgente
Ya largo espacio tras de sí dejaba,
Y al padre de la luz indeficiente
Una Hora tras otra acompañaba.
Ya de sus rayos el calor ardiente
A abandonar el campo precisaban,
Y las bellas, cargadas de despojos
Quitaban el placer de ver sus ojos.

Pero los de mi Elvira, al retirarse,
En los míos ¡que gloria! se fijaron,
Y la observé ya entonces conturbarse,
Cuando nuestras miradas se encontraron.
¡Qué no dicen los ojos al mirarse!
¡Qué volcanes no encienden! ¡Cuánto hablaron
Aquella vez los míos! Y los de ella
"Ya sé (dijeron) que me encuentras bella".

¡Cielos! Yo la entendí; yo ví a la hermosa
Al irse, inquieta, cual de ardor tocada,
Y noté una expresión casi amorosa,
Al dirigirme su postrer mirada.

Su rostro se encendió como la rosa,
Que al matutino albor desenrollada,
Parece, aunque contenta, estar corrida
De verse a tantas flores preferida.

Y retiróse al fin: sus pasos sigo,
Y llego y veo la mansion dichosa
Do moraba mi bien: de allí prosigo
Agitado mi marcha presurosa
Hasta la casa mía, y a mi amigo
Anhelando encontrar; que es más sabrosa
La copa del amor, cuando el que ama
En íntima confianza la derrama.

Y te encontré, Rufino; tú supiste
La llama de mi pecho, la aprobaste,
Las gracias de mi Elvira encareciste,
Y mi dicha futura ponderaste.
Extático de amor allí me viste
Pendiente de tu labio; me animaste
A que siguiera mi feliz destino,
Y alfombraste de rosas mi camino.

De rosas y placer. La tierna Elida,
Bella dueña de tu alma y tus amores.
La Diosa de tu fé, que hace tu vida
Envidiada de pechos amadores,
A la adorable Elvira estaba unida
Con lazos de amistad, que en los albores
De la niñez las Gracias les echaron,
Y más y más, creciendo, se anudaron.

Entrambas bellas a la par de Diosas,
Hechas entrambas para arder amando,
Sensible el pecho de las dos hermosas,
Y en la edad de querer; cuando agitando
El corazón sus alas temerosas,
La primer voz de amor se va escuchando,

Ya, sin saber por qué, las dos ardían,
Y las dos sus ardores se decían.

Tú abrigaste primero los de Elida;
Y el fuego virginal, recién brotado,
Pasando hasta tu pecho, de honda herida
Sentiste el corazón atravesado,
Pero fuiste feliz; ella tu vida
De bienes celestiales ha colmado;
Y tú cuentas tus horas presurosas
Por los placeres que con ella gozas.

Tú le hiciste saber que por mis venas
Circulaba voraz inmenso fuego;
Que a Elvira ví, y que, mirada apenas,
Furor insano acometióme luego.
Tú le hiciste sentir todas mis penas,
Tú me pintaste enamorado y ciego,
En favor de mis ansias la empeñaste,
Y el sí de mi ventura le arrancaste.

. . . .

¡Ah, Rufino, Rufino! El cielo airado
No haga que luzca para tí una Aurora,
Que arranque de tu pecho el bien gozado,
Y enclave el mal que mi interior devora.
Si tal fin a tu amor está marcado,
Baja más antes do la Muerte mora;
Que yo más bien te lloraré perdido,
Que sufriendo el tormento de un olvido.

Yo ya soy infeliz; pero entre tanto,
Si la mano del Tiempo destructora
No se tiende a borrar el triste canto
De un miserable que la muerte implora:
Si duran estas líneas, que mi llanto,
A par que las escribo, descolora,

Do mi verso se lea, allí leído
Será tu nombre al de tu Elida unido.

Lo debo a la amistad, y no es posible
Faltar a tal deber; que todo pecho,
Que, por fatalidad, nació sensible,
Para amor y amistad no más es hecho.
En medio de mi vida aborrecible,
Y en mis continuas lágrimas deshecho,
Me acordaré por siempre del amigo,
Que, cuando lloro yo, llora conmigo.

. . . .

¿Pero yo dónde estoy? ¿La tierna Elvira
Deja que lleve el viento mi querella,
Y me oye suspirar, y no suspira,
Cuando he llorado tanta vez con ella?
¡Ay, adorado bien! Toma mi lira,
Toma mi lira triste, y dame aquella
Que me templó el amor, cuando cantaba
La llama celestial que me abrasaba.

¿Te acuerdas de la noche en que, avisada
Ya del incendio que en mi pecho hervía,
En la danza te ví? Ya, enamorada,
Tu vista se encontraba con la mía;
Ya la bajabas luego abochornada;
Ya mirando otra vez te comprendía,
Y, al sorprenderte, por tu boca hermosa
Erraba la sonrisa deliciosa.

Luego, sentada de tu amiga al lado,
Lugar en medio para mí quedaba;
Yo temblando llegué, y el sonrosado
Color a tus mejillas asomaba.
Tu tierno corazón no acostumbrado
A los combates del amor estaba;

Temblaba de lo mismo que quería,
Y de placer y de temor latía.

¡Terrible situación, en la que ofrece
El pecho un hombre a la doncella pura,
Que siente, que suspira, y se enternece,
Cuando nace de amor esta ternura!
El que sabe querer, y no envilece
El idioma del alma en boca impura,
Ese sabe las dudas, los temores
De la primer conversación de amores.

Pero, Elvira, ¿qué hacer, cuando ya estaba
La pasión en el pecho rebosando;
Y cuando lo que el labio no expresaba
Iba la tierna Elida declarando?
El momento llegó, y, no bien llegaba,
Cuando, todo mi espíritu esforzando,
Al *¡ay!* primero de mi amor me atrevo,
Y el *sí* primero de tu amor te debo.

¡Ah, Jacobo, Jacobo! ¿Quién pudiera
Describir lo que sigue a aquel instante,
En que un tierno amador la vez primera
Oye a su amada confesarse amante?
Yo no sé cual quedé; yo prefiriera
Ese silencio extático, embargante,
A cuantos goces el amor insano
Me pudiera brindar con larga mano.

Al fin, ya el pecho de sentir cansado,
A usar del labio sin querer volvimos,
Y, el primer susto del amor pasado,
Todo el ardor del alma nos dijimos.
Pero tan dulce tiempo era robado
Al concurso molesto, y conocimos
Cuanto las sociedades atormentan
A los que por amor sus horas cuentan.

Separéme de Elvira, y al momento
La música sonó; volvíme a ella,
Y la llamé a danzar. ¡Con qué contento
A mi deseo se prestó la bella!
Airosa, suelta, como el leve viento,
Iban las gracias a besar su huella,
Y pasmado el concurso la aplaudía.
Y. Elvira lo miraba y no atendía.

. . . .

Esa dichosa noche concertados
Fueron con ella y con su amiga amada
Todos los medios, por amor dictados.
De verla y visitarla en su morada.
¡Oh momentos, momentos bienhadados
De mi primer furor! ¡Cómo, anegada
Aquella noche mi alma en alegría.
De la luz la tardanza maldecía!

Hasta que ví la luz: la rubia Aurora
En el fúlgido oriente se presenta,
Y nunca más hermosa el cielo dora,
Y nunca más belleza el suelo ostenta.
De mis felices días precursora,
Mientras la sombra de la noche ahuyenta,
Parece convidar a la natura
A darme el parabién de mi ventura.

Así cielos y tierra, hombres y Dioses,
Mis inocentes votos aprobaron;
Así mis horas a correr veloces,
Siguiendo mis placeres, empezaron;
Y así de Elvira las amantes voces
Inefable ventura me anunciaron
Cuando la vez primera a sus umbrales
Fuí buscando mis bienes y mis males.

Y empezó mi vivir; porque no es vida
La que va sin amor. ¿Y cómo, y cuándo
La alma felicidad será sentida,
Si no en los mares del amor nadando?
Naturaleza toda nos convida
Al deber grato de vivir amando,
Y oprobio eterno, y maldición, y luto
A quien no pague al corazón tributo.

El filósofo adusto, que preciado
De conocer al hombre, al hombre niega
El deleite de arder enamorado,
Mientra el invierno de la edad no llega,
Es un vil impostor, es un malvado,
Que en su soberbia estúpida se ciega;
Triple doblez de bronce hay en su pecho,
Y el corazón de pedernal es hecho.

El que no cree en amor conozca a Elvira,
Y tome la alma que me cupo en suerte;
Esta alma, mi Jacobo, que ya mira
Cercano de dejarme el trance fuerte.
Y todavía por su bien suspira,
Y llora el desamor más que la muerte,
Y tiembla y se estremece a la memoria
De aquellos días de perdida gloria.

¡Días de paz en bienandanza idos,
Cuyos instantes, de mi diosa al lado,
Colmaron mi ventura, y, ya perdidos.
Sólo dolor y llanto me han dejado!
¡Ah! ¡Cuánta vez, suspensos mis sentidos,
Y en éxtasis de amor arrebatado,
Los encantos de Elvira contemplaba,
Y a la vista la lágrima saltaba!

Tras un largo callar, tal vez decía:
"Háblame, mi querido", y yo no hablaba;

Embelesado, absorto, ella lo vía,
Y modesta una mano me alargaba;
Yo la llevaba hasta la boca mía,
Y con el sumo labio la tocaba,
Y Elvira, en el mayor desasosiego,
Daba un suspiro, y se ausentaba luego.

Tiemble la hermosa cuando, sola, al lado
De su querido el corazón le lata;
Que contra el ruego de un amante amado
Es imposible que el rubor combata.
El primer beso, a la modestia hurtado,
El primer nudo del pudor desata,
Y arrancada a la flor la primer hoja,
El hálito del aire la deshoja.

. . . .

En cada nuevo día, en cada instante,
Crecía más esa inquietud dichosa,
Ese martirio dulce de un amante,
Que en el cariño de su bien reposa,
Y en su ternura fía, y, anhelante,
Entonces goza más cuando no goza,
Y una mirada su pasión fomenta,
Y una palabra su esperanza aumenta.

Pero la ley de amor es ley de unirse,
Y de cambiar las almas. Cuando un pecho,
Que llega en vivo fuego a consumirse,
Para tanto volcán se siente estrecho,
Y no puede a sí mismo combatirse,
Cede al esfuerzo que el amor ha hecho,
Pasa de la esperanza a las caricias,
Y lo que fué violencia son delicias.

Sola conmigo la adorada mía
En las calladas horas se encontraba.

De una pasada siesta; y era el día
Que amor para su triunfo reservaba.
Nada nuestro silencio interrumpía,
Nadie nuestros suspiros escuchaba;
Que hasta el sordo rüido de la gente
Cesa en las horas de estío ardiente.

¡Oh Dios! ¡Lo que es amar! ¡La mano bella
De Elvira tomo, y la apreté temblando;
Lloran mis ojos, y los fijo en ella,
Y ella ya estaba, como yo, llorando.
Abre sus labios, y sus labios sella
Al pronunciar mi nombre sollozando:
Y en ambos pechos nuevo fuego hervía,
Y el corazón como jamás latía.

Sobre mi hombro su frente, y reclinada
En la suya algún tanto mi cabeza
Por mis amantes brazos estrechada,
Y yo estrechado con igual terneza,
¡Qué delirio!, exclamó; luego, eclipsada,
Como en mortal letargo, su belleza,
Ni el aliento de aromas exhalaba,
Ni el albo pecho cual tembló temblaba.

¡Oh susto del amor! ¡Eterno instante
Del deliquio primero! ¡Infortunado
Quién no te vió llegar! Mi tierna amante,
Su espíritu de nuevo recobrado,
Alza su frente, y, fijo en mi semblante
Su mirar celestial, todo animado
Con su mirar quedó. No fuera bella
Entonces una Diosa al lado de ella.

Entreabierto su labio y encendido,
En la nieve del rostro así lucía,
Como el botón de rosa más subido

Entre blanca azucena luciría.
Toda su alma a su boca había salido
Cual si saliera por buscar la mía,
Y toda su alma, que en su labio erraba
Al beso, al primer beso convidaba.

Hasta que tanto fuego... ¿Pero adónde
Ora mi mente acalorada vuela?
¿Quién los misterios que el amor esconde
Con lengua incauta, como yo, revela?
Un genio intolerante ya responde
¡Escándalo sin fin! Mi alma recela
Que se llame delito mi ventura,
Y que merezca pena tu ternura.

Tu ternura, mi bien.—¡Ah! Yo quisiera,
Yo quisiera, Jacobo, que algún día
El universo todo conociera
A la que causa la amargura mía;
Y el universo todo decidiera
Si otra fortuna, si otro gozo había
Para el mortal felice reservado,
Mayor que amar a Elvira y ser su amado.

¡Ah! ¡Cuán lleno de orgullo y de terneza
Ante la faz del orbe yo diría!
"Esta mujer divina, esta belleza,
"De alma más pura que la luz del día,
"Me amó otro tiempo con igual firmeza,
"Con fuego igual al que en mi pecho ardía
"Y hemos gozado lo que nunca amantes
"Colmados de favor gozaron antes"

¡Todos me oyeran, todos; y a mi bella,
Al escucharme, atónitos miraran!
¡Cuántas pasiones a la vez por ella,
Cuántas envidias en mi honor brotaran!

Los duros, que en su pecho una centella
De ternura, de amor nunca abrigaran,
Las pasiones del hombre excusarían,
Y por la vez primera sentirían.

Sí, Jacobo: yo mismo retirado
Del lado de mi Elvira, aquella tarde,
Me sentía más digno, y adornado
De otras virtudes de que hacer alarde.
Un pecho vivamente enamorado
Es noble tanto más cuanto más arde,
Y una bella modesta si nos ama,
Honor engendra, cuando engendra llama.

De mí mismo jamás un pensamiento
Más elevado tuve, que esos días,
En que yo era de Elvira, y que tormento
No más son hoy en las memorias mías.
¿Por qué se vive así? ¿Por que un momento,
Un momento no más, las alegrías
Viene a cortar, y pasa, y siembra horrores,
Dejando hondo pesar donde hubo amores?

Todo ese tiempo que la Parca hilaba
De seda y oro a mi dichosa vida,
Ese tiempo de amor, así pasaba,
Cual manso arroyo en estación florida,
Que huye jugando, y no sentido lava
La planta solitaria y adormida,
Al son del cefirillo, el agua pura
Se desliza entre trébol y verdura.

. . . .

¡Oh días de mi gloria! ¡Oh dulces horas
Las que testigos de mi amor volaban!
¿Quién os creyera nunca precursoras

De los días de horror que me esperaban?
¿Pero cuándo las penas roedoras
Con la quietud del corazón no acaban?
¿Cuál barquilla que incauta se ha engolfado
En el mar del amor, no ha zozobrado?

Una mañana que robé a mi Elvira
De sus besos la miel, la vez primera
Ví angustiada su faz: llora, me mira,
Pero ya no me mira placentera.
La abrazo, la pregunto: Ella suspira,
Y suspirando calla. Verdadera
Imagen del dolor que la afligía,
Más bella en el dolor me parecía.

Si el fuego de mi amor, para que ardiera,
Necesitado hubiese otro incentivo,
Sólo el dolor de Elvira hacer pudiera
El volcán de mi pecho más activo.
El llanto de sus ojos ya no era
El llanto del amor; pero, expresivo,
Yo no sé qué de triste me anunciaba,
Y mi pecho afligido destrozaba.

Con voz interrumpida — "Mes has perdido,
"(Exclamó finalmente) ingrato amante.
"Léjame ya, infeliz; nunca el olvido
"Te lanzará de mí; ni un solo instante
"Viviré sin mi amor; yo te he querido
"Y te querré sin fin. ¡Oh, si inconstante
"Mi pecho ser pudiera! En algún día
"Desenclavarme esta pasión podría".

Dijo, y calló: la muerte en el momento
Descendió a mis entrañas, y, azorado,
Ni palabras hallé: que el sentimiento
Siempre fué mudo cuando fué extremado.

Elvira prosiguió:—"Ya que contento
"Vivías con mi amor infortunado,
"¿Por qué mi amor dijiste? ¿No miraste
"Ligado mi desdoro a lo que hablaste?"

¡Terrible acusación! Un llanto largo
De mis ojos brotó. Jamás creía
Que a mi cariño fiel tan triste cargo
El mismo labio de mi amada haría.
Por la primera vez el llanto amargo
No de ternura por mi faz corría;
Que ponzoña y acíbar derramaba
En el pecho angustiado que bañaba.

Al cabo prorrumpí; mi juramento
Oyó mi Elvira al fin; al fin mi boca
Pidió mi perdición, si algún momento
Mi pasión divulgó la lengua loca.
"¡Perezca yo! (exclamé): de su alto asiento
"Dios vé mi corazón, que aquí provoca
"Su rayo matador y sus enojos,
"Si traición en mi pecho ven sus ojos".

Elvira oyó y tembló; jamás su oído
Tan execrando hablar había escuchado.
"Calla, me dijo, calla: un fementido
"Sorprendió mi candor, y me ha engañado;
"El me ofreció su pecho corrompido,
"Que tanta y tanta vez he despreciado.
"Criminal te ha fingido y alevoso
"Se mostró interesado en mi reposo.

"Sospechó que te amaba, y su sospecha
"Como jactancia tuya me ha vendido;
"Yo, en el furor de mi pasión deshecha,
"He sido poco cauta: el atrevido
"Todos los pasos del amor acecha,
"Y en medio del amor me ha sorprendido;

"Me sorprendió tal vez, y el crimen suyo
"Me lo ha pintado como crimen tuyo.

"¡Crédula yo! Mi honor, mi paz, mi fama,
"Todo creí perdido en un instante;
"Y exclamé en mi dolor: "¿mi tierna llama
"Con tan negra traición paga mi amante?"
"Lo creí: ¡ya se vé! siempre derrama
"Todo labio impostor la miel delante
"Del veneno mortal, y sus amores
"Una infeliz mujer toda es temores.

"Perdóname, te ruego: ya no creo
"Que a espaldas de la fe viva escondida
"La pérfida traición: ahora leo
"Más que nunca en tu pecho, y, complacida,
"Tan solamente tu ternura veo,
"Y el cariño inmortal a tu querida.
"Perdóname otra vez: acostumbrados
"A engañar, nos engañan los malvados".

Y es así, mi Jacobo: el corrompido,
Que hace su estudio de vivir mintiendo,
A la franca verdad roba atrevido
Su lenguaje y candor; y así, fingiendo
Su acento celestial, va fementido
La sencillez incauta seduciendo.
El sexo de las gracias ¡ah! no sabe
Cuanta doblez en ciertos pechos cabe.

Así un infame por Elvira ardía
En impura pasión, creyendo osado
Causar mintiendo la ruïna mía,
Y en premio a sus calumnias ser amado.
La dulce paz en que mi amor dormía
Este monstruo de horror ha trastornado,
No porque Elvira su pasión pagase,
Qué era imposible que jamás le amase.

Mas la sospecha, que una vez se sienta
Al lado del amor, pronto es seguida
De la desconfianza, que se aumenta
Cada vez más y más, sin ser sentida.
Se entroniza el temor; la duda ahuyenta
El reposo del alma prevenida,
Y el mudo sinsabor es el nublado
A la brava tormenta anticipado.

Un pecho y otro a recelar empieza
Lo que antes no temía, y la delicia
Del amor se minora, pues tropieza
Con un nuevo temor cada caricia.
En recelo se cambia la franqueza,
Y asoma el disimulo, vil primicia
Del dudar punzador; ni en quieta calma
Desmiente el rostro el escozor del alma.

. . . .
. . . .

Elvira hablaba; pero yo veía
Que su alma candorosa batallaba
Con oculto dolor que la afligía,
Y que, por no afligirme me ocultaba.
Menos franco su hablar me parecía,
Y en cada beso suyo imaginaba
Que me decía: "te amo, mas quisiera
"Que nunca tu enemigo hablado hubiera".

Del licor embriagante si filtrado
Un frágil vaso en otra vez ha sido,
Conserva por un tiempo dilatado
El olor fuerte del licor perdido.
Tal es el pecho honesto, que agraviado
En su honor un momento se ha creído;
De la sospecha la impresión acerba,
Cual dejo amargo, a su pesar, conserva.

No lo ignoraba yo; y así mi fuego,
Mi expresión, mi ternura redoblaba;
Una vez el halago, en òtra el ruego,
Y en todas mis caricias agotaba.
Jamás a Elvira idolatré tan ciego,
Jamás mi fuego a mis palabras daba
Insinuación mayor, tal vez dulzura,
Que al querer aquietar a mi hermosura.

Y el tiempo me faltó: yo me dormía
En tranquila inocencia descuidado,
Sin sentir acercarse el negro día,
Que iba a privarme de mi bien amado.
El poder arbitrario ya me había
Sus maliciosos tiros asestado;
Y estaban en mi daño preparadas
Redes dolosas, por un vil forjadas.

A un ministro de Astrea corrompido,
A quien dió su poder la intriga fea,
Y cuyo orgullo hidrópico ha torcido
El fiel de la balanza de la Dea;
En baja adulación envejecido,
De la veraz franqueza sin idea,
Le dictó su soberbia hacer osado
Ostentación de su poder prestado.

. . . .
. . . .

AÑO DE 1818

Al triunfo de nuestras armas en los llanos del río Maipo, el día 5 de Abril de 1818

¿Era que Jove había
Nuestro baldón eterno sancionado,
Y que tornara un día
Para siempre a la Patria malhadado?
¿O nos guardaba la voluble suerte
Llanto sin fin, asolación y muerte?

¿Y tanta y tanta gloria,
En ocho años de afanes conseguida,
Ser debió transitoria,
Y, gozada no bien, cuando perdida?
¿El sud, ya libre, volvería al cabo
Del déspota español a ser esclavo?

Los que en Maipo acabaron
Una noche tremenda así creyeron, (*)
Noche en que no lograron
Sobre los bravos que vencer quisieron,
Sino aumentar el fuego de venganza,
Y provocarlos a mayor matanza.

El campo sorprendido,
Nuestra hueste dispersa, y el Ibero,
De sombras protegido,

(*) En la noche del 19 al 20 de marzo de 1818, fué sorprendido y dispersado por las tropas españolas, en Cancha-rayada, el mismo ejército que, pocos días después, triunfó completamente de ellas en Maipo.

Vibrando impunemente el duro acero,
Y repartiendo inesperada muerte,
"Triunfamos, dijo; se fijó la suerte".

Como en Pérgamo el Griego
En noche infanda derramó su enojo,
Y del inmenso fuego
Fué la ciudad de Príamo despojo,
Sin que de sus cenizas renaciera,
Así pensó triunfar la hueste Ibera.

Pero el jefe invencible,
A quien nunca abandona la Victoria,
Y en lance más terrible (*)
Cubrió sus armas de brillante gloria,
Hurta el momento a la Fortuna ingrata,
No duda de su triunfo, y lo dilata.

De la Luna al amparo,
Con honor salva su dispersa gente,
Y cuando Febo claro
Se sepultó de nuevo en occidente,
Iban ya las falanges aguerridas
Por su jefe hacia Maipo conducidas.

Llegó, llegaron ellas,
Y San Martín exhorta, increpa, enciende
Las cubiertas centellas
Del fuego patrio, que doquier se extiende.
El soldado recobra su bravura,
Y vencer o morir mil veces jura.

Ya, ya los campeones
En la sed de venganza se abrasaban,
Y sus aclamaciones

(*) En el paso de los Andes, y batalla de la cuesta de Chacabuco. que dió la libertad a Chile. Se dió esta memorable batalla el día 12 de febrero de 1817,

El triunfo de sus armas presagiaban,
Cuando el fiero enemigo se descubre,
Y la llanura inmensa erguido cubre.

Le ven los inmortales,
El grito todos de victoria alzaron,
Y los filos fatales,
Los rayos de la muerte prepararon.
Los tiranos entonces se acobardan,
Y pavoridos otra noche aguardan.

¿Pero quién el deseo
De venganza o de muerte refrenaba?
Precipitarse veo,
Cual torrente, que un dique represaba,
Le rompe, y todo arrasa, a nuestros bravos
Sobre la multitud de los esclavos.

La colina escalando,
Rayos de guerra los Iberos lanzan,
Y los bronces tronando
Reparten muertes por doquier alcanzan;
Pero el soldado en quien el Sud confía
Solo en la punta de su acero fía.

Moribundos amigos,
Y alfombras de cadáveres pisando,
Hacia los enemigos
Marchan, corren, se acercan, y, en llegando.
Mil arroyos de sangre de la altura
Hirviendo bajan hasta la llanura.

San Martín los furores
Gobierna del intrépido soldado,
Y el riesgo y los horrores
A despreciar enseña denodado.
Si Marte mismo tal bravura viera,
En Marte mismo algún pavor cupiera.

Empero los Hispanos,
Precipitados de la fuerte altura,
Renuevan en los llanos,
Sin esperanza, la batalla dura;
Que su hado inevitable los persigue,
Y muy más grande la matanza sigue.

No sigue, que allí empieza;
Porque el bruto a la guerra acostumbrado
Se lanza con braveza,
Por el dragón invicto gobernado,
Y tropella y derriba, y el guerrero
Lleva la muerte a do volvió el acero.

¡Iberia! Tus caudillos,
En la lid hasta entónces no domados,
Dejaron los cuchillos
De los libres del sud ensangrentados.
Allí espiró su saña: allí mordieron
El suelo mismo do mandar quisieron.

Largo tiempo el tirano
Disputa el campo y la tenaz victoria;
Pero disputa en vano,
Que ella, cubierta de esplendor y gloria,
Con guirnalda de lauro inmarcesible
Las sienes coronó del invencible.

¡Oh, San Martín! Tu nombre
De edad irá en edad, de gente en gente
Mientras dure el renombre
Del grande Americano continente,
Y brille de los Andes la alta cumbre
Con nieve eterna y con cercana lumbre.

En elogio de los señores generales D. José de San Martín y D. Antonio González Balcarce, por el triunfo de nuestras armas a su mando, en los llanos del río Maipo, el 6 de Abril de 1818.

(En el canto que va a leerse también se hace mención de la célebre batalla de Chacabuco. Cuando él se escribió, por insinuación de personas inmediatas al Gobierno, ya todos los poetas de Buenos Aires habían celebrado, de un modo digno, la victoria de Maipo. Parece que la autoridad deseaba entonces ensalzar el mérito del Sr. Balcarce, que contribuyó no poco a este triunfo, y cuyo mérito habían olvidado nuestros poetas. De todos modos, esta composición, y la que la precede, son, a mi parecer, las que necesitan más indulgencia entre las mías).

Amados de Caliope, hijos de Febo,
Del Parnaso en las cimas educados,
Perdonad, si los tonos elevados
De vuestro canto a interrumpir me atrevo.
Sé que pulsar no debo
La pobre lira mía;
¿Mas quién podrá este día
El ardor refrenar que el pecho inflama?
Veo dos héroes; su renombre solo
Del entusiasmo la sagrada llama
Enciende, y siento que me inspira Apolo.

San Martín y Balcarce, dos guerreros,
A quienes justa nuestra edad aclama,
Y cuyos hechos cantará la Fama
En la serie de siglos venideros.
Temblad, temblad, Iberos;
Vuestro fin se aproxima;
Que San Martín la cima
De montes, que su frente han escondido

En las regiones donde el trueno rueda,
Amenaza escalar, y destrüido,
Si lo ejecuta, vuestro imperio queda.

Quedará vuestro imperio: en movimiento
Ya las falanges van; la falda pisan,
Y la altura también; de allí divisan
En Chacabuco una bandera al viento.
Como huracán violento,
Que brama en la alta sierra,
Los hijos de la guerra
Fieros se lanzan; el cañón retumba,
Y ellos la espada fulminante vibran:
En la cuesta el tirano halló su tumba,
Y a Chile triste las legiones libran.

El venerando Maipo, que, en la hondura
De sus puros cristales retirado,
Era un río sin fama, destinado
A dar inútil riego a una llanura,
De su mansión oscura
Oyó el clamor guerrero,
Y oyó el grito primero
Que, al desplegar sus alas, dió la Fama,
A San Martín cantando sonorosa.
Alegre entonces a sus Ninfas llama,
Y sobre el agua alzó su faz rugosa.

Convocólas y dijo: "Yo esperaba
"Que era de haber un día, en que este imperio
"Al déspota feroz de otro hemisferio
"*No soy tuyo* dijera. Escrito estaba
"Que a esta región esclava
"Un genio de la guerra,
"Desde la opuesta tierra,
"Mole inmensa de montes traspasando,
"Vendría victorioso; y en un día

"Siglos y siglos de maldad vengando,
"El oprobioso yugo rompería.

"Su nombre allá en el libro de los hados
"En páginas de luz escrito estaba;
"Jove empero su nombre reservaba,
"Y los tiempos al triunfo señalados.
"*Cuando sea que osados*
"(Dijo el Tonante un día)
"*En la alta serranía*
"*Ejércitos batallen, sangre corra,*
"*Vague muerte sin fin, la Fama cante,*
"*Llegó el feliz momento en que socorra*
"*Al Araucano el adalid triunfante.*

"Hoy en la cuesta yo sentí fragores;
"En Chacabuco las cavernas roncas
"Del monte retumbaron; voces broncas
"Escuché de feroces contendores;
"Y después los clamores
"De la Fama se oyeron:
"San Martín, repitieron,
"San Martín es el héroe; Chile vive.
"Me alzo yo entonces, y en la cumbre veo
"Al capitán ilustre, que recibe
"De manos de Mavorte el gran trofeo.

"Pero no se acabó: ¿véis estos llanos,
"Delicia un día de araucana gente?
"¿Véis los que, yermos, del arado el diente
"Sentido no han; ni laboriosas manos?
"Sepulcro de tiranos
"A ser vendrán un día:
"La ibera sangre impía
"Dará fertilidad a mis llanuras:
"Un nuevo atleta pisará mi arena,
"Y otro Marte mayor, lides más duras
"Entonces he de ver con faz serena.

"Balcarce llega ya: mi vaticinio
"Es funesto y crüel para el tirano,
"Que ostenta su poder en Talcahuano,
"Y ha jurado de Chile el exterminio.
"En vano a su dominio
"Ya sujetar intenta
"A una nación que cuenta
"Con la ayuda de genios denodados.
"Los libres triunfarán; y en mi llanura
"Los monumentos, a su gloria alzados,
"Dirán sus triunfos a la edad futura."

Así predijo el venerando Río;
Luego a la capital su blanca frente
Vuelve, mira, y aumenta de repente
Con llanto de placer su raudal frío.
Cesó el dolor impio
De las Náyades bellas,
Y, en vez de sus querellas,
Los ecos sus cantares repetían.
Por la orilla festivas divagaron,
Y, a una seña del Dios que obedecían,
Con el Dios a las ondas retornaron.

En tanto el primer héroe, que gozosa
La madre Patria en sus anales cuenta,
En Santiago, ya libre, se presenta,
Mas no en Santiago su valor reposa.
La legión animosa
De nuevo al campo guía,
Y raya al fin el día
En que se muestra el campeón ausente:
Ansiaban ambos la postrer victoria,
Y ambos conducen la aguerrida gente
A do se cubra de más alta gloria.

El tirano también, que, rencoroso,
De Chacabuco la pasada afrenta

Lavar en sangre americana intenta,
Y de nuevo imponer su yugo odioso,
A Talca presuroso
Conduce los soldados,
En Europa educados
En arrastrar el carro de Mavorte,
Y afrontar mil de veces mil de muertes;
Aquí esperanza de su avara corte,
Como allá azote de los Galos fuertes.

Con sus antiguos triunfos engreídos,
A Talca llegan, y en furor aguardan
A los guerreros que a su enojo tardan,
Y a quienes ven, sin pelear, vencidos.
Los hijos escogidos
De la Patria entretanto
Miraron sin espanto
La muchedumbre inmensa: ronco suena
El bélico clarín; el jefe manda,
Las huestes paran, y con faz serena
Se espera el día de matanza infanda.

Pero vino una noche, que Fortuna,
Avergonzada ya, borró del año;
Noche de estragos y de horrible daño,
Noche funesta a Chile cual ninguna.
De la traidora luna
Protegido el Ibero,
Cual suele tigre fiero
De improviso caer sobre la presa,
Marcha en silencio, llega, nadie advierte,
Y los patrios soldados en sorpresa
Circundados se ven de inmensa muerte.

¡Héroes del canto mío! ¡Campeones,
En quienes Chile tiene su esperanza!
¿No impediréis la bárbara matanza?
¿Impunemente morirán legiones?

¿Mañana los pendones
Del opresor de Lima
Verá el sol de su cima
Flamear, en afrenta de su prole,
Sobre montones mil de cuerpos muertos?
¡Ah! ¡Tanta vida en vano no se inmole!
Salvad los restos de pavor cubiertos.

Y los salvaron. San Martín ajeno
De vil temor a la Fortuna instable,
Y Balcarce, y Las Heras indomable,
Cual nunca ostentan su valor sereno.
Se oye su voz cual trueno,
Y con la diestra fuerte
Repartiendo la muerte,
Y abriendo entre la turba anchos caminos,
La retirada ordenan al soldado;
Y, cediendo un momento a los destinos,
Dejan por fin el campo abandonado.

Su triunfo oscuro al enemigo ciega,
Y su ilusión acrece y su confianza;
Hacia los libres denodado avanza,
Y en el llano los ve que Maipo riega;
Y marcha, y corre, y llega,
Y, de la guerra al grito,
Desde el hondo Cocito
Muerte y Discordia acuden. De repente
El clamor en silencio se ha mudado,
Uno al otro se mira el combatiente,
Y teme acaso y tiembla el más osado.

Mas dió el bronce la seña de matanza,
Y las patrias legiones al momento
Se desprenden, cual rayo, de su asiento,
Que llegaron las horas de venganza.
No, Musa, no; no alcanza
El entusiasmo a tanto.

¿Cómo podrá mi canto
Producir una imagen de aquel día,
A la Muerte por Jove abandonado,
Y a los horrores de la guerra impía?
Cante otro genio lo que a mí no es dado.

Mi voz a los dos ínclitos varones,
San Martín y Balcarce, es consagrada:
Ni yo diré la lucha encarnizada,
Y el destrozo feroz de las legiones.
Las brillantes acciones,
Y el estrago horroroso,
Y el triunfo portentoso,
Obra fué toda de ellos. Los Iberos
Los vieron con asombro, batallando,
Cruzar por entre el plomo y los aceros,
Trofeos a trofeos aumentando.

Por tres veces la Parca en la matanza
De los dos héroes el morir decreta,
Y, al descargar el golpe, los respeta,
Y dirige a otra parte su venganza.
Al cabo la balanza
Se inclinó de los hados;
Redoblan los soldados
El bélico furor, la justa saña;
Sangre y más sangre por doquier se vierte,
Y, donde antes guerreros de la España,
Sólo se ven despojos de la Muerte.

Triunfamos; lo vió Febo, y, afligiendo
Los brutos de su carro, al occidente
Baja, y al viejo mundo hasta el oriente
El triunfo de sus hijos fué diciendo.
El sacro Maipo viendo
Su presagio cumplido,
El curso reprimido

Soltó de nuevo de su linfa pura.
"Vivid, héroes, envidia de guerreros,
"Vivid siempre, exclamó; que en mi llanura
"Dísteis sepulcro a mis tiranos fieros."

Y la América allá en la erguida sierra,
Do un genio singular la vió sentada (*),
Su faz de llanto en de placer mudada,
Se vió ya la señora de la tierra.
Héroes, mi Musa cierra,
Cierra ya el labio osado;
La Patria, que ha logrado
Por vuestro esfuerzo libertad y gloria,
Y renombre y poder irresistible,
Sabrá inmortalizar vuestra memoria
En el mármol y bronce indestructible.

(*) D. Esteban de Luca, en su canto al triunfo de Maipo, pinta a la América como a una diosa, llena de magnificencia, que, sentada en la más elevada cumbre de los Andes, domina desde allí nuestras felices regiones.

DELIA SOBRE TODAS

Perdonad, hermosas,
Que amé en otro tiempo,
Si en vuestros altares
Ya no quemo incienso,
Y a un ídolo solo,
En su solo templo,
Consagro mi culto
Reverente, eterno.
No penséis que se haya
Extinguido el fuego,
En que venturoso
Ardí desde tierno;
Ni que ingrato olvide
Los favores vuestros,
Que en distintos días
Dichoso me hicieron.
Pero Delia..... ¡Dioses!
Todo el bien supremo,
Toda la ventura
Que promete el cielo,
Todo es ella sola;
Y en el universo
Lo que es ella nadie
Fué, ni puedo serlo.
Perdonad, hermosas,
Que amé en otro tiempo.

Aunque acostumbrado
Mi cariño incierto,
En los juveniles

Años inexpertos,
A mudarse pronto,
Como pluma al viento,
Mi adorable amiga
Fijó mis deseos;
Y ya en otra llama
No arderá mi pecho,
Ni otro nombre nunca
Sonará en mis versos.
Desde que amo a Delia,
Y Delia mi afecto
Bondadosa paga
Con igual extremo,
Cuanto veo amable,
Cuanto veo bello,
Todo lo comparo
Con ella, y confieso
Que al instante mismo
Me corro de hacerlo.
Perdonad, hermosas,
Que amé en otro tiempo.

Laura mi inconstancia
Cita por modelo;
La linda Dorila
Con airado ceño
Desfigura, al verme,
Su semblante bello;
Y Cintia y Elvira
Publican de acuerdo
Que soy un perjuro,
Que soy un perverso.
Yo las he querido
Con amor sincero,
Que mentidos nunca
Mis afectos fueron;
Y entonces creía
Que era eterno el fuego,

Que a la vez por ellas
Abrasó mi pecho.
Si fué de otro modo,
¿Yo qué culpa tengo
De que haya una Delia
En el universo,
Y no haya querido
Formar otra el cielo?
Perdonad, hermosas,
Que amé en otro tiempo.

¡Ah! Si todas fueseis
Como es ella, cierto
Que el primer cariño
Sería el postrero,
Y al primer suspiro
El último aliento
Fiel respondería
En todos los pechos.
Pero la inconstancia
No tiene remedio;
Porque Délia es una,
Y el amor artero
A todos y a todas
Sujeta a su imperio.
Perdonad, hermosas,
Que amé en otro tiempo:
Adiós para siempre,
Que Delia es mi dueño.

EL MOTIVO DE MI CONSTANCIA

¿Piensas que tus ojos
Que al que miran matan;
Que tu linda boca,
Nido de las Gracias;
Tu pecho nevado,
Tu risa, tu habla,
Tus mil atractivos,
Conservan mi llama?
¡Ah, Delia inocente!
¡Y cómo te engañas!
Ojuelos vivaces
También tiene Laura,
Y el labio de rosa,
Y el cuello de nácar;
También en su pecho
Tuvo Amor entrada,
Y en él ha dejado
Bien profunda llaga;
Y con todo pude
Por fin olvidarla.

¿Sabes, dulce amiga,
La dichosa causa,
Que ya no me deja
Lugar a mudanzas?
¿Sabes el encanto
Que, después de tanta
Llama pasajera,
Fijó mi inconstancia?
Tu alma solamente,

Bien mío; tu alma,
Cual un Angel, pura,
Cual la cera, blanda,
Y sencilla, y tierna,
Y amante, y dotada
De tantas virtudes
Cuantas tienes gracias.
Sí, Delia; no puedo
Dejar de adorarla;
Y si mientras viva
No me desamparas,
Ni rompes el lazo
Que une nuestras almas,
Yo seré la envidia
De todo lo que ama,
Tú harás un dichoso,
Obra reservada
Al poder divino
De Deidades altas.

MI MOTIVO DE HACER VERSOS

¿Riquezas? Por ellas
Jamás me desvelo,
Ni a sus escogidos
El Númen de Delos
Promete otra cosa
Que el laurel modesto.
Como Homero nadie,
Y fué pobre Homero,
Y lo fué Virgilio,
Y todos con ellos.
¿Qué corra mi fama,
Cuando ya esté muerto;
Y que, cuando vuelvan
Los siglos que fueron,
Me envidien, me alaben
Mis últimos nietos?
¡Hay tal niñería!
No, no; ni por pienso
La fama no libra
Del avaro Averno,
Ni yo merecerla
Por mis versos creo;
Pues naturaleza
No me hizo soberbio.
¿Favor de los grandes
Será lo que anhelo?
Ni ellos le dispensan,
Ni yo le deseo;
Y aunque, por desgracia,
De muchos dependo,

A ninguno adulo,
Y a ninguno temo.

¿Y en cantar entónces
Cual será mi objeto?
Tú, Delia, lo sabes,
Que, oyéndome un verso,
Solo por ser mío,
Me das mil de besos;
Y entonces me abraso,
Me agito, me incendio;
Sobre tus mejillas
Un momento muero,
Y luego, al sentido
Perdido volviendo,
Torno con más fuerza
A cantar más tierno.
Lo que pueden, Delia,
Tus labios hibleos.

MIS DESIGNIOS FRUSTRADOS

Un día en que lograron
Las armas argentinas
Contra el tirano un triunfo
Que con celosa envidia
En Santa Helena el corso
Batallador sabría,
Iba a subir al Pindo,
Y, en elevada rima,
Dar eternos loores,
A San Martín quería.
Pero no bien trepaba
La sagrada colina,
Cuando al encuentro mío
Vino la Musa amiga,
Y me puso en la mano
Con graciosa sonrisa
El instrumento mismo
Que yo a buscar venía.
Le tomé, y a tocarle
En mis transportes iba,
Mas quedaron burladas
Las esperanzas mías;
Que mi voz dijo *Marte,*
Y sonó *Amor* la lira.

Soltéla con enojo,
Y dije: ¿es este día
"Para cantar amores,
"O guerras y ruïnas?
"¿Cuando airado Mavorte,

"Belona enfurecida....."
Iba a seguir; empero,
Llegando Clío a prisa,
"Canta, canta, me dijo,
"Que mi numen te inspira:
"Aquesta compañera
"No dicta más que risas,
"Sin que otra cosa Apolo
"En jamás le permita".
El disorde instrumento
Volví a tomar con ira,
Alcé la voz de nuevo,
Y sonó *Amor* la lira.

Clío desplega entonces
Una risa maligna,
Y me dice: "¡inocente!
"Deja que López siga,
"Con Rodríguez y Luca
"Y Rojas este día, (*)
"El carro de la muerte,
"Que al Orco precipita
"A cuantos han mordido
"El polvo en lid impía.
"Ellos, no tú, del héroe
"Canten la sien invicta,
"De palmas, y de gloria,
"Y de laurel ceñida".
Entónces, por desquite,
Dije: "la Delia mía
"Vale más que mil héroes",
Y retiréme a prisa.

(*) El Dr. D. Vicente López, Fr. Cayetano Rodríguez, D. Esteban de Luca y D. Juan Ramón Rojas, poetas porteños, cantaron muchas veces, de un modo digno, los triunfos de nuestras armas y las glorias argentinas.

Otra vez que en el templo
De Astrea ví injusticias,
Otras mil veces digo,
Porque ví repetidas,
Vengarlas quise en verso;
Pero ¡inútil porfía!
Al invocar a Temis,
Resonó *Amor* la lira.

Después, cuando enseñada
Ví la filosofía,
Como en la culta Europa.
Aquí en la Patria mia.
Tributar me propuse
La alabanza debida
A Lafinur, al joven (*)
A quien con rabia impía
El genio furibundo
Del fanatismo mira,
Y a quien, desde muy tierno,
Tierna amistad me liga.
En el laudable empeño
Mi mente se fatiga,
Por encontrar palabras
De su alabanza dignas:
Pero rebelde el canto
Ni a la amistad se brinda;

(*) Don Juan Crisóstomo Lafinur, natural de Córdoba de Tucumán, y doctor en aquella Universidad, era, cuando se escribió esta pieza, catedrático de filosofía en la de Buenos Aires. Este joven, hábil humanista, poeta distinguido, fué perseguido por los fanáticos defensores de los absurdos, que, con el nombre de filosofía, se enseñaban antiguamente. Dió Lafinur en Buenos Aires un curso lucidísimo; pero la ignorancia, la preocupación, la envidia y la calumnia consiguieron hacerle abandonar su carrera. Resuelto a seguirla en Mendoza, experimentó allí las mismas contradicciones; se retiró en consecuencia al otro lado de los Andes, y murió en Santiago de Chile, en el año de 1823, a los 29 de su edad.

Es muy sensible que no exista una colección de sus muchas y bellas poesías; ella haría un grande honor al Parnaso Argentino.

Que la invoqué anhelante,
Y sonó *Amor* la lira.

Con tanto desengaño,
Exclamé: "¡Delia mía!
"Si es que me ha concedido
"El hado larga vida,
"Mientras que corra el tiempo
"En que las Parcas hilan,
"Voy a escribir un verso;
"Pero tú, tierna amiga,
"Serás el solo objeto
"De las canciones mías.
"¿Y qué quieres que cante?
"¿Y qué quieres que diga,
"Si *Amor* tan solamente
"Sabe sonar mi lira?"

A UN AMIGO, EN SU LARGA ENFERMEDAD

¿Cuál es la suerte del mortal que habita
Este globo infeliz, mi dulce amigo?
Pérfida y siempre incierta. Instable el hado
Ora dichosos a los unos hace,
Ora a los otros al dolor condena,
Y hoy de improviso nos sorprende, y roba
La Ventura de ayer. Juega insolente
Con el linaje humano la Fortuna,
Solamente constante en su inconstancia.
Igual el bien y el mal, y repartidos
Por ciega mano de voltaria suerte,
El hombre en su razón tan sólo encuentra
Contra el rigor del hado firme apoyo,
Y sabe el bien gozar sin engreírse,
Como sufrir el mal sin desaliento.
Iban antes en larga bienandanza
Tus días, es verdad, sin ser sentidos;
Y el placer te reía, y tu contento
Nunca otro estado presagiarte pudo.
Alzaba el almo Sol su rubia frente,
Y te vía feliz, y de tus gozos
Era testigo, al esconder su llama.
Un suspiro jamás, sin ser de amores,
Un deseo jamás, sin ser formado
Por la ternura de que siempre lleno,
Tu corazón está; la medianía,
Que te daba el sustento y daba todo
Cuanto ansía el hombre honrado; tus amigos,
Tus libros, tus amores; ¡ay! ¿entonces
A la sed de gozar qué más faltaba?

¿A la sed de gozar, que, mientras vamos
Rïendo de placeres en placeres,
Nunca se satisface, y más se ensancha
El corazón avaro, que no sabe
Qué más hay que gozar, y más desea?
¿Cuándo pesó en tus ojos la gravosa
Lágrima del dolor? ¿Su amargo acíbar
Alguna vez probaste, deslizado
Por tus mejillas hasta el labio yerto?
¿O allá en el hondo pecho hervir sentiste
De pena cruda los sollozos roncos?
¿Sufriste alguna vez? ¡Y qué! ¿Creías
De contento cargado ir a la tumba,
Cuando el tiémpo fugaz la mano helada,
Que encanece el cabello, en tu cabeza
Trémulo en fin pusiera? Lo creíste;
Y repente tus días se nublaron,
Y el hombre de placer en la desgracia
No tuvo faz serena. Congojosa
Corrió la enfermedad negra cortina
Al lecho del dolor, y en él te lanza,
Y caes y yaces: tras un mal, mil otros
De un variado sufrir amargo cáliz
Apurar te hacen, y sus heces bebes,
Y toleraste un tiempo; al cabo empero
Te ví desesperado. ¡Amigo, amigo!
¿El hombre cuándo es hombre? ¿Cuando claro
Alumbra todo Sol sus días bellos,
Y opaca niebla de congoja acerba
Jamás sobre el placer su velo tiende?
No, no; que entonce el corazón cerrado
Está a virtudes que el sufrir enseña,
Y que aprenderse deben. La desgracia
Es la escuela del hombre. Si no hubiese
En la tormenta una ancla; si, irritado
El cielo contra tí, todo su enojo
De hoy en más en tu vida derramara,

Y te vedase el esperar siquiera;
Entonces... ni aun entonces... ¡Qué! ¿No escucha
El hombre a su razón? ¿Y la alma noble
No muestra su valor en conformarse?
¿Màs por qué no esperar? ¿Acaso un día
Más constante que el bien el mal ha sido?
¡La rueda de Fortuna, que ora pasa
Rápida sobre tí, mañana un vuelco
No dará, y otra vez veráste alzado?
¿O el hombre gime siempre, o siempre goza?
Y la Esperanza, ese vivir del triste,
Esa Diosa benéfica, que alivia
El peso de los males mientras duran,
Y anticipado el bien gozar nos hace,
¿No te merece culto? Amigo mío,
Vivir para el dolor es triste suerte;
Pero palabras de consuelo escucha,
Y en brazos de la Muerte no te arrojes.
¡Desesperado, que a la Parca invocas!
Ayúdate a tí mismo, que te amenguas,
Si aumentas tu sufrir con tu abandono.
Harto hambrienta la Muerte, carnicera,
En tí y en todos cebará algún día
Tanta voracidad: pero nosotros
¿Por qué al encuentro al despiadado golpe
Habremos de salir?—¡Amigo! ¡Fatuo,
Insensato de mí! ¿Lúgubre acento
Hago yo resonar en tus oídos,
Cual si la tumba vieras? ¡Qué! ¿Mañana,
Sí, mañana, gozoso no he de verte
Saltar del lecho, y, a mi brazo asido,
Los sitios, solos, que a pensar convidan,
Pasëar con pie firme y alegrarte?

¿Te acuerdas de los ratos en que, juntos,
Atrás dejando el bullicioso pueblo,
Y desdeñando la molesta turba,

Que el ócio hace vagar en la ancha plaza,
Del corazón y de la mente encanto
Ya de Virgilio los primores eran,
Ya del tierno Meléndez la dulzura?
Ora, sentados cabe el grande río,
Aspirando frescor, y respirando
Amistad y llaneza, mudas iban,
Y rápidas a un tiempo, alegres horas;
Ya el tardo pie moviendo hacia el Retiro,
Diciendo versos, recordando escenas
De placer y ternura, todo daba
Pábulo al fuego de amistad sencilla.
¿Y que, cuando, en las pláticas de amores,
Del primer beso de tu esposa bella
Te acordabas amante, y de mi amada
Me acordaba también? ¡Ah! Nueva entonces
La que era antigua llàma ¡cuánto ardía!

¿Lo recuerdas, querido? Todo, todo
Va a tornar prontamente; tú lo quieras,
Y prontamente tornará. ¿No miras
Que anhelan todos tu salud, y presto
A recobrarla vas? Tierna, oficiosa,
Los ya pesados ojos con el llanto
Levanta al cielo tu afligida madre,
Y los vuelve a tu lecho, y te acaricia,
Y otra vez llora, y tu tristez condena.
Tu amante esposa, a quien el cielo hà dado,
Pródigo en bienes, cuantas gracias pueden
Ornar su sexo y en cuya alma moran,
Hijas de la ternura, las virtudes,
¡Cuánto se afana, se acongoja cuánto,
Porque tú mismo tu penar aumentas,
Y desoyes su voz consoladora!

¡Confía, tierno amigo. ¡Cuántos gimen
Hoy mucho más que tú! pero mañana,

Libres del peso del dolor, en risa
Se volverá su llanto; y lo presienten,
Y presintiendo viven. La Esperanza.....
¡Qué no hace la Esperanza! Si te entregas
A sus brazos de paz; si te abandonas
A los consejos de tu tierna madre,
Tu dulce esposa, tu ferviente amigo,
Verás cuán claros y cuán presto lucen
Los días que anticipa mi deseo.
Ya su Aurora dichosa se adelanta,
Y mi verso profético la canta.

AÑO DE 1819

EL ENOJO

Con Delia enojéme,
Pero nadie sabe
Enojos con Delia
Después lo que valen.
Satisfecho, alegre,
Amado y amante,
Sin celos de Delia,
Sin Delia celarme,
Temores un día
Sentí apoderarse
Del pecho, y el pecho
Palpitar, temblarme,
Circular más pronto
Mi sangre que antes,
Y en la mente dudas,
Y en la alma combates,
Y cosas que nunca
Podrán explicarse.

Yo no sé; yo quise
De Delia quejarme,
Y ni hallaba queja
Fundada que darle,
Ni menos podía
Mi amor aquietarse.
La razón... ¿Cuándo hubo
Razón en amantes?
Rígida y severa,

Jamás tiene parte
En lo que sucede
A dos pechos que arden.
¿Y es preciso acaso
Razón para amarse?
El corazón sólo
Sabe lo bastante,
Y él hace los nudos
De amor y deshace.

Al fin, al bien mío
Dije mis pesares,
Mis fieros temores,
Mis ansias fatales,
Mis dudas, y nada;
Porque, ¿qué imputarle?
Escuchóme atenta
Y, en vez de excusarse,
Rïose la hermosa,
Y luego a mirarme
Se vuelve, y su labio
Segunda vez abre
Con otra sonrisa
Que el pecho me parte.
Amor, que en sus ojos
Está, y nunca sale,
También se reía,
De ver aquel lance;
Pero yo irritéme,
Y en aquel instante
Celoso, ofendido,
Volé, inconsolable
A do, solo y triste,
Llorar mis pesares
Pudiera, y de Delia
Y el cielo quejarme.
Así todo un día

Pasé, cual no cabe
Que amadores pechos
Igual otro pasen.

Por fin a las plantas
De Delia a arrojarme
Volví nuevamente,
Y volví a quejarme,
Y a llamarla ingrata,
Y a que me matase,
Si acaso el olvido..
Pero Delia, amante
Más que nunca entonces,
Más que nunca amable,
Ya llora conmigo,
Ya me satisface;
Consiente que guste
Su beso inefable,
Y enjuga mi llanto,
Y vuelve a abrazarme;
Y nunca sus labios
Como entonces arden,
Y nunca otro néctar
Me dió más süave,
Ni fueron tan tiernos
Sus suspiros antes.
Mil veces, mi Delia,
Volviera a enojarme,
Aunque me costara
Mayores pesares,
Si con igual fuego
Volvieses a darme
Eso que me diste
Por desenojarme.

A LAFINUR

¡Oh Lafinur!, tú pierdes
Sensiblemente el tiempo,
Revolviendo los libros
De autores mil diversos,
Y en pos de inútil ciencia
Afanoso corriendo.
De la filosofía
Enseñando el sendero,
A la Verdad conduces
A tus jóvenes tiernos,
Y toda tu ventura
Consiste solo en eso.

Desengáñate: hubo
Para mí cierto tiempo,
En que también Minerva
Me introdujo en su templo,
Y subió en sus altares
El humo de mi incienso.
Entonces yo creía
Que solo aqueste empleo
Era digno del hombre,
Y me engañaba necio.
Porque, dime, querido,
¿Qué te importa en efecto
Que el hombre sólo piense
A fuer de sentimiento,
O que piense, movido
De principio diverso?
¿Qué te importa que, fijo

El Sol en medio cielo,
Gire la Tierra en torno
Por el espacio inmenso,
O que, fija la Tierra,
Gire en contorno Febo?
¿Qué importan las distancias
Que hay de Mercurio a Venus,
O de Marte a Saturno,
O de Saturno al centro?
Han de volar tus años,
Y cuando el cano tiempo
En tu cabeza blanca
Ponga el pesado dedo,
Dime ¿de tanta ciencia
Qué ha de quedarte luego?
Corta la Parca el hilo,
Vas al sombrío reino,
Y el que pasó la Estigia
No vuelve del Averno,
A emplear de otro modo
Los perdidos momentos.

Haz tu deber, amigo;
Que si dió vida el cielo
Al mortal desgraciado,
Para que muera luego,
El destino del hombre
En amar está puesto;
Y es instante vacío,
Y de ningún provecho,
En el que no exhalamos
Algún suspiro tierno,
¿Conoces a mi Delia,
A mi adorado dueño?
Pues otra Delia busca,
Querido amigo, luego.
Como la mía nunca

Lo encontrarás, es cierto;
Pero Cupido sabe
Herir tan bien los pechos,
Que, cuando están tocados
De su divino fuego,
Toda querida es Diosa,
Todo lo amado es bello.

Mírame a mí, encerrado
Del gabinete en medio,
Cercano a los que rigen
La suerte de los pueblos,
A do vine arrastrado
Por un destino ciego.
Esto, a que llaman dicha
Los aspirantes necios,
¿Piensas que satisface
Ni aun el menor deseo,
Cuando no se ha nacido
Con corazón de fierro?
¡Ah, Lafinur! Te engañas;
Dejo el palacio, y vuelo
A los labios de Delia,
Que me esperan sedientos;
Y el sumo de las flores
Que, con prolijo aseo,
Las abejitas liban
Para su miel, es menos
Dulce que el dulce néctar
Que de su boca bebo.

Esto solo es fortuna;
Esto es vida ¡y si muero,
Y recoge mi Delia
Mi postrimer aliento,
Me quedaré en sus brazos
Como en un blando sueño!

Que si hay memorias tiernas
Allá en el hondo seno,
Adonde todos vamos,
De donde nadie ha vuelto,
Yo, habitador tranquilo
Del país de los muertos,
Me acordaré de Delia,
Y esperaré el momento
De su hado inevitable,
Para unirme de nuevo
A la que, sombra entonces,
No será amada menos.

Ea, querido amigo,
Aprovecha tu tiempo;
Que uno al otro los días
Se atropellan violentos,
Como si fuera largo
El plazo que tenemos.

EL AMOR

Cual joven incauta,
Que una rosa linda,
Que el prado le brinda,
Se atreve a tomar;
Y siente su mano
De espinas punzada,
O muy pronto ajada
Su flor ve quedar:

Tal el pecho triste,
Que al amor aspira,
O al momento mira
Su pena nacer,
O su gloria instable,
Su vano contento,
Huyen como el viento,
Para no volver.

Solo yo, de Delia
Amante dichoso,
Si lloro es de gozo,
Jamás de dolor;
Y ella por momentos
Olvida.... ¡oh delicia!
La usada caricia
Por otra mayor.

EL JARDIN DE DELIA

Ya pasó el crudo Invierno,
Que con su mano yerta
Desnudó el verde prado,
Yermó la hojosa selva,
Y llevó sus rigores
Hasta el jardín de Delia.

Ya pasó el crudo Invierno,
Y la alma Primavera
Por valles y por montes
Va derramando esencias;
Por montes y por valles
Su venida risueña
De nueva vida anima
A la natura muerta,
Y el primero que vive
Es el jardín de Delia.

Ayer, al darme el beso
De su boquita bella,
" A este sitio (me dijo)
" Cuando mañana vuelvas,
" Te daré en otro beso
" Alguna hojita fresca
" De aquella rosa linda,
" Que será la primera
" Que se abrirá olorosa
" En el jardín de Delia ".

Esta mañana, ansioso
Con tan dulce promesa,
Volví, volví volando

A buscar a mi bella,
Que ya triste culpaba
Mi tardanza molesta.
Halléla reclinada
Sobre la muelle yerba,
Fijos los lindos ojos
En la rosita abierta,
Que meciéndose estaba
En la planta materna,
Y dando envidia a flores
En el jardín de Delia.

Vióme la hermosa, y luego
Se levantó contenta;
Llegué, llegó a la rosa,
Arranca una hoja de ella,
Y, puesta entre su labio,
Voló hacia mí risueña;
Y su labio y la hojita
A mi boca sedienta
Gustaron como a Dioses
El delicioso néctar,
Y el aura embalsamaron
En el jardín de Delia.

¡Oh dulce beso! ¡oh rosa!
Cuando la Primavera
Los soles del Estío
Dentro de poco tema,
A tu rosal se acoja,
Bajo su sombra duerma.
Sean sus florecitas
Causa de más finezas,
Incentivo de amores,
Adornos de mi bella,
Y yo vendré a regarle
En el jardín de Delia.

AÑO DE 1820

A UN AMIGO, EN LA MUERTE DE SU PADRE

Mira lo que es el hombre. Angosta fosa,
Do yacen los cadáveres en polvo,
Es la hondura insondable, que divide
Los que la horrenda eternidad abarca
De los que alumbra el Sol. Dulce es la obra
Que al hombre da la vida; pero apenas
A la primera luz los ojos abre
El mísero mortal, fiera la Parca
Le envidia su vivir, y avara fija
La aciaga hora, que, por más que tarde,
Siempre llega temprano: corto espacio
Entre la cuna y el sepulcro media.
¿Do está tu padre ya? Los tristes ecos
Resonarán de tu lamento en vano,
Llamando mil de veces en el día
Al autor de los tuyos. Ponderosa
La lápida cayó sobre su tumba,
Y sobre ella los siglos eternales.
Las sombras no responden, y la Muerte
Despiadada desoye nuestras voces;
Que, hecha una vez la presa, a nadie es dado
De su garra arrancarla. Tuve padre,
Y le perdí cual tú. ¡Cómo le amaba!
Esta ternura que en el pecho anido;
Este anhelar el bien; el dulce llanto,
Que vierto siempre sobre el mal ajeno;
Esta tendencia a amar; dado fué todo,
Todo dado por él. Yo de su labio

Cuando el endeble pie movía apenas,
Las lecciones del bien ya recibía,
Y él la semilla de virtud regaba
Que en mi pecho plantó. Si mis amigos
En mi oscuro vivir quizá me juzgan
Digno de ser amado cual los amo,
¿A quién piensas, Manuel, que yo lo deba?
¡Ah! memoria, memoria! La honda herida,
Que en mi azorado pecho abrió tal golpe,
Todavía reciente, está sangrando.
Un giro apenas el planeta nuestro
Ha dado en torno al Sol, desde la noche
En que, bañado en mi copioso llanto,
Y desgarrado el corazón, mil besos
¡Ultimos besos! en la yerta frente
Dí al amado cadáver, y de pronto
De mis brazos amantes le arrancaron,
Y le escondieron en la horrenda huesa,
Donde quizá con las de algún perverso
Se mezclaron cenizas respetables.
¡Oh Señor de la vida y de la muerte!
¿Por qué no me escuchastes? Yo, humildoso
Mi faz cosía con el polvo negro,
Y te rogaba que el instante aciago,
Señalado al morir del padre mío,
Lentamente viniera, y tarde entrara
En la serie constante de las horas.
¿Por qué no me escuchaste, y en mis ojos
Perenne manantial de amargo llanto
Sin piedad has abierto? Si una sombra
Era de unirse a las del reino oscuro,
¿Mi vida aquí no estaba? En flor yo hubiera
A la tumba bajado, y ningún hijo,
Ninguna esposa en mi morir penara
¡Oh Dios! ¡Oh Dios terrible! ¿Qué, no viste
Que condenabas con tu horrendo fallo
Diez hijos inocentes a las penas,

Y una esposa infeliz àl abandonò
De la orfandad y la viudez llorosa?
Perdóname, Manuel, si en vez de darte
Alivio en tu dolor, te lo redoblo
Con recordar el mío. Amigos siempre,
Y siempre en suerte igual, también ahora
Nuestro acerbo penar aduna el hado.

Llora, llora, querido; este consuelo,
Dado a los pechos tiernos, es el solo
Que, en su enojo terrible, el cielo mismo
No te querrá robar. Llora, tu padre
Lágrimas pide, y la pesada losa,
Que de tu vista le ocultó, bañada
Debe en lágrimas ser. El poderoso
Baja a la noche del sepulcro, y lleva
Tras sí la maldición del miserable,
La execración común; con ojo enjuto
Todos miran su fin; el arte entonces
Sus primores apura; letras de oro,
Mausoleos erguidos, que levantan
Su escandalosa mole a más altura
Que el fúnebre ciprés que los rodea;
La pompa, en fin, de sus funestos días,
Llevada hasta la tumba con sus vicios,
Enseña a las edades venideras
El sitio donde yace; ¿quién? un monstruo
Que negaba el sustento y el vestido
A la viuda infeliz, cuando mil veces,
Desde el pie de la escala, que subida
Daba al soberbio alcázar, le mostraba
Escuálido a su niño, único resto
De su pasada gloria y sus amores.
Le negaba el sustento, y entretanto
¿Lo creyeras, Manuel? los vicios todos
Compraba con el oro, y en el juego
El pan de cien familias devoraba.

Mas la Parca asaltóle, y, miserable,
Cerró sus ojos al eterno sueño,
Y los cerró ¡qué horror! sin ser llorado;
Que hasta sus hijos, a su ejemplo viles,
Con ávido placer vieron el oro,
Amargo fruto de violencias largas.

Pero el bueno no así; no así tu padre;
La amistad, la ternura, los amores,
Y las virtudes todas presidieron
Su plácido nacer; su cuna todas
Mecieron a la par, y hasta la tumba
Le acompañaron fieles. ¿No le viste
Dar sin temor el postrimero paso
En la carrera de la vida? Amigo,
El pavor y la duda punzadora
Que asaltan al mortal, cuando ya pisa
Los lóbregos umbrales de la Muerte,
Y la espantable eternidad descubre,
Son hijos del tenaz remordimiento,
Que roe el corazón de los malvados;
Son hijos.... sí; pero ¡ay! que igual balanza
Del ímprobo y del justo pesa siempre
El menguado vivir. Igual la Muerte
Huella la torre del monarca excelso,
Y a la cabaña baja; y cual si fueran
La virtud al poder, y al crimen torpe
La probidad humilde comparables,
Así la dura en los olvidos largos
De la noche sin fin los hunde ciega.

Todo acaba, Manuel, todo obedece
La ley de destrucción; el opulento,
Y el mendigo infeliz; el poderoso,
Y el que la faz en su presencia inclina;
El que ama la virtud, y el que la insulta;
El fresco joven, y el temblón anciano;

Los hombres y sus obras; todo, todo
A un mismo fin camina: un mismo día
Ve caer con estruendo añoso roble,
Que fatigaba al tiempo, y ve a la rosa,
Hija lozana del frescor del alba,
A la par perecer; sin que al primero
Valer pudiera tanto sol vencido,
Ni a la flor tiernecita el ser aquella
La primera mañana, en que modesta
Rompió el verde botón, embalsamando,
Apenas al nacer, el aire en torno.

No se piensa en el mal, y el mal se acerca
Cuando se teme menos: pero, amigo,
¿Por qué ha de ser igual la ley terrible?
¿Para todos igual? ¿Cuándo tu padre
Mereció perecer? ¿No es que ha teñido
La probidad de blanco sus cabellos?
¿Por qué a tu amor filial fué arrebatado,
Cuando serenos tus alegres días,
Más serenos que nunca, te halagaban?
¿Por qué no tienen en el duro trance
Ni la honradez ni la virtud valía?
Tal es, querido, el horroroso fallo
De la tremenda ley; pero no pienses
Hallar en mi alma la crüel firmeza
Del que aconseja que se niegue el lloro
A las cenizas de los muertos caros.
¿Acaso alivia los dolores crudos
El ser común el mal? ¿O la alma tierna
Verá consuelos en la idea fría
De que el gemir y el llanto dar no pueden
Nueva vida a una sombra? Llora, llora;
Que aunque todos perezcan, si perece
El dulce objeto al corazón querido,
Es bronce el corazón si no derraman
Los ojos su dolor. Este consuelo

Es el que quiero a mi amistad que debas.
Yo lloraré contigo; en algún día
Hemos llorado juntos, y conoces
Cuánto mi pecho al sentimiento cede.
¿Te acuerdas de Rufino? ¡cómo amaba
A su adorable Elida! "Yo (decía
" En los transportes de su amor hirviente)
" En lazo eterno me uniré con ella;
" Yo haré su seno virginal fecundo,
" Y los dos orbes del intacto pecho
" Dos veneros serán de miel y néctar,
" Do sus labios aplique el dulce fruto
" De nuestra unión de amor, y beba en ellos,
" A la par del sustento, las virtudes
" Que en Elida adoré:" y oyó la Parca,
Y envidióle su dicha, y a la bella
Al punto lanza en la región de olvido.
¡Oh! ¡cuál vimos entonces al cuitado!
¡Elida! ¡Elida! en ronca voz decía,
Y decía, y lloraba, y sus dolores
Hondos entraban en el pecho nuestro,
Y su llanto con llanto acompañamos.

Sí, Manuel; si hay acaso sacrificios
Para aplacar los manes, son tan solo
Los tributos de lágrimas, que pagan
A su memoria los sensibles pechos,
Que anidaron ternura: pero piensa
Que, al otro lado de la tumba helada,
Hay una vida de deleite puro,
Y deleite eternal; y que tu padre
El galardón del justo goza en ella,
Y en el seno de Dios sin fin descansa.

EN LA MUERTE DEL EXMO. SEÑOR GENERAL D. MANUEL BELGRANO

Si a tu poder fatal, Muerte implacable,
Algún triunfo bastara,
Que llenase tu cólera insaciable,
Y todos tus trofeos coronara,
¿Cuál otro esperarías,
Y cuando mayor llanto causarías?

¿Con que al fin a Belgrano nos robaste,
Y ciega y olvidada
De su gloria y su mérito quedaste,
Al levantar la diestra descarnada?
A una nación entera
Condena al llanto tu venganza fiera.

No heriste al adalid en tantos días
De mortandad horrible;
Al genio de la guerra en él veías,
Que a respetarle te obligó invencible,
Y, vuelta a otro guerrero,
Cebabas tu despique carnicero.

Para arrojarte al bárbaro atentado,
Alevosa esperaste
Verle en el lecho del dolor postrado;
Y aun allí, cuando el crimen consumaste,
Te azoró tu delito,
Y te ocultaste horrenda en el Cocito.

Pero ¡ay! que, puestos en igual balanza
El justo y el malvado,
Todos víctimas son de igual venganza;
Y, perdida una sombra, a nadie es dado
Con el llanto y gemido
Evocarla del reino del olvido.

Faltas, Belgrano, faltas: ¿y a la tierra,
Que defendió tu espada,
Todo lo que en tu túmulo se encierra (1)
¡Quién podrá ya volver? (2) Abandonada
La Patria al desconsuelo,
La copa apura del furor del cielo.

Y de furor sin fin. Al templo sacro,
A la Virtud alzado,
Ya no va adorador: su simulacro,
Por el crimen triunfante profanado,
En trozos dividido,
Cayó hasta el polvo, en vilipendio hundido. (3)

Quizá tu vida, como el éter pura,
A los días de duelo,
Y de desolación y de amargura,
No debiera llegar; y justo el cielo
Inmaturo te lleva
Do salve tu virtud de dura prueba.

La salvará, es verdad; pero entretanto
¿A quién sus ojos vuelven
Los hijos de la Patria, en el espanto
En que tu muerte y su aflicción la envuelven?
Héla ya desolada,
Y a enojosa viudez abandonada.

(1-2) Los dos versos aquí anotados son de Cienfuegos,

(3) No deberán extrañarse muchas expresiones y conceptos de esta composición, si se recuerda que el virtuoso general Belgrano murió en el período más crítico del desgraciado año 1820. Los mejores y más decididos patriotas desesperaban entonces de la salvación del país.....

La virtud, el valor, ya sin modelo,
No más serán seguidos;
Que el tesón incansable, el noble celo
En llenar los deberes distinguidos,
No son más que memoria
Que han dejado tus hechos y tu gloria.

¿Do está la hueste que tu voz oía,
Y que a la Patria daba
Seguridad y honor? ¿La que algún día
Hueste de virtüosos se llamaba,
Y cuyo solo amago
Fué tanta vez al enemigo estrago?

No ya tu dedo mostrará el camino,
Por do seguir debía;
Ni sus triunfantes sienes el destino
Coronará, cual coronó algún día,
Cuando, fiel a tu mando,
Del laurel a la sombra iba marchando.

Ora sin jefes, sin virtud, sin freno,
La obediencia perdida,
No más escucha de la guerra el trueno;
Que, en pequeñas reliquias dividida,
Y acá y allá vagando,
Las banderas infiel va abandonando.

Por esto llora la Virtud; y hoy día,
Que campos y ciudades,
Por la furia brutal de la Anarquía,
Son teatro de sangre y de maldades,
La Patria sin consuelo
Su doliente clamor levanta al cielo.

Pero en vano: el camino de la Parca
Nunca más se atraviesa,
Y, si una sombra el Aqueronte abarca,

Nada es bastante a rescatar su presa;
Que al reino del espanto,
Ni penetra el clamor, ni llega el llanto.

Vosotros, genios, que en la fuente pura,
Bebisteis de Hipocrene,
Y a quienes, al cantar vuestra amargura,
Acompaña llorosa Melpomene,
¿Os negaréis al canto
En este día de común quebranto?

¿Será que nunca en metro doloroso
Alcéis a las estrellas
El renombre del héroe virtüoso,
Que nunca quiso abandonar las huellas,
Hoy de nadie trilladas,
Por la virtud y el mérito estampadas?

No hagáis que del honor triunfe el olvido;
Tomad mi pobre lira,
Vuestro dolor la temple, y su sonido
Será digno del numen que os inspira,
Y del héroe la gloria
Durará eternamente en la memoria.

¡Oh Jefes de los pueblos! A la frente
No estáis de sus destinos
Para hacerlos gemir bárbaramente.
Belgrano os ha mostrado los caminos
Que llevan a la fama;
Oíd la voz que de su templo os llama.

Id a la tumba donde está encerrado
El frígido esqueleto;
Llegad, y el corazón sobresaltado
Sentiréis de pavor y de respeto,
Cual si os dijera él mismo:
"Evocad de mi tumba el patriotismo."

AÑO DE 1821

A la libertad de Lima, por el ejército libertador del Perú, al mando del Exmo. señor general D. José de San Martín, el día 10 de Julio de 1821.

¿Cuál embriaguez, cuál entusiasmo mi alma
Hoy arrebatan? ¿y en la sangre mía
Por qué un hervor desconocido siento?
¿Quién, con alegre voz, la triste calma
Se atreve a perturbar, en que yacía,
Víctima inútil de un dolor violento!
¿Sois, vosotras, oh vírgenes del Pindo,
Las que agitáis mi pecho? Perdonadme,
Si a vuestro imperio, dócil, no me rindo;
Y de una vez dejadme
Que, en lugar de mi canto,
Vierta sobre mi Patria largo llanto.

¿Y cómo he de cantar? Desde la orilla
Del plateado río hasta las cumbres
De los montes que en Salta se levantan,
¿No veis, no veis que la mortal semilla
De discordia cundió? ¡Qué pesadumbres!
¡Qué asolación y lágrimas! Quebrantan
El freno las pasiones en un año:
¡Oh año veinte del siglo! Tú pasaste,
Y contigo tu horror: empero el daño
Que tras de tí dejaste,
A la patria condena
A ignominiosa y duradera pena.

¿Mas qué gozo hasta ahora no sentido
Mi corazón inunda de repente?
¿Qué Dios es este que mi pecho inflama?
¿Será, será verdad que desmentido
Queda mi vaticinio eternamente,
Y que el llanto ya en vano se derrama?
Sí, vírgenes, corred; las victoriosas
Sienes de un héroe coronad festivas
De albo jazmín, y de laurel y rosas;
        Y, entre alabanza y vivas,
        A los Libertadores
El camino cubrid de palma y flores.

Oigo el eco veloz que, atravesando
Del Pacífico mar la quieta hondura,
Resuena de los Andes en la cima.
Ya, ya llega a nosotros, proclamando
De San Martín el nombre, y la bravura
De los que dieron libertad a Lima.
¡Libertad! ¡Libertad! no más resuena
En todo el continente; y el ruido
Del último eslabón de la cadena,
        En trozos dividido,
        Amedrenta y aterra
A todos los tiranos de la tierra.

Y todo cierto fué. Los batallones
Condujo San Martín, y circundaron,
De los Reyes las hórridas murallas, (*)
Do rugían de España los leones.
Los Iberos atónitos temblaron,
Cual si vieran al Dios de las batallas;
Y pávidos contemplan desde el muro
Al adalid, que la soberbia frente
De los Andes holló con pie seguro,

(*) Lima era llamada *La Ciudad de los Reyes*.

Y a su escuadrón valiente,
Y el famoso estandarte,
Signo de libertad, honor de Marte.

Acudid, acudid con mano fuerte
Erguidos héroes de la erguida España;
Abrid las férreas puertas, y llevando
Las falanges al campo de la muerte,
En el campo venced. La fiera saña
De vuestros duros pechos derramando
Sobre los libres que tenéis al frente,
Vengaos en ellos: decidid ahora
Si el Perú debe ser independiente,
O si Lima, señora
De tan rica comarca,
Será siempre la esclava de un monarca.

Esos son, esos son los que dos veces,
En Chacabuco y Maipo, ya os mostraron
Que humillar saben el poder de Europa,
Y convertir sus lauros en cipreses.
El mismo rayo lanzan que lanzaron;
Vibran el mismo acero; esa es la tropa,
Y ese su general. La misma guerra
Con que el suelo de Arauco han redimido,
Conducen hoy a la domada tierra,
Que el yugo aborrecido
De vuestra tiranía
Sacudir sin su auxilio no podría.

¿Y abandonáis de un golpe las venganzas
A vuestro amo insolente prometidas,
Y el enconoso y temerario empeño?
¡Oh! Dejad, si podéis, las esperanzas
De los libres del Sud desvanecidas;
El Perú conservad a vuestro dueño,
Y enseñadnos de nuevo a ser esclavos.

Pero ¡qué! ¿No salís del doble muro
A llamar al combate a nuestros bravos?
¿Y su asilo seguro
Pávido no abandona
Fiero Español, que su valor pregona?

¿Màs qué estrépito horrísono en las plazas
De la oprimida capital se siente?
¿Qué repentino movimiento lleva
Por doquier las falanges? ¡Qué amenazas!
¡Qué clamor a la vez!—¿Se cree valiente
El ibero crüel, y así se ceba
Del pueblo inerme en el brutal saqueo?
¡Cobardes! ¿Ya perdida la esperanza,
Vuestro oprobio ha de ser vuestro trofeo?
¿Será que la venganza
Hasta la afrenta os lleve?
Pero ¡cuándo un tirano no es aleve!

Mas no osarán, oh San Martín terrible,
Arrostrar tus enojos. Hélos, hélos,
Que ya, la capital abandonando
Á tu poder tremendo, irresistible,
De la encumbrada sierra por los hielos
Asilo a su vergüenza van buscando.
Donde la planta fijan allí imprimen
La huella del horror. ¡Empero a donde,
Cuando sus hados al malvado oprimen,
De su furor se esconde?
Sobre su cuello alzadas
Ya están de tus guerreros las espadas.

Entra, genio inmortal: anega tu alma
En el placer de libertar al suelo;
Entra en la gran ciudad, y los abrazos
Recibe de los libres, y la palma
Con que tu triunfo coronó tu anhelo

Has roto ya los apretados lazos,
Y el férreo yugo del Perú oprimido:
Por doquier haya libres en el mundo,
Y resuene tu nombre, será oído
Con respeto profundo,
Y la Fama sonora
Le cantará por cuanto Febo dora.

¡Cuál se goza la América, elevando
Cada vez más y más su digno trono
Sobre ruïnas de ambición ibera!
Sus hijos, sus derechos recobrando,
El oprobioso nombre de colono
Para siempre borraron. Nueva era,
Nuevo tiempo se cuenta: la memoria
De nuestra antigua servidumbre hundida
En el olvido quede; y si en la historia
Debe ser repetida,
Que solamente sea
Porque nuestra justicia el mundo vea.

¡Preclaro General! Aníbal mismo
Envidiara tu nombre, si existiera,
Que en los Andes a Aníbal excediste.
¡Con qué placer su heroico patriotismo,
Reproducido en tí, Washington viera!
Su sombra ilustre por doquier te asiste
Y suyas son tus obras. No, no acabes,
Sin que acabe el tirano en justa guerra;
Y, cuando el crimen de tres siglos laves,
Da la paz a la tierra;
Que de hoy para entonces
Tuyo es el mármol, tuyos son los bronces.

¡Provincias, que, en el Sud del Nuevo mundo,
Disteis de libertad el primer grito,
Y el primer estandarte levantasteis!

Sobre vosotras, sí, su aliento inmundo
La Anarquía sopló; pero al Cocito
El monstruo horrible de una vez lanzasteis.
El funesto año fué, y al negro olvido
Está ya su memoria encomendada,
Y a honor mayor volvéis: tal, combatido
Por la mar irritada,
Vaga un bajel incierto.
Y escapa de la mar, y gana el puerto.

¿Mas vosotros qué hacéis, imitadores
De Píndaro inmortal, hijos amados
Del padre de la luz y la armonía?
Cantad a San Martín, y sus loores
Llevad en vuestros metros delicados
Desde do nace hasta do muere el día.
De todo triunfa el Tiempo; sin las Musas
Un héroe al fin no es héroe; que perdido
Debe quedar su nombre en las confusas
Tinieblas del olvido,
Si el sonoroso verso
No recuerda su gloria al universo.

Sólo al sublime canto y a los Dioses
Dado es vencer al Tiempo. ¿Quién ahora
De Eneas las hazañas conociera?
¿Quién de Príamo triste los atroces
Dolores, y la llama asoladora
De su ciudad inmensa, si no fuera
La Musa de Marón? ¿Y sin Homero,
Qué sería de Aquiles? Los loores
Cantad, cantad del inmortal guerrero;
Y tributadle honores,
Que no puede mi lira,
Dignos dél y del Numen que os inspira.

En elogio de mi amigo D. Esteban de Luca, por su canto lírico a la libertad de Lima, publicado en Buenos Aires, en Octubre de 1821.

¿Es éste el joven, que otro tiempo ha hecho,
Con encendido canto,
Envidiables las ansias de su pecho,
Su fogosa pasión, su dulce llanto,
Los ojuelos de Amelia,
Y el beso hibléo que le daba Celia?

¿Es éste el joven, que la guerra infanda
Y sus negros horrores
Abominó sin fin? ¿Cuya alma blanda,
Ilustrada, sencilla, los clamores
No oyó del semejante,
Sin que el llanto bañara su semblante?

Yo le ví, yo le ví, cuando pulsaba
Al son de amor su lira,
Y con versos de miel nos enseñaba
La primer ley que la natura inspira,
La ley del sentimiento,
De que mortal ninguno vive exento.

¿No era que Apolo le negó algún día
Que, en metros numerosos,
Cantar pudiera la fatiga impía
De alumnos de Belona sanguinosos,
Que con funesta guerra
Abruman fieros la angustiada tierra?

¿Cómo es que ahora denodado eleva
Muy más soberbio vuelo,
Y del héroe del Sud el nombre lleva
De la honda tierra al encumbrado cielo?
¿Los bélicos furores
Canta también el que cantaba amores?

Sí, sí; pero su Musa no se goza
En la matanza horrenda,
Y en la rabia guerrera que destroza
La humanidad en bárbara contienda;
Ni en metros inhumanos
Héroes llamó jamás a los tiranos (*)

Mas su musa se goza, cuando advierte
Que genios bienhechores,
Venciendo mares, precipicios, muerte,
Llevan la libertad, y los clamores
Del oprimido acallan,
Y al opresor indómito avasallan.

La humanidad entonces le arrebata,
Y su misma blandura;
Besa la mano fuerte, que desata
Al Perú sus cadenas; la ventura
Canta de sus hermanos,
Y execra la maldad de los tiranos.

En su entusiasmo generoso sigue
La hueste protectora
Que al duro Ibero en el Perú persigue;
Su genio le arrebata, le acalora,
Y, en feliz fantasía,
Ve cuanto en Lima San Martín hacía.

(*) Ni en metros inhumanos
Héroes he de llamar a los tiranos...—Cadalso.

A su mente fatídica es muy corta
    De ese siglo la escena;
El divino poeta se transporta;
Vive en el porvenir, y a la cadena
    De las generaciones
Anuncia celestiales bendiciones.

A sus ojos no más está patente
    El libro del Destino;
Sus páginas de fuego de repente
Manifiestas le son, y allí el camino
    Libre, feliz, glorioso,
Que el cielo nos prepara, lee gozoso.

Y canta el vate: a San Martín entonces
    Ver inmortal quisiera;
Empero no es el mármol ni los bronces
A quienes esto es dado. Duradera
    Del héroe sin segundo
Debe ser la memoria, como el mundo.

El cerro de los Andes, que más lleve
    De las nubes al seno
Su frente indestructible, y que se eleve
A las regiones donde rueda el trueno,
    Cincelado, pulido,
Será en humana forma convertido.

Este es el monumento que eternice
    Del héroe la memoria,
Y en los futuros siglos divinice
Por todas las naciones esa gloria,
    Que ya el nuestro respeta;
Así lo canta el inmortal poeta.

Pero al humano esfuerzo está negada
    La obra que concebiste;

Esa mole asombrosa, inalterada
Desde el nacer del mundo, se resiste
A que el mortal osado
Se eleve hasta donde ella se ha elevado.

Tú solo harás, Esteban, con tu canto
Tan brillantes proezas
Duraderas y vivas, hasta tanto
Que el universo entero hecho pavesas,
Informe, destruïdo,
Caiga en el caos de donde ha nacido.

De San Martín el nombre que se lea
En todas las regiones;
Que tu nombre también con él se vea,
Y el del que hizo callar a las naciones,
Cuando cantó exaltado:
"Oid, mortales, el grito sagrado". (*)

Entretanto, a los genios que aspiraren
A los premios del Pindo,
Y a celebrar las glorias que alcanzaren
Los libres de mi Patria, yo les brindo
Tu grave canto, Esteban,
Por que bellezas, como en fuente, beban.

(*) Este es el primer verso de nuestra canción o himno nacional, obra del poeta porteño doctor don Vicente López.

A D. Juan C. Varela, por su elogio a mi canto lírico sobre la libertad de Lima (*)

¿Es verdad, dulce Fabio, que mi Musa,
Cuando las glorias atrevida canta
De San Martín en Lima,
Tu congojoso espíritu levanta
Del Pindo a la ardua cima?
¿Es verdad que ha podido
Su métrica armonía
Tu numen inflamar en este día?
¿Pudo ser que, en un tono no aprendido,
Digno sólo del héroe que yo canto,
Loor me tributases,
Y, en tan grato loor, el hondo espanto
Y el terror del tirano redoblases?

Sí, pudo ser: así me lo asegura
De Fabio la amistad sincera y pura;
Así el fuego sagrado y noble aliento
Que agitado respiro,

(*) Visto por mi amigo don Esteban de Luca el anterior elogio a su *Canto lírico a la libertad de Lima*, me remitió en contestación, desde Buenos Aires a Córdoba, donde yo me hallaba entonces, en clase de diputado por mi provincia, la composición siguiente, que he creído deber insertar en esta colección de mis piezas. Esta oda de Luca guarda tanta analogía con la mía que antecede, que deben ir siempre juntas, como correspondencia de dos amigos. Sin embargo, me hubiese abstenido de copiar entre mis obritas los elogios que me hace aquél, si no creyera que redundan más en su alabanza que en la mía, y que este rasgo poético es una prueba más de la justicia con que yo me determiné a encomiar las bellezas de su Musa. Añadiré solamente que el sufragio de Luca me es muy lisonjero. La Patria, las letras, y la amistad lamentarán siempre la prematura y desgraciada muerte de un joven de tantas esperanzas.

Cuando escucho su acento,
Cuando su verso numeroso admiro.
O dulce cante, Fabio, o heroico y grave,
Es siempre superior a mi deseo:
¿Más cómo no ha de ser, si siempre sabe
Arrebatar, como el divino Orfeo?
Yo extático le escucho, yo me olvido;
Y, aunque el Dios invocado ora me inspira.
A pagarle no alcanzan sus elogios
Los débiles acentos de mi lira.

Yo inflamarle logré; yo de la pena
Pude tal vez librarle, con que aflije
La Discordia fatal su pecho blando.
Yo le torno al placer, cuando ella truena
En medio de los pueblos arrojando
Las sierpes venenosas,
Que horribles los agitan,
Y al crimen y al furor los precipitan.
¿Qué más premios, qué palmas venturosas
Pudiera desear, después que he sido
Gratamente acogido
Por tan insigne vate? Erato hermosa
Le inspira, cuando dulce canta amores;
Caliope, cuando canta de la guerra
Los sangrientos furores,
Y amedrenta y aterra
A todos los tiranos de la tierra.

¿Tú apruebas mi cantar, querido Fabio?
¿Tú, que sabes de Apolo
Los dones conocer? ¿Tú, que de un polo
Al otro, con armónico concento,
Llevas el claro nombre
De patrios campeones,
Que en su heroico ardimiento

Fueron por la Victoria coronados?
Ya sus cantos oyeron las naciones
Con sorpresa y placer, sin que turbados
Fueran por los clamores de la Envidia.
Yo tu numen admiro, fiel le aprecio,
Y, si mi verso aplaudes, al profano,
Al insensato vulgo menosprecio;
Y me río de aquellos que, engreídos
Con las obscuras leyes que aprendieron,
La ley del sentimiento no entendieron;
Y si una vez el nombre pronunciaron
De las sagradas Musas,
Sirenas peligrosas las llamaron.

Mas tú, a pesar del bárbaro destino,
Que a inútil padecer hoy te condena,
Cantas en faz serena,
Y con furor divino,
De San Martín el triunfo, que resuena
Por el inmenso indiano continente.
Al templo de la gloria arrebatados
Descubres a los héroes de repente;
Y, al verse por tu lira celebrados,
Se oye que claman, desde el rubio oriente
Hasta el opuesto ocaso:
"Diez años por la Patria combatimos;
"Nuestra sangre por ella derramamos;
"Libres empero al fin, hoy conseguimos
"El premio más glorioso a que aspiramos".

Así otro tiempo Píndaro sublime,
Cuando el laúd armónico pulsaba,
Como un Dios en la Grecia presidía.
La llama del honor en ella ardía,
Y osado el Espartano se arrojaba
Al combate, a la muerte, a la victoria.

Aun dura la alta gloria
Del divino poeta;
Ni el Tiempo destructor en su carrera
Podrá jamás borrarla. Así tu numen,
Que se lanza, cual rápido cometa,
Por la brillante y anchurosa esfera
De la imaginación, eterno debe
Ser encanto del hombre,
Cuando, siglos y siglos ya pasados,
Tu belísono acento les renueve
La virtud, el valor, y alto renombre
De los hijos del Sud siempre esforzados.

MIS RECUERDOS EN LA AUSENCIA

Adiós, primavera
De vida feliz;
Adiós, dulces horas,
Queridas de Amor,
Que raudas volasteis
Sobre un infeliz,
Y en cada recuerdo
Dejáis un dolor.

Adiós: si tan presto
Debisteis pasar,
¡Oh, nunca mis ojos
Os vieran lucir!
Que en sus años tiernos
Quien supo gozar,
En los venideros
No sabe vivir.

Cinco lustros fueron
De mi vida ya,
Y ni sombra de ellos
Tras ellos quedó.
Lo mismo la nave
Por las aguas va,
Sin dejar la huella
Que pasando abrió.

Mi tiempo dichoso
Sin sentir se fué:
¡Ya se ve! si todo

Se pasó en amar.
Mas todo lo bello,
Yo no sé por qué,
Apenas empieza,
Se siente acabar.

El pecho un momento
Se goza, y después
Convertido en penas
El gozo quedó;
Que instable Fortuna
Hoy vuelca a sus pies
Al que ayer en alto
Su rueda llevó.

Así la rosita
Un día no más,
Al reir del alba,
Da honor al verjel:
Con ligeras alas
El fresco fugaz
Se vuela, y marchita
Perece sin él.

Mi vivir pasado
Gozando se fué,
Y ora ya la vida
Tormento me dá;
Que hasta la memoria
De lo que gocé,
Como hiel, amarga
Para el alma es ya.

Si el Tiempo en un punto
Robase mi edad,
Trayéndome pronto
La lenta vejez,

No me consumiera
La triste ansiedad
De gozar placeres
Que gocé una vez.

¿Pero habrá quién lleve
Vida sin amor,
Cuando de ella apenas
Las primicias van?
¿Cuando, de los años
En todo el vigor,
Cada nuevo aliento
Es nuevo volcán?

¡Ay, besos de Delia,
Por los que otra vez
A los más dichosos
Mil envidias dí!
¡Ay, besos de Delia!
Ay, dulce embriaguez
Del feliz que siente
Lo que yo sentí!

¿Y llaman deberes
Del hombre social
Los que al hombre arrancan
De la paz de amor?
¿Qué Deidad es esta,
Cebada en mi mal,
Que me da destinos
A que tengo horror?

Aquí Delia, solo,
Tan lejos de tí,
Recuerdo aquel tiempo
Del primer querer,
Que llenó mi vida,
Sin que hubiera en mí

Más deber que amarte,
Y a tu lado arder.

Vosotros, dichosos,
Que sabéis amar,
A darme consuelos
Volando venid;
Y, por los placeres
Que podéis gozar,
De la triste ausencia
La pena medid.

Venid, y sabréis
Que mi pecho ardió
Cual otro, cual todos
No ardieron jamás;
Que ninguno ha sido
Dichoso cual yo,
Y ni más amado,
Ni que amara más.

Recuerdos de amores,
Hoy vueltos dolor,
¿Qué queréis, decidme,
Con un infeliz?
¿Acaso mitiga
Del hado el rigor
La memoria estéril
De un tiempo feliz?

Dejadme, recuerdos;
No volváis a mí,
Ni en inútil fuego
Me hagáis abrasar;
Que, desde el instante
Que a Delia no ví,
Ni el morir es pena,
Ni el vivir gozar.

AÑO DE 1822

A DELIA, DESPUES DE LA AUSENCIA

Volaron, Delia, volaron,
Y aquí en pos vinieron otros,
Pero ¡qué distintos días
De los que perdidos lloro!
Tanto más temible el Tiempo,
Cuanto rueda silencioso,
Porque nadie se precava,
Para atropellarlo todo,
No hay cosa que no sepulte
En los olvidos más hondos.
El torna en estéril yermo,
La pampa del bosque hojoso,
En palacios las cabañas,
Las ciudades en escombros,
En desplacer el contento,
Y la vida en frío polvo.
Sus alas todo lo cubren,
Y a su sombra muere todo,
Bien como la luz febea
Al subir la Noche al polo.

El cuanto engendra destruye;
Pero, al vernos a nosotros,
¿Quién pensara que pudiese
Borrar con su dedo corvo
Del libro de nuestra vida
Nuestro querer ardoroso?
Yo sembré amor en tu pecho,

Me diste amor en retorno,
Y, de tanto amor por fruto,
Sólo desamor recojo.
Lo mismo en terreno ingrato
El jardinero afanoso
Un año recoge rosas,
Y después el triste abrojo.

¿Qué es esto, Delia? ¿Ha volado
Todo tu amor como un soplo,
Y el lazo que nos ligaba
Una corta ausencia ha roto?
¿Qué has visto en mí, que desmienta
Aquellos fervientes votos,
Que formé desde el instante
En que te dije: "te adoro?"
Tú sabes que de mi vida
Te hice total abandono,
Y tú misma confesabas
Que, como yo, ningún otro
Sacrificaba tan ciego
De amor en las aras todo.

¿Has olvidado, bien mío,
Tanto rato delicioso
De embriaguez y de ternura,
En que, abrasados y solos,
Gozábamos cuanto tiene
El amor de misterioso?
Yo te miraba y temblabas;
Y tus adormidos ojos,
Y tus labios entreabiertos,
Y tu bellísimo rostro,
Como la rosa encendido,
Y más que la rosa hermoso,
Los volcanes en que ardías
Me decían silenciosos.

¿Y yo, Delia? Delirante,
En el lánguido abandono
En que sumerge el deleite,
Cuando ha llegado a su colmo,
¿Te acuerdas que te decía:
"¡Delia de mi vida! ¿cómo
"Ha espirado el universo,
"Y hemos quedado nosotros
"En el silencio de amor
"Viviendo y gozando solos?"
¡Ay, amiga! Se borraron
Esas memorias muy pronto,
Y cuando, más lleno de ellas,
Fiel a tu lado retorno,
Fría acogida me dice
Que ya no soy venturoso.
¿Por qué me dejas? Si hubiese
Alguna razón; tus ojos
Si hubieran en este pecho
Penetrado algún trastorno;
Si un corazón que era tuyo,
Y hecho para tí tan solo,
Hubiera sido en la ausencia
De ajena llama despojo;
Entonces, mi Diosa, entonces
Fulminaras tus enojos
Contra el ingrato perjuro,
Que pudo ofenderte loco.
Pero, Delia, si yo nunca
Te adoré como te adoro,
Dime, ¿por qué me abandonas?
¿Será acaso que algún otro
Siente correr por sus venas
Mayor llama, o por sus ojos
Llanto más tierno que el mío,
Siempre que a tu lado lloro?
No, Delia; tú no me dejas

Por otro amor; yo conozco
Tu corazón; y mi mano
Cuando sobre el mío pongo,
Y sus latidos consulto,
Y lo siento tembloroso,
Me asegura que mi amada
No me desquiere por otro,
Y, si me deja, me deja
Cansada de amar tan sólo.

¡Cansada de amar! ¿Mudable
Te has hecho, mi bien? ¿Y cómo
Piensas vivir sin amante,
Después de un amor dichoso?
¿Con qué llenarás, incauta,
Aquel vacío tan hondo
Que Amor vengativo deja
En los corazones todos,
Cuando a inútiles recuerdos
Los abandona celoso?
¡Delia! ¿A la ausencia y al tiempo
Cediste al fin? ¿Y a tu rostro
El color de la vergüenza
No se asoma? Los viciosos,
Los que jamás ven el alma,
Porque sus inmensos ojos
De penetrar no son dignos
Los misterios deliciosos
De lo que es amor, ¡qué triunfo
Van a celebrar gozosos!

Delia, adiós; eras mi vida
En tiempo más venturoso,
Y a no merecida muerte
Hoy me condena tu enojo.
Vive contenta; y que el cielo,
En pago de este abandono,

Colme tu vida de bienes,
Y tu corazón de gozo.
Nunca del dolor el llanto
Anuble tus bellos ojos,
Ni mi memoria importuna
Turbe tu feliz reposo.

LA RECONCILIACION

Otra vez a llorar, iré a rogarte,
Despiadada, otra vez; iré, y tu triunfo
Contemplarás soberbia, mientras baje
Hasta tus pies mi boca, y allí el beso
Estampe del dolor, y donde pisas
Riegue, inútil quizá, mi llanto amargo.

Heme ya junto a tí: ¿me ves, ingrata?
Mírame, si te atreves, y reprocha
Alguna falta a mi querer eterno,
Una siquiera a mi pasión terrible.
Alza tu vista, Delia, y tus miradas
Se encuentren con las mías. ¿No estás viendo
Que no vengo a quejarme, aunque pudiera,
Y debiera tal vez? De nada, nada
Acusarte pretendo, y bien conoces
Que un pecho, que no fuera el pecho mío,
Lanzado hubiera para siempre, siempre,
De su seno amador la imagen tuya.
Olvido todo, y a rogarte vengo,
Cual si yo fuese quien rogar debiera.
¡Tal es el fuego que arde y que consume,
Sin alivio, crüel, estas entrañas,
En que sola tu imagen no es pavesa!
Olvido todo; mírame; ¿qué dudas?
No es aquí el ofendido, es el amante
El que te viene a ver; ni los derechos,
Que sobre tí el Amor me diera un día,
Pretendo hacer valer cuando te busco.
¿No alzas tu rostro, Delia? ¿De qué tiemblas?

¿Qué temes? ¡oh! tú temes ablandarte,
Y crüel te resistes a tí misma.
No soy yo; tu conciencia, el pecho tuyo,
Son los que ahora en mi favor te arguyen;
Te confunde su voz, y eres tan dura,
Que de tí misma, Delia, estás triunfando,
Por que no triunfe yo; por que no triunfe
La razón de mi amor, que tú conoces,
Y para despreciarla te violentas.

Sea, sea cual quieres; yo me arrojo
Humildoso a tus pies, y respetando
La misma ingratitud que me condena,
La mano adoro, que, con golpe crudo,
El puñal y la muerte hundió en mi seno.

Yo soy, yo soy, amiga. En algún día
(No va lejos aún) temblar he visto,
Al acercarme a tí, tu ebúrneo pecho,
Y al colocar en él, como en su trono,
La linda rosa, de las flores reina,
Arder bajo mi mano le sentía.
¡Cuántas veces posaba en paz de amores,
Adorada mujer, sobre mis hombros
Tu frente placentera, y yo mi brazo
De tu espléndido cuello en torno echaba!
¡Y cuántas a mi seno, de tus ojos,
Las lágrimas dulcísimas cayeron!
La Luna, el Sol, la fúlgida mañana,
La luz ya desmayada de la tarde,
La densa niebla de la opaca noche,
Este lugar, aquél, y mil lugares,
Todos testigos son de los extremos
A que, cediendo a la amorosa llama,
Se abandonaba tu alma gozadora.
¿Nada te dicen ellos? ¿Nada, ingrata?
¿Así desoyes su lenguaje mudo,

Que, a tu pesar, el corazón penetra?
Desóyelo; lo puedes; pero al menos
Escucharás mi voz interrumpida,
Y que el sollozo y la vergüenza ahogan.

¿Qué te hice yo, mi bien? (porque no puedo
Llamarte de otro modo, aunque me vendes).
¿Qué pude hacerte yo, que así tornara
Todo el fuego de amor en todo el hielo
De inesperado olvido? ¿Y éstos eran
Aquellos juramentos, que envidiaron
Los dioses mismos que tu voto oyeron?
¿Qué te dice tu pecho, ingrata mía?
Ingrata y adorada, ¿qué te dice?
¿Y qué fatal firmeza te sostiene
Contra el remordimiento que te agita?

Pero yo no pretendo confundirte,
Ni que cielos y tierra se conjuren
Contra mi solo amor. ¿Y qué ganara
Con irritarte más, cuando en tu oído
Sonará como insulto temerario
El decirte siquiera: *te perdono?*
He venido a rogar, a suplicarte
No me dejes morir amante y joven,
A tu desprecio injusto abandonado.
¡Delia! ¡Adorable Delia! ¿En este pecho
Tal incendio de amor por qué encendiste,
Si era de haber un día, en que tú misma
Quisieras sin razón verle apagado?

Ese día llegó: no fué mi voto
Quien acercó su luz; ni mi deseo
Distinto le quisiera de otros días,
Que coronaron mi pasión inmensa.
Toda eras mía entonces, y, engreído,
Mi pecho a tanta gloria no bastaba.

Allá en tu corazón está la huella
De tu pasión a mí, y el labio tuyo
Aun saborea el dejo deleitoso
Que queda en pos del regalado beso.

¡Cuántas cosas, o Delia, a tu memoria
Pudiera yo traer! ¡Y cuántas quejas
Con tan dulces recuerdos te daría,
Si no fuera mi llanto quien te hablara!
Permíteme llorar; deja que bañe
Mis mejillas un agua, que otro tiempo
No brotó de dolor, brotó de gozo,
Y empapó tus entrañas en deleite.
¿Y qué quieres de mí? ¿Quieres que viva
Sin tu amor. si tu amor es solamente
Quien anima mi ser y me conserva?
Retírame tu mano, ingrata mía,
Y me verás morir entre dolores,
Inocente morir. Yo nunca, nunca
Pude ofenderte, amiga: ¿y tú te olvidas
De cuánto un día interesarte supo?
¿No te hago falta ya? ¿No te hace falta
Mi pobre corazón? Tú misma, Delia,
Me llamabas amable por amarme,
¿Y ora me dejas, cuando ya he probado
Lo que vale querer y ser querido?
¿Ser querido por tí, que es más ventura
Que la que espera la virtud en premio?
Delia, no me abandones; tan siquiera
Dame tiempo, mi bien, a prepararme
Al duro golpe de tu injusta mano;
Ni así, cual rayo, en un instante mismo,
Tu improviso furor estalle y mate.

¿Mas tú, mi bien, suspiras? — Delia amada,
¿Qué movimiento, qué pasión te agita?
¿Quieres hablarme tímida, y las voces

Perturbación extraña no te deja
Encontrar ni elegir? — ¿Lloraste, amiga?
¿Son tuyos estos brazos, que del suelo
Temblando me levantan, y mi frente
En tu seno dulcísimo reclinan?
¿Es tuyo el beso que en mi boca vaga?
¿Tuyo es el llanto que mi rostro moja?
¡Ah! cese de una vez llanto tan tierno!
Yo no quise afligirte, ni afligido
Está tu amante ya. ¡Cuánto han borrado
Las lágrimas de Delia! ¡Cuánto gozo
Vuelven al corazón! ¿No ves, querida,
Cómo ni tú ni yo romper podemos
Los vínculos que ligan nuestras almas?
¡Ay! ¡A qué nueva vida, dueño amado,
Del umbral de la muerte me has llamado!

Al incendio del pueblo de Cangallo, en el Perú, ejecutado por el general español Carratalá, y aprobado por el virrey La Serna, en decreto de 11 de Enero de 1822.

¡Venganza eterna! ¡Sin piedad, venganza!
Hijos del Sol, ¿qué hacéis? Ahora, ahora
Renazca el odio y el rencor inmenso,
A que provoca la feroz matanza,
La sed de sangre que sin fin devora
A los tigres de Iberia. El humo denso
Mirad cual forma impenetrable nube,
Y el éter todo en derredor se inflama;
Oíd, mirad que la enemiga llama
Hasta los astros sube,
Y entre ardientes escombros y ceniza
Un pueblo de patriotas agoniza.

¡No sabéis? ¿No sabéis? El fiero hispano,
Estirpe atroz del execrando Atila,
En el Perú desesperado brama;
Y, en su última impotencia deshumano,
Con bárbaro furor quema, aniquila,
Y se goza el feroz en ver la llama.
¡Cangallo miserable! ¡Pueblo amigo!
Destinado a llenar en nuestra historia
Las páginas de llanto! Tu memoria
No pereció contigo; (*)
Vengarte en esos bárbaros juramos,
Vengarte, sí, y a la venganza vamos.

(*) El incendio del pueblo de Cangallo dió lugar a que el gobierno de Buenos Aires decretara, en 1822, que una de las principales calles de la capital llevara el nombre de aquel pueblo.

LA GLORIA DE BUENOS AIRES (*)

CORO

Elevemos, oh Patria, tu gloria
A los cielos en dulce cantar,
Y de Ocaso a la Aurora tu nombre,
Buenos Aires, se escuche sonar.

En la orilla del río Argentino
Levantó Libertad sus altares,
Y los libres del mundo a millares
Agolpados se ven acudir.
Incesante el incienso a los astros
Entre voces de júbilo sube,
Escuchando la diosa en la nube
Libertad, Libertad repetir.

CORO

Sobre olvido de oprobio pasado
Buenos Aires su nombre levanta,
Y la fama le admira y le canta
Por do Febo derrama su luz:
Que los días de luto volaron
De funesta y horrible memoria,
En que timbres, honores y gloria
Se envolvieron en negro capuz.

(*) Este himno fué compuesto para la apertura de la academia de música y canto instalada en Buenos Aires, el 1° de octubre de 1822. No debe extrañarse que esta colección de poesías contenga, más que en los otros años, en los de 1822 y 23 composiciones hechas en honor de Buenos Aires. Su prosperidad y su gloria eran entonces grandes; y no puede recordarse aquella época sin que el patriotismo se conmueva, y sin sentir el dolor más profundo por la desolación e ignominia en que, ocho años después, se ha visto sumergida la Patria. ¡Quiera el cielo que se levante pronto de su actual humillación!

CORO

Desplegando sus alas el genio
Que a los libres del mundo preside,
Por el mar, que la tierra divide,
Atraviesa con curso veloz;
Y repite en el otro hemisferio,
Que no siente pesar sus cadenas:
"Buenos Aires empaña de Atenas
"El remoto inmortal esplendor.

CORO

"Su poder encontraron las leyes,
"Encontró la Justicia su templo;
"Buenos Aires presenta el ejemplo
"Que la tierra debiera imitar.
"Ha dejado la excelsa morada
"De los cielos Astrea divina,
"Y en la playa feliz argentina
"Vió gozosa elevado su altar."

CORO

Esta voz en contorno retumba
Del ibérico bárbaro trono,
Y sus garras en hórrido encono
El León contra sí convirtió;
Y erizada la sórdida greña,
Y brotando la llama en sus ojos,
Un rugido mostró los enojos
De que el libre del Sud se burló.

CORO

Pero España también restituye
El imperio sagrado a las leyes,
Y el poder absoluto en los reyes

Se avergüenza por fin de sufrir (*).
A sus hijos, que en sangre tiñeron
Otra vez nuestro suelo inocente,
Nuestros ojos verán de repente
Al abrazo de paz acudir.

CORO

Entretanto a las otras naciones
El honor de la nuestra arrebata,
Y a los hijos del Río de Plata
Ya saludan en dulce amistad;
Y sus naves, surcando las olas
Del abismo salado y profundo,
Abandonan las playas de un mundo,
Por buscar en el otro igualdad.

CORO

Buenos Aires es patria de libres,
Y esta gloria le dieron sus hechos;
De los hombres que tienen derechos
Buenos Aires es patria común;
Que los rotos pedazos de hierro
De la antigua pesada cadena
Nuestro río revuelve en su arena,
Irritando sus olas aún.

CORO

Nuestro Sol nos saluda festivo,
Al mostrarnos la faz en Oriente,
Y, al hundir en Ocaso la frente,
Se despide festivo también;
Y la Patria se goza en sus hijos,
Bendiciendo a los niños que crecen,
Que fervientes su voto le ofrecen,
Y que siempre serán su sostén.

(*) Alusión al sistema constitucional, que regía entonces a la España y que Fernando abolió poco después

EN HONOR DE BUENOS AIRES

Verum haec tantum alias inter caput extulit urbes
Quantum lenta solent inter viburna cupressi.

VIRG., Egl. 1ª.

Era la noche; y la ciudad, amada
Por el Dios de los Libres,
Tranquila en brazos de la Paz dormía,
En profundo silencio sepultada.
La mole de sus torres parecía
Antiguo monumento,
Allá en remoto siglo levantado,
Para grandioso y digno enseñamiento;
Y ora mudo, olvidado,
Pero del crudo tiempo respetado.

De lumbreras menores rodeada
La Luna en medio cielo,
En su carroza de ébano sentada,
Con su luz melancólica y serena
Bañaba el quieto suelo;
Y el grande río de la Patria mía
De su orilla feliz la suelta arena
Suavemente en sus aguas revolvía;
A la luz de la Luna así brillando,
Cual una copia inmensa
De derretida plata brillaría,
Trémula, undante, en movimiento blando

Dejando el lado de mi dulce dueño,
Que, en esas horas mudas, misteriosas.
Ya descansaba el delicioso sueño

De las fatigas del amor preciosas,
Contento el corazón, suelta la mente,
Me sentí de repente
A la lira impulsado,
Cual de poder divino,
Y a cantar el destino
Del suelo afortunado
En que la suerte plácida me diera
Abrir mis ojos a la luz primera.

¡Buenos Aires! ¡Mi patria! En algún día
La maldición del cielo
Tu recinto inundó, y oscuro velo
Tus inmortales glorias encubría.
En su carro de espanto
Rodando por tus calles la Anarquía,
Tus calles anegaba en sangre y llanto.
Y en fratricida mano se agitaba
De la Discordia impía
El tizón infernal. Entonces era
Cuando ni el hijo al padre respetaba.
Ni el hermano al hermano
Debida parte en su cariño diera.
De las leyes al solio soberano
Subió el crimen triunfante.
Y el altar de la ley cayó al instante.
En trozos dividido,
Por entre el polvo en vilipendio hundido.
Los Dioses tutelares nos miraron
Con ojos sin piedad, y a su desgracia
La ciudad infelice abandonaron.

Ese tiempo voló, y en nuestra historia
No borrará el honor de tu memoria,
Inmortal Buenos Aires: hoy levantas
Sobre los otros pueblos tu grandeza,
Cual alza su cabeza

A la nube el ciprés, entre las plantas
    Y arbustos pequeñuelos,
Que apenas se levantan de los suelos.

¡Gloria eterna a tu nombre! Por do quiera
    Presentas, Patria mía,
Un motivo de asombro a las naciones.
Creyeron que el olvido te cubriera,
Y que tu noble fama moriría
Entre nuestras funestas disensiones;
Pero tu resplandeces más glorioso,
    Después de disipados
    Los hórridos nublados
De la civil contienda borrascosa:
Bien como el alto Sol en alto cielo
    Brilla más refulgente,
Tras tempestad sombría, cuyo velo
Nos robaba la lumbre de su frente.
Yo admiro tu esplendor, y le contemplo
Y le admiro otra vez. Mi incierto paso
Se dirige hacia allá, y entro en el templo
Donde la ley se dicta en tono digno,
Sin que lo estorbe prepotente brazo,
Ni se oiga del poder ultraje indigno.
Con tal triunfo engreído el ciudadano,
    Obedece gustoso
Las leyes que le mandan ser dichoso,
    Y bendice la mano
    Que firmó su fortuna,
Y la del hijo de su amor precioso,
A quien la Libertad mece en la cuna.

Hacia acá vuelvo, y al poder encuentro
    Noblemente ocupado
En proteger al débil, al malvado
Castigar, corregir, y hacer el centro
Del comercio y las luces protectoras

Al pueblo afortunado,
Que se puso en sus manos bienhechoras.
¡Tiranos ¡ah! los que afligís al hombre!
Sonará con horror eternamente
Vuestro execrando nombre;
Y vosotros, vosotros, que a la frente
Estáis de los destinos
De mi pueblo feliz, vuestros caminos
Los de la Fama son; y cuando el bronce
Se pula en nuestro suelo, ¡cuánto entonce
Honrará nuestro artista la memoria
De los que dieron a su patria gloria!
¿Pero quién me transporta a los altares
Do Minerva se adora,
Y los dones celestes atesora,
Que prodiga sin fin y sin medida?
¡Juventud escogida
Del escogido pueblo! Yo a millares
Agolpada te veo
A la fuente correr, en que se bebe
La ciencia y la inmortal sabiduría;
Ni mi ardiente deseo
Mira distante el día
En que la Patria debe
Fiarte su ventura,
Esperando le pagues con usura.

¡Esparta libre! ¡Atenas ilustrada!
¡Remotos nombres, que al remoto tiempo
Pasaréis con honor! Pues imitada
En Buenos Aires fué la inmensa gloria,
Que en edades de atrás os dió renombre;
Y hace que vuestra historia
Hoy todavía al universo asombre;
Buenos Aires unida en adelante
Irá a vuestra memoria,
Y, cuando ella se cante

En los siglos que vengan, nuestros nietos
Tributarán iguales sus respetos
    Al pueblo que ha imitado
Los modelos que al mundo habéis dejado.
Así cantaba yo; pero entretanto
Mostró la Aurora su rosada frente,
De grana y oro se vistió el Oriente,
Y, cansada la lira, cesó el canto.

LA SUPERSTICION (*)

¡Oh vil superstición! funesta plaga
De la afligida tierra,
Más terrible mil veces,
Y más asoladora que la guerra.
La impostura es tu madre, nuevas creces
La sencillez te da, y en el instante
El poder se fomenta,
Y sus aspiraciones alimenta.
En todo tiempo la maldad triunfante,
Bajo doloso velo,
Ha cubierto de crímenes el suelo,
Y tú les diste de virtud el nombre.
En todo tiempo el hombre,
Supersticioso, débil, engañado,
Oráculos falaces ha escuchado,
Que la mentira por verdad vendieron,
Y al universo en su interés dijeron:
" Oye, cree, y enmudece;
" El cielo te lo manda, y obedece. "
Ciego, ciego el mortal obedecía;
Y, contra el mismo corazón luchando,
Y contra su conciencia batallando,
Corazón y conciencia sujetaba
A la voz que le hablaba
En nombre de los cielos,
Y en nombre de los cielos le mentía.

(*) Debe tenerse presente al leer esta composición, que fué hecha en una época en que se había exaltado furiosamente el fanatismo, con motivo de la reforma eclesiástica, sabiamente ejecutada en Buenos Aires por el gobierno.

Viérase entonces, al rayar el día,
Engañado el Egipcio,
Postrarse con sacrílego respeto
Ante el primer objeto
Que presentó a su paso
La fatalidad ciega del acaso.
Viérasele después correr el Nilo
Con afán presuroso,
Y al feroz cocodrilo
Tributar humildoso
La adoración debida
Al Ser que diera al universo vida.

Viérase cómo, en Aúlida, Ifigenia,
De Calcas al mandato,
Fué del beso materno arrebatada,
Y en aras homicidas
Con horrenda piedad sacrificada,
Consintiéndolo Atridas (*);
Y el ejército iluso, y tantos reyes,
El fuego de las aras encendiendo,
Y a las bárbaras leyes
Del sacrificador obedeciendo,
Imaginaban dioses
Como Calcas tiranos y feroces.

Más bárbaros después, más inhumanos
Los sacerdotes de una ley de gracia.
Que manda nos amemos como hermanos,
Con sacrílega audacia
Del código divino que rompieron
Los intérpretes santos se fingieron;
Y, sujetando al hombre a un yugo fuerte,
La ley de caridad fué ley de muerte.
¡Oh, Religión de paz y de consuelo!

(*) Atridas: patronímico. Agamenón, padre de Ifigenia, era hijo de Atreo.

¿Siempre ha de ser tu nombre profanado?
¿Y eternamente el fanatismo osado
Cubrirá sus horrores con tu velo?
Si del mísero pueblo en la ignorancia
Estriban su poder y su arrogancia,
¿Nunca penetrará tu lumbre pura
Del error comunal la niebla oscura?

Pero escucho una voz, que, repitiendo
Libertad, Libertad, en dulces tonos,
A los pueblos despierta, extremeciendo
En su cimiento los soberbios tronos.
Al romperse los duros eslabones
Que forjó el despotismo,
Se romperá también esa cadena
Con que ató a la razón el fanatismo,
Y brillará serena
La aurora de la paz en las naciones.
Su vivo resplandor que ya se acerca,
Deslumbra a los inicuos impostores,
Y, entre el temor horrible que los cerca,
Redoblan sus engaños y furores.
Pueblos, no los oigais; ellos violaron
De la razón los fueros,
Al cielo y a los hombres insultaron,
Y su interés es siempre embruteceros.

AL BELLO SEXO DE BUENOS AIRES

Así cual mira, tras borrasca fiera,
El triste navegante
Aparecer el Sol sobre la esfera,
Y a la mar bramadora en un instante
Restitüir la calma placentera;
Así, Argentinas bellas, os miramos
Derramando consuelos
Sobre los que, ya libres, habitamos
La tierra más amada de los cielos.

El patrio campeón, que en la milicia
Pasó sus verdes años;
El ministro imparcial de la justicia;
El sabio que destruye los engaños,
Consagrados tal vez por la malicia;
El mercadante activo y afanoso;
Todos, todos, oh bellas,
A vuestro lado olvidan deleitoso
Penas a un tiempo, y la memoria de ellas.

La juventud se agolpa a vuestros pasos,
Y, ciega, arrebatada,
Cae en los blandos amorosos lazos
En que se engríe de mirarse atada;
Os formó el mismo Amor; y los abrazos
De la Diosa sin par de la hermosura,
Con otras tan ingrata,
Colmaron de belleza y de ternura
A las hijas del Río de la Plata.

Mostrándose la Luna majestuosa,
Vive y se alegra el cielo;
Y así gallarda la Porteña hermosa
Da vida y alegría a nuestro suelo,
Pues le dieron con mano bondadosa
Venus sus ademanes expresivos,
Los amores su risa,
Las Gracias su donaire y atractivos,
Y el pudor sonrosado su divisa.

Buenos Aires soberbio se envanece
Con las hijas donosas
De su suelo feliz, y tal parece
Cual rosal, lleno de galanas rosas,
Que del amor en la estación florece.
Todas son bellas, y la mano incierta
Que al rosal se adelanta,
Una entre mil a separar no acierta
Entre la pompa de la verde planta.

¿Cuál es el pecho de metal formado,
Cuál corazón de peña,
Que al mirar expresivo y delicado,
Al dulcísimo hablar de una porteña,
Puede permanecer desamorado?
¡Hijas del primer pueblo americano!
Ostentad vuestra gracia,
Y cesen ya de presumir en vano
Beldades de Georgia y de Circasia.

¿Qué queréis? ¿Queréis templos en que vamos
A dar adoraciones
A vosotras, oh diosas, que admiramos?
Vuestros altares son los corazones,
Nuestro incienso el suspiro que exhalamos,
Nuestros votos amor; y, mil de veces
Mortal afortunado,

Que el corazón a la Argentina ofreces,
Y la Argentina te llamó su amado!

Mas no sólo a vosotras la belleza,
Porteñas adorables,
Pródiga quiso dar naturaleza,
Porque, para formaros más amable,
Ha llenado vuestra alma de grandeza;
Y en vosotras unida la hermosura
Al sentimiento, al genio,
Domináis en nosotros por ternura,
Domináis en nosotros por ingenio.

Vuestra imaginación, cual vuestro río,
Ensanchada, atrevida,
Corre con magestuoso señorío,
Sin que pueda mirarse contenida.
Aumentad vuestro hermoso poderío
Con los adornos útiles del alma;
Y goce a vuestro lado
El tumulto de amor, la dulce calma
A un tiempo el amador embelesado.

Adiós, hermosas de la patria mía,
¡Feliz, feliz mi verso,
Si pudiera lograr que en algún día
Llenase vuestro nombre el universo!
Y sí lo llenará. La luz que envía
Al anchuroso mundo el Sol benigno,
Es en todos loada,
Aunque en labio y en metro menos digno
Llegue a ser por alguno celebrada.

SOBRE LA INVENCION Y LIBERTAD DE LA IMPRENTA

Amor, que sobre todas las Deidades
Has recibido adoraciones mías,
Tu dulce poderío y tus bondades
Ya celebró mi canto
En lo florido de mis frescos días,
Y regué tus altares con mi llanto.
Canté lo que sentí. Después mi rima,
Resonando entre gritos de victoria,
Hizo volar por cuanto Febo anima
Los nombres de los ínclitos varones
De perenne memoria,
Que las iberas huestes debelaron,
Y el suelo de mi Patria libertaron.

Canté lo que debí: y hora la mente,
De un entusiasmo nuevo arrebatada,
Transportada se siente
Hasta el templo del Genio, donde mora
La Invención creadora;
Templo en cuyos altares,
De la turba vulgar no frecuentados,
Seres privilegiados
Presentan sus ofrendas singulares,
Y a par de la Deidad son adorados.

Extraño ardor me inflama;
Y, en mi rápido vuelo,
Allá me encuentro en el helado suelo
Do Guttemberg nació. Quintana sólo

Supo ensalzar su nombre,
Quintana, el hijo del querer de Apolo,
Emulo de Tirteo en fuerte canto,
Y a quien sólo se diera
Que, de su lira al sonoroso encanto,
Digno de Guttemberg su verso fuera. (*)

Arrastrando los carros de la guerra,
Genios de destrucción al Rhin llevaron
La plaga asoladora de la tierra;
Y el renombre del Rhin eternizaron
Solamente a los ojos
De los hombres feroces,
Que, sedientos de sangre y de despojos,
La humanidad y sus derechos huellan,
Y del cielo y natura
Las leyes sacrosantas atropellan.
¡Oh Rhin ensangrentado! No tu fama
Deberás al furor: el Dios del verso,
Los veraces anales de la historia,
El Genio, el universo,
Celebrarán tu gloria,
No porque oíste el horroroso estruendo,
Sí porque viste a Guttemberg naciendo.

El inventó la imprenta, y del olvido
Redimió grandes nombres;
Que el invento atrevido
Eternizó las obras de los hombres,
Y ató todos los tiempos al presente.
Todo cuanto la mente
De algún mortal contemplador concibe,
O exaltada imagina,
Si libre, inmensa, por doquier camina;
Cuanto precepto la razón prescribe;

(*) Guttemberg inventó la imprenta. El desgraciado poeta español D. Manuel José Quintana, cantó aquella invención de un modo digno de ella.

Todo, todo estampado,
Y en copias mil y mil multiplicado,
Cruza la erguida sierra,
Cruza el ponto profundo,
Que divide la tierra de la tierra,
Y atraviesa veloz el ancho mundo
Del Ecuador al polo,
Y del Ocaso, do la Noche mora,
Hasta el fúlgido reino de la Aurora.
¿Tanto puede la imprenta? Ni esto solo
A su poder es dado;
Que los sabios del tiempo que ha pasado
Hoy con nosotros hablan;
Y, cuando el postrer siglo haya llegado,
Hablará el más lejano descendiente
Con ellos y nosotros igualmente. (*)
Así la ilustración, como la llama
Del Sol inapagable,
Que enseñorea inmóvil la natura,
De un día en otro sin cesar renace,
De un siglo en otro permanente dura.

¡Loor a Guttemberg! ¿Ni quién creyera
Que su invención benéfica, sublime
En algún tiempo fuera
Causadora de males,
Que empaparon en sangre los mortales?
El Fanatismo y el Poder, que siempre
En daño de los hombres se adunaron,
Del invento feliz se aprovecharon,
Y él sirvió a los horrores
Que al universo afligen,
Cuando aquéllos despliegan sus furores,
Y con vara de fierro al mundo rigen.

(*) Las ideas a que se refiere esta nota, y otras muchas expresadas en esta composición, son también aplicables a la simple escritura; pero es indudable que pueden referirse con mayor exactitud y extensión al uso de la imprenta, por cuanto ella nos trasmite los escritos anteriores de un modo más general, más fácil y duradero.

La imprenta publicaba
Que al más vil, al más bárbaro tirano,
Si en un infame trono se sentaba,
Del mismo Dios la sacrosanta mano
Daba el cetro gravoso,
Que en yugo ignominioso
A los míseros pueblos abrumaba.

En vano, en vano la Filosofía,
Siempre amiga del hombre,
Descubrir el engaño pretendía,
Disimulado con mentido nombre.
De la Verdad severa
La penetrante voz no bien se oyera,
Cuando atroz Fanatismo,
Evocando las furias del abismo,
Soplaba airada la funesta hoguera,
Y la execranda llama consumía
Las páginas de luz, que se atrevía
Algún sabio a escribir con libre mano;
Que el desusado tono
Estremeció al tirano,
Y sintió bajo el pie temblando el trono.

Así quedó cegado
El canal que la imprenta en algún día,
Para dar curso a la sabiduría,
Benéfica mostró. Desde el momento
A nadie le fué dado
Disponer de su libre pensamiento,
Cual si le fuera por merced prestado.
Cuando un nuevo camino
A los hombres se muestra, y las Deidades
Ofrecen nuevo don, ¿será destino
Ingratos abusar de sus bondades,
Y hacerlas instrumento
De crímenes sin cuento,

De opresión, de venganzas y maldades?
¡Ah! ¡Qué proterva condición del hombre!

Así llegó de la fecunda tierra
Al seno engendrador su osada mano,
Y el metal que se encierra
En las hondas entrañas
De las erguidas ásperas montañas,
Arrebatara a la caverna oscura
Do plugo sepultarlo a la natura.
El rígido metal se convertía
En surcador arado,
Y el campo alborozado
Una mies abundosa prometía.
Pero pronto sonó de guerra impía
La maldecida trompa,
Y el metal en espada convertido,
Y en dura lanza que los pechos rompa,
Todo el campo cubierto
De cadáveres fuera,
Y la sangre humeando discurriera
Por entre el surco del arado abierto.

Así la selva sus robustos pinos
A la mar vió lanzados,
Y, venciendo las ondas denodados.
Hallar nuevos caminos
Que de un mundo conducen a otro mundo.
Y hermanas las naciones del Oriente
Con los pueblos lejanos de Occidente.
Mas también pronto por el mar profundo.
Preñados de furores y venganza,
Los armados bajeles navegaron,
Y en llanura de bárbara matanza
Los piélagos inmensos transformaron.

¿De qué no abusa el hombre? Así la imprenta,
Un tiempo envilecida,

O brutales caprichos adulaba
        De la Ambición sedienta,
O, al Fanatismo pérfido vendida,
Mentía en cada letra, y blasfemaba
        Del mismo Dios excelso,
Cuyo nombre sacrílega estampaba.

        Esas negras edades
        De ignorancia y maldades,
Y universal error, ya son pasadas;
Y el hombre, dueño de su pensamiento,
Libre como su hablar y sus miradas,
Libre como la luz y como el viento,
En rasgos indelebles lo publica.
Su tesoro de ciencia comunica,
        O, de temor seguro,
        Juzga al déspota duro,
Veraz y mesurado le condena,
Y sin violencia su furor refrena:
        Y de la Hipocresía
Los simulados crímenes delata,
Y a la Impostura pérfida arrebata
El doloso disfraz que la cubría.

        ¡Feliz, feliz el suelo
        Donde los hombres gozan
De tanta libertad! Los que destrozan,
        Allá bajo otro cielo,
La triste humanidad, y en los sudores
Y en el llanto infeliz del miserable
Se bañan con placer abominable,
¿Qué harían si la prensa sus furores
Al sometido pueblo revelara,
La amenaza llevase a sus oídos,
Y el odio de los buenos concitara,
Del opreso acallando los gemidos?
Temblad, tiranos, mientras libre sea
El ejercicio de escribir honroso:

Y siempre lo será; que el mundo ahora
        No es ya cual lo desea
Vuestra ambición fatal y asoladora.

Mas yo me vuelvo a venerar al hombre
Que cultiva el saber, y que el tesoro
De su mente prodiga. Su renombre,
        Con caracteres de oro
Escrito en los anales de la ciencia,
Irá a la más remota descendencia.
Es premio de su afán: no quiso avaro
Sus luces ocultar: pudo dejarlas
En resplandor universal y claro,
Y no debió en la tumba sepultarlas.
Libre escribió lo que en tenaz empeño
Arrancó a la recóndita natura,
        Y de la lengua pura
        De la Filosofía
Escuchó con anhelo en algún día.
Aprendió y enseñó: tantas lecciones
Propagaron las prensas: las naciones
Perecerán después, y otros imperios
        Se verán levantados
Sobre antiguos imperios derrocados:
Empero el sabio sin cesar renace,
Que así la imprenta sus prodigios hace.

Por esta noble libertad se llama
        El siglo en que vivimos
El siglo de las luces, aunque brama
Sañudo el Fanatismo, que quisiera
Muchos lustros al Tiempo en su carrera
Hacer retrogradar, porque tornara
Su poderío infausto, abominable,
Antes por la ignorancia respetado,
Pero, en días felices, execrable
Al universo en fin desengañado.

¡Oh Patria en que nací, digna morada
De la alma Libertad, en donde el genio
Se remonta brillante!
Si la imprenta afanada
Los frutos del saber y del ingenio
Multiplica y derrama a cada instante,
Esa, mi amada Patria, esa es tu gloria.
Coronada tu frente
Mil veces del laurel de la victoria,
La libertad, la ciencia solamente
Te han sublimado a la envidiada altura,
Donde el orbe te mira,
Y a do en vano procura
Encumbrarse en tu honor mi humilde lira.

A LA JUVENTUD ARGENTINA

¡Hijos felices de infelices padres!
        ¡Generación presente!
Generación de luz, a cuyo oriente
Se disipan las nieblas tenebrosas
Que el Sol de libertad nos encubrían.
Libertad y razón aquí yacían
Atadas con cadenas ponderosas,
Cuando el brazo crüel del Despotismo,
Cuando el poder atroz del Fanatismo
        El trono sostenían
A la negra Ignorancia levantado,
Y, en tres siglos de oprobio, respetado.

        Vuestros padres sintieron,
        Juventud Argentina,
La horrible humillación en que vivieron;
E impávidos alzaron de repente
La faz que al polvo la opresión inclina
En el esclavo tímido, indolente.
Lágrimas encendidas de sus ojos
        De indignación brotaron,
Y por los hijos de su amor juraron
Desafiar del tirano los enojos,
Y dar la libertad al patrio suelo.
        Oyó propicio el cielo
        El juramento santo,
Y en el alto sitial tembló de espanto
        El opresor erguido,
Y al polvo luego descendió vencido.
Sus brazos a la lid apercibieron

Los nuevos campeones,
Del grito aterrador que al aire dieron
El eco por la América resuena,
Y, trozando los duros eslabones
De la antigua cadena,
Vengaron en un día
Sesenta lustros de opresión impía.
Con tan rara y espléndida victoria
Nació a la libertad un mundo entero,
Y el argentino pueblo fué el primero
Que se cubrió de tan inmensa gloria.

¡Honor eterno a los eternos nombres
De los que al nuevo mundo libertaron,
E intrépidos osaron
Revelar sus derechos a los hombres!
¡Honor mil veces más! Sus dignos hijos
Son hijos de la Patria, que gozosa
La juventud admira numerosa
Que será su sostén, y que algún día
Hará en nuestro hemisferio
Perdurable el imperio
De la alma celestial sabiduría.
Generación presente, tú levantas
El formidable muro,
Que el ya pasado tiempo, del futuro
Dividirá por siempre: tú quebrantas
El yugo ignominioso cuyo peso
Abrumó a la Razón envilecida,
Y en las tinieblas del error dormida.
Tus ojos pueden ya mirar ahora
Los torrentes de luz que triunfadora
La gran Filosofía,
Desde el trono fulgente
En que preside al mundo, al mundo envía;
Y cuando ya no rueda estrepitoso
Del belígero Dios el carro hórrendo,
Minerva de su templo luminoso

Las puertas de oro abriendo,
A sus altares, juventud, te llama,
Y sobre tí sus dádivas derrama.

¡Ah! Yo te veo alegre y presurosa
Acercarte a las aras de la Diosa,
Y, de entusiasmo llena,
Beber de aquella fuente
Que al mismo pié de los altares nace;
Ni tu ansia de saber se satisface
Sin bañarte ambiciosa en su corriente.
El genio de la Patria embebecido,
Oh juventud, te mira,
Y el genio de la Patria enternecido
Te bendice, te admira,
Y al fruto de tu verde primavera
Sus esperanzas libra. Nueva era
En tí comienza ahora,
Y la alma Libertad, desde sus aras,
Se engríe vencedora
En el gran porvenir que le preparas.

Pero ¡ay! que la Ignorancia se reviste
Del furor de los monstruos: a la Envidia
Pide su hiel, su saña al Fanatismo,
Y encarnizada lidia
Por arrancar del fondo del abismo
Todos los medios que a su triunfo ayuden.
En su favor acuden
La vil Hipocresía,
La estúpida Arrogancia,
Y el Engaño, y la Astucia, y la Falsía.
Protegida de todos la Ignorancia,
Se arrastra simulada en dobles giros,
Y cual sierpe enconada y venenosa
Que se oculta en la yerba maliciosa,
Dirige astuta sus infestos tiros
Contra la incauta juventud preciosa.

Ella cultiva empero
Virtud y ciencia con igual esmero,
Y los caminos de la gloria aprende.

Al resplandor de la sagrada llama
Que en vuestros pechos prende,
Jóvenes tiernos, descubrid la trama
Del hipócrita artero,
Y si iracundo y despechado brama
El fanático fiero,
Despreciad sus clamores. Un demente
Podrá intentar con una sola mano
Atajar la corriente
Del caudaloso río; pero en vano:
Que un dique tan pequeño no contiene
La fuerza con que viene
El raudal cristalino y sonoroso.
Así ha intentado el Fanatismo odioso,
Irritado y demente en su agonía,
Salirte, amable juventud, al paso,
Esperanzado acaso
En que otra vez envuelto quedaría
En la antigua tiniebla el nuevo día.
Pero tú, arrebatada
Del fuego de los libres, y a la ciencia
Con ardor juvenil precipitada,
Arrastrarás también en tu carrera
Al fascinado que impedirla quiera.

PROFECIA DE LA GRANDEZA DE BUENOS AIRES (*)

¡Cuál te admiro, Natura, en esos genios
Que, ostentando tu fuerza creadora,
Produces rara vez! El que preside
Los trastornos del orbe, y los modera,
El Ser universal, que todo abarca,
Al inmortal Colón escoger quiso,
Y revelarle sólo los misterios
Que a las tres partes del antiguo mundo
La serie de los siglos ocultara.
Al resto de la tierra ignotos eran
Otra tierra, otro mar: el Dios de todo
Dijo: "Colón parezca": el héroe nace,
Su mente agita inspiración divina,
En demanda de un mundo parte, le halla,
Y de la creación se ostenta el lujo.

(*) Pocos objetos dieron tanta materia a a mordacidad de los enemigos del gobierno, en el año de 1822, como el empeño con que la autoridad promovía y fomentaba los trabajos hidráulicos. En una ciudad como Buenos Aires, que carece de aguas corrientes: en una campaña en que son tan escasas; en un territorio en que los medios de conducción son tan difíciles; en un puerto tan abierto, tan inseguro, y tan poco profundo como el nuestro; las experiencias hidráulicas que pudieran dar por resultado allanar estos inconvenientes, debían ser uno de los primeros cuidados de un gobierno patriota y hábil, a pesar de la animosidad de sus enemigos. Lo fueron en efecto; y si la rabia de los partidos no hubiese posteriormente despedazado el país, puede ser que la República fuese ya deudora a un puñado de hombres beneméritos de mejoras tan importantes. De todos modos, la perspectiva halagüeña y grandiosa que presentan a la imaginación aquellos objetos, aun sin verlos realizados, es capaz por sí sola de animar el genio poético, y se presta fácilmente a sus inspiraciones. No sé si será una prueba de ello la composición que va a leerse, escrita a los primeros anuncios de aquellas obras; pero si no he sabido sacar partido del asunto, él no será por eso mènos digno de la lira.

Estas regiones son donde la mano
Del Supremo Hacedor está marcada,
Ni saber al mortal es permitido
Por qué le plugo el esmerarse en ellas.

A todos los países dió Natura
Parte de sus tesoros, pero a todos
Algo quiso negar, porque se hallara
Allá en remoto clima, y en el cambio
La hermandad de los hombres se estrechase,
Ligando el mismo lazo a los de Aurora
Y a los hijos lejanos de Occidente.
El hombre todo corrompiólo un día.
¡Qué no corrompen la ambición y el oro!
Tornóse la hermandad en guerra infanda:
Y sed de humana sangre y de riquezas
Fué la sola pasión de los mortales,
Que, en el delirio de adquirir matando,
Todos los lazos de amistad rompieron.

Avido empero de la nueva gloria
Digna de su valor, Colón se lanza
A mar no conocido, le atravicsa,
Y, en premio del milagro, al fin descubre
Las playas de la paz, y la gran parte
Nunca sentida en el inmenso todo. (*)
Al descubrirlas, la Natura en pompa
Al universo atónito se muestra;
Y en el boato de sus nuevas galas
La vió el habitador del viejo mundo,
Envidioso después, primero absorto.
La tierra de Colón era la tierra
De la Naturaleza. En ella a un tiempo
Portentosa, terrible, al hombre infunde

(*) La expresión *inmenso todo*, aplicada aquí a solo el globo terráqueo, es empleada por otros poetas para significar toda la creación.

El miedo santo a las eternas causas,
Y a un tiempo en mano pródiga le brinda
Todos los dones que en distintas playas
De la tierra partió, dando a las unas
Lo que a las otras misteriosa niega.

Yo ví en los Andes la preñada nube
Más baja que la cima, y en los cerros
Rodando el trueno, y aterrando al valle
Que en torrentes las aguas inundaban,
Blancas de espuma, y entre piedra rotas.
Yo ví los llanos de la Patria mía,
Anchos, inmensos, do sin fin, en torno,
Cual la imaginación, la vista vaga,
Y en la hermosa planicie nada encuentra
Más que verde extensión, y el horizonte
Así parece cual si asiento fuera
Del vastísimo cóncavo del cielo.
Naturaleza allí clama por brazos
Que el seno virgen de la tierra rompan,
Y que llenen su voto, la simiente
Doquier echando en el fecundo suelo;
Doquier abriendo los canales hondos
Por do corran las aguas, o robadas,
Para el riego benéfico, al gran río
Que cantó Labarden (*), o desde el centro
Avaro de la tierra, do se ocultan,
Por una mano hidráulica arrancadas.

¡Cuántos prodigios en la idea veo!
Y a mi querida Patria ¡cuánta gloria
Fatídica la mente pronostica!
Veo brotando los raudales puros
De la linfa fugaz, y la llanura

(*) Alude a la *Oda al Paraná*, del poeta porteño D. Manuel de Labardén.

Aquí tornada en selva populosa,
Donde el famoso roble crezca y sea
Mudo testigo del morir de siglos,
Y el pino se alce a la suprema nube
En mole gigantea, y las raíces
A la honda entraña de la tierra lleve.
Allí el terreno nivelarse miro,
Y sustentar gimiendo el peso enorme
De la gran casería, do la lana,
En vistoso tejido convertida,
La fábrica extranjera no visite
Para volver en delicada tela
A ser adorno de la linda virgen
Que las orillas argentinas pisa.

Vendrá la primavera, precedida
De mansa lluvia, que fecunde el campo,
Y el prado vista de florida alfombra.
El zéfiro la mueva, y en la nube
Se temple el rayo, pero no se apague,
Del Sol engendrador. En el estío
A Ceres grata la campiña amena,
Cúbrase toda de materna espiga;
Y ría el labrador, mientras el viento
La blonda mies ondea, y sus sudores
En dulces besos doblemente pagan.
Llegue el Otoño, y entre parra verde
Su sien corone con las anchas hojas,
Y entre los mostos del lagar se bañe.

Corren las aguas en distinto rumbo,
Y a par de ellas corriendo los raudales
De nacional riqueza, el orbe todo
Se agolpa a nuestras playas. Las familias
Del europeo, que en cansada guerra
Y en miseria vivió, su hogar odioso
Con placer abandonan, y a las popas

De los bajeles, que a la mar se fían,
Suben a despedirse de aquel suelo
Que les negara el pan, ingrato siempre.
Al argentino puerto le da arriba
Y el suelo besan, que promete al cabo
Sustento a sus hijuelos, y reposo,
Cuando la ancianidad tardía venga,
Y el tiempo pese en la cabeza cana.
A la campaña corren, y entregados
Al trabajo rural, y a los amores
Que nacen en la paz, se multiplican
Cual la simiente que en el suelo arrojan,
Y el Genio de la Patria los bendice.
La población se aumenta: el campo entonces
No pide brazos, ni desierto llora;
Y Ceres y Pomona, y las Deidades
Tutoras de las artes y la industria,
Se gozan presidiendo los trabajos,
Cual si volviesen las edades de oro.
El indio rudo, que rencor eterno
Heredó de sus padres, su venganza
Entonces depondrá, o allá en las sierras,
Do como él es inculta la Natura,
Pasará sólo su salvaje vida;
Ni, como ahora, en el veloz caballo
Discurrirá por la llanura inmensa,
Talando campos y sembrando muertes.
¡Oh poder de los hombres! Tú alcanzaste
A medir de los astros la carrera,
A seguir de la luna el presto paso,
Y del cometa la escondida marcha.
Las aguas fugitivas detuviste
En su curso veloz y deleznable,
Y, cual si fueran sólidas, tu mano
Sobre montañas conducirlas supo,
Precipitarlas al sediento valle
Por los caminos que más bien quisiste,

Y en nuevo lecho adormecerlas luego,
La Hidráulica a las ciencias, a las artes,
A la industria social, nuevos tesoros
Próvida muestra, y a la Patria mía
Larga fortuna para siempre ofrece.
Ni sólo al campo quedará ceñido
El beneficio de la diestra ciencia
Que ayuda a producir a la Natura.
Súbito el noto al Argentino encrespa,
Que, en bramadoras olas levantado,
La nave embiste, que al recorvo diente
Clavara en vano en la tenaz arena.
Las indómitas aguas, algún día
En más seguro puerto encarceladas,
No harán temblar al nauta miserable,
Como tembló en Agosto, cuando el río
Los males aumentó del año infando. (*)
Aquí en la capital las anchas plazas
Se adornarán también, cuando las fuentes (**)
El agua arrojen que en cambiantes varios
El rayo vuelva que despida Febo;
Y, con vistosos juegos, detenidas
A las hermosas en su marcha tenga,
Mientras yo las alabo con mi verso,
Salpicada la frente en linfa pura.
¡Os vea yo correr, vistosas fuentes!
¡Os vea yo correr! y desde entonces,
Para siempre jamás, sólo vosotras
Mi Aganipe seréis y mi Hipocrene.
Yo volaré a vosotras cuando el estro
Hierva en mi fantasía, y en la mente
Ardor de canto irresistible sienta.
Los hombres que estos bienes a mi Patria

(*) El año de 1820 es desgraciadamente célebre entre nosotros. El temporal del 20 de Agosto de ese mismo año, es memorable también.

(**) Estaba decretada la colocación de dos fuentes, llamadas del *25 de Mayo*, y *de la Independencia*; la primera en la plaza de aquel nombre, la segunda en la de la Victoria.

Supieron prodigar, asunto digno
De mi verso serán, y a las estrellas
Volará en mis loores su renombre;
Y de Colón los venerables manes
Se gozarán entre la tumba helada,
Al ver al cabo que en la tierra suya
Hay un país que afortunado goza
De paz, de libertad y de abundancia.

EPIGRAMAS

No acertando un buen casado
Con algún nombre bonito,
Que poner a un angelito
Que su mujer le había dado;
  Ella le dijo: "querido,
Lo del nombre es poca cosa,
La empresa dificultosa
Es dar con el apellido."

Un soldado bravo y fiel,
Cayendo de la metralla,
Exclamó: "mi coronel,
Digan en algún papel
Que yo he muerto en la batalla."
"¿Quién ha de hablar de un soldado?
(Respondió el jefe altanero).
Yo sí seré celebrado,
Que una bala me ha pasado
Por las plumas del sombrero".

Todo, todo es corrupción,
(Dijo airado un litigante:)
El escribano es ladrón,
Mi abogado es un bribón,
Vendido a mi contrincante:
El juez enseña al testigo
Lo que ha de hablar: un cadalso
No basta para castigo.

¡Y yo no encuentro un amigo
Que quiera jurar en falso!

Blas en un corro decía:
"No hay mujer tan apegada.
Tan fiel, tan enamorada,
Tan tierna como la mía."
Un su amigo que le oyó
Me dijo: "más la alabara,
Si entre él y la tal pasara
Lo que pasa entre ella y yo."

Hablando de una batalla,
En que cierto militar,
Furibundo en el hablar,
Se escondió como un canalla;
Un chusco le preguntó:
"¿Y en tan sangriento embolismo
Usted a cuántos mató?"
El guapetón respondió:
"Yo no me alabo a mí mismo."

AÑO DE 1823

Canción para las jóvenes de la academia de música, en la celebridad del 25 de Mayo

CORO

Venid, amadoras
De bella armonía,
A cantar el día
De la libertad.

En Mayo cambiaron,
A impulso divino,
Su triste destino
Los hijos del Sud;
Y sesenta lustros
De horrores sin cuento
Un solo momento
Borró de virtud.

CORO

El luciente padre
Del día y del verso
Por el universo
Tanto honor cantó;
Y la Fama al punto,
Doblando su vuelo,
De la tierra al cielo
También le llevó.

CORO

Sus garras entonces
El leon de España
En hórrida saña
Volvió contra sí;
Y lanzó la fiera
Tremendo rugido,
Do quiera temido,
Despreciado aquí.

CORO

Del hermano, el padre.
El hijo, el esposo,
El brazo nervioso
Entonces se armó;
Y el llano y el cerro.
La arena y la ola
La sangre española
Copiosa tiñó.

CORO

La madre, en las filas
Abrazando al hijo,
"No vuelvas, le dijo,
"Sin gloria," y lloró:
Y la tierna esposa
Al joven guerrero
Le ciñó el acero,
Y un beso le dió.

CORO

Así libertada
La domada tierra,
Calló de la guerra

Al cabo el clarín;
Y campos que fueran
Alfombra de muertos,
De espigas cubiertos
Miramos al fin.

CORO

Hoy el Sol saluda,
Desde el alto cielo,
A su amado suelo
Ya libre y en paz;
Que los duros tiempos
De muerte y furores.
De sangre y horrores.
No vuelven jamás.

CORO

Venid, y ciñamos
Nuestra sien de rosa,
No porque la hermosa
Nunca esté mejor;
Sí porque llevamos,
En honor del día,
Signos de alegría,
Coronas de flor.

CORO

Venid, entonemos
Virginales coros;
Mirad los tesoros
Que nos da la paz;
Mirad como vienen
Por el mar profundo
Los libres del mundo
Al suelo feraz.

CORO

Hoy nos vió la Aurora,
Al nacer, cantando;
Que el Sol, en bajando,
Nos mire también;
Pues ya de la Patria
Todo mal se aleja,
Y el cielo nos deja
Gozar tanto bien.

CORO

LA CORONA DE MAYO (*)

Deus nobis hoec otia fecit.
VIRG., Eglog. I.

Este es el sitio ¡oh Dios! este es el sitio
Del horror y la muerte. En algún día,
Por el cóncavo techo,
En roncos ayes resonar se oía
El lúgubre gemido
De víctima infeliz, que al triste lecho
Atada con horrísona cadena,
Al cielo endurecido
Decía en vano su cansada pena.
De este lugar hasta el cadalso horrible,
En el carro de muerte arrebatados,
Iban los infelices destinados
Al desagravio de la ley hollada,
Y de la sociedad menospreciada.
Pero más todavía: más odiosa
Para los libres era
Esta estancia horrorosa,
Por las escenas bárbaras que viera
En las horas de luto, que cubrieron

(*) Dió motivo a esta composición la función de música y canto con que la *sociedad filarmónica*, que existia entonces en Buenos Aires, solemnizó el aniversario de Mayo, como por corona de las festividades de aquel año. Para evitar notas que interrumpirían la lectura de esta pieza, no está demás advertir que el salón de la predicha sociedad era uno de los edificios llamados antes la *Cuna*. En Buenos Aires se sabe con cuánta razón se había hecho odioso este nombre; y seguramento la autoridad hizo bien en vender aquella casa a un particular, quien la ha destinado a usos que harán olvidar su aborrecible memoria. Algunos nombres que se leen en esta pieza métrica son los de las personas que más contribuyeron a la brillantez de la función.

El suelo en que algún día
La libertad y la igualdad nacieron.
Los grandes héroes de la Patria mía,
Los ilustres varones
Que el primer grito levantar osaron,
Y, con pasmo de todas las naciones,
Al merecido abismo
Despeñaron el fiero despotismo;
Esos patriotas de memoria eterna,
Encarcelados por ingrata mano,
Aquí en dolor gimieron,
Y víctimas del odio deshumano
De los partidos y la envidia fueron.
Mil de veces al cielo demandamos
Un rayo vengador, que este edificio
En polvo convirtiera;
Y el cielo, a nuestros votos impropicio,
El rayo suspendió; pero ya era
Prometido otro tiempo venturoso,
En que libre gozara el Argentino
De la tranquila paz el don divino.
Ya luce esplendoroso
Ese día feliz: el fiero Marte,
Y el carro en que atropella la Anarquía
Cuando sus sierpes y su horror reparte,
Gozosa sólo en la nefanda guerra,
Pasaron ya otro día
Para no más volver, y en nuestra tierra
Ni la huella dejaron
Que señale el lugar por do rodaron.

Este Mayo lo vió: su bella Aurora,
En el fúlgido oriente levantada,
Miró la tierra por el cielo amada,
Y miró paz y unión. En esa hora,
Se elevó nuestro canto al firmamento,
Y el alígero viento
Desde el cielo a la tierra lo volvía,

Mientras la Fama rápida volaba
Y a todo el universo lo anunciaba.
Mayo fué cual ninguno;
Y reservada su corona estaba
Al Dios de la armonía,
Que invisible y gozoso presidía
El coro de amadores
De la música y canto;
El los colmó de todos sus favores,
Y del mágico encanto
Que todas las pasiones adormece,
Y todos los sentidos embelece.

Hoy es templo de Apolo
Este lugar de llanto y de tormento;
Y donde antes el eco del lamento
Se levantaba desoído y solo,
Al fin se siente un día
Todo el placer que causa la armonía.
¿Pero dónde mi verso
Podrá empezar alabador, y dónde
En esta nueva escena corresponde
Redoblar mi loor? Jóvenes bellas,
Que así como en el cielo las estrellas
En una noche hermosa,
Así en la concurrencia habéis lucido
De otra noche dichosa,
Que la corona ha sido
De la fiesta de Mayo más pomposa;
Vosotras me diréis a quién mi rima
Primero nombrará: sólo vosotras,
Si mi verso menguado
De su objeto al nivel no se sublima,
Con elogio podréis más delicado
Decir lo que allí vísteis,
Decir, bellas, más bien lo que sentísteis.

Sonó la canción patria: al escucharla
En la lid el soldado,

En todo tiempo el pecho denodado
Presentó al plomo, o a la punta fiera,
Y aquel canto le hiciera
O vencer en la lucha,
O morir sin dolor, pues que lo escucha,
Pero nunca ha sonado
El himno de los libres
Como sonó esa noche. Transportado
El auditorio inmenso
Al templo de la gloria se sentía,
Y el corazón, suspenso,
En fuego patrio, como nunca, ardía.
Impresión tan profunda, fuego tanto
¿Quién pudiera apagar, sin el hechizo
De otro más dulce y melodioso canto?
Micàela cantó, y ella deshizo
De nuevo el corazón en tierno llanto.
En otro tiempo Circe, aquella maga,
Aquella encantadora,
Hija del astro que el oriente dora,
Su voz omnipotente levantaba,
Y al momento a los socios infelices
Del afamado Ulises
Con su voz a su arbitrio transformaba.
Ella el hondo cimiento
Hizo temblar del globo, el firmamento
Oscureció mil veces.
Hizo volver la mar, y amedrentados
Ir a otras aguas los enormes peces.
Pero nunca, jamás, los corazones
Supo mover su voz, como conmueve
El dulcísimo acento
Que Micaela plácida levanta,
Cuando su labio lisonjera mueve,
Cuando, orgullosa de sus artes, canta.
Carmen cantó con ella: ¿y cuál ha sido
El corazón de bronce,
Cuál el pecho de acero defendido,

Que de placer no palpitara entonces?
¿Y que fiereza habrá que no desarmen,
Trinando juntas, Micaela y Carmen?
Esa noche las Gracias se ausentaron
Del templo de Citères,
Y sola, sola, en el altar dejaron
A la madre de Amor y los placeres,
Por venir a llenar de un nuevo encanto
A las que sin su auxilio pueden tanto.

¡Oh poder sin igual de la armonía!
Cuando en nave traidora
El Lésbico Arïon el mar surcaba,
Tocó su arpa sonora,
Y el delfín, que en las ondas la escuchaba,
Al músico en su espalda recibiera,
Y a la orilla inofenso le trajera.
Un instrumento igual, con igual arte
Escuché yo esta vez, pero tañido
Por diestra mano de argentina airosa.
Le escuché, y he creído
Que desde su caverna tenebrosa
Pudo el delfín salir, que el pronto pudo
Deponer su furor, y, quieto y mudo,
Conducir en la calma más serena
Al músico de Lesbos a la arena.

Pero el genio se pierde: cierto es todo
Lo que dicen de Orfeo,
Cierto también lo que de Anfión se cuenta,
Con arte celestial hallaron modo
De conmover a la Natura, atenta
Al armónico son; y a su deseo
Las encinas del bosque obedecían,
Las piedras de los montes se movían.
Todo, todo es verdad; que yo a Massoni
He visto cuando el arco
A la cuerda multísona aplicaba;

Y por un raro encanto
Sentí que su instrumento remedaba
Del jilguerillo el armonioso canto,
O la flauta sonora
Con que Mercurio adormeció los ojos
Del Argos velador, en una hora
En que del grande Jove los enojos
Del todo rebosaron,
Y del Argos la muerte decretaron.
Massoni es el amado
Del Dios de Delos y su hermoso coro,
Y dispensa a su agrado
De la armonía el celestial tesoro.

Tú, Esnaola, también debida parte
En mi verso tendrás: tu edad temprana,
Tu talento sublime y prematuro,
La perfección de tu arte,
Todo viene en tu honor; y estás seguro
De que tu sien alguna vez Apolo
Coronará con el laurel, que sólo
Suele adornar privilegiadas sienes.
¡Tanto derecho a sus favores tienes!

Mas, si mi labio la alabanza mueve,
Oh musa, ¿a quién no debe
Mi loor alcanzar? ¡Ah! perdonadme,
Vosotros, que a la escena contribuísteis,
Vosotros que supísteis
Hacernos olvidar en un momento
El justo horror con que la planta hollaba
El ancho pavimento
Que antes el llanto del dolor bañaba.
Sí, perdonadme; y permitid que pueda
En el débil estilo
Que a mi verso impotente se conceda,
Invocar a la Patria, y la memoria
Del bienhadado día,

Que la llenó de gloria,
Y sepultó en el Sud la tiranía.
¡Oh Mayo venturoso!
Mes de los meses, pero más dichoso
Esta vez que jamás: *un Dios ha sido*
Quien la calma de paz al fin nos diera.
Felices nos has visto. En su carrera
No se detiene el tiempo: cuando tornes
En años venideros,
Más felices tal vez, más placenteros
Tu Sol nos hallará; y otro poeta
De Apolo más querido,
No con mal hado, como yo, nacido,
Celebrará ese Sol, y su alabanza
Alcanzará a do su lumbre alcanza.

A la Paz; con motivo de la convención preliminar, celebrada en 1823, entre el gobierno de Buenos Aires, y los comisionados españoles cerca de él.

Monarcas de la tierra,
¿La mísera plegaria
No escucháis de los pueblos que os imploran?
Poned, poned un término a la guerra.

Quint. Od. a la Paz.

Baja tu vista, ordenador del mundo,
Alza tu diestra valerosa, y hunde
En el seno profundo
De la abrumada tierra
Al monstruo horrible de la infanda guerra.
La luminosa página, grabada
En el eterno libro del Destino,
Al siglo diez y nueve prometiera
La paz y libertad. ¿Cuál asesino
Contrasta el hado, y en su saña fiera
Bebiendo sangre y empapando el suelo
En más sangre y más llanto,
Destruye al hombre y menosprecia al cielo?
El malvado en su furia puede tanto,
¿Y tu brazo, gran Dios, no lo aniquila?
Pon término, Señor, a nuestros males,
Derrama tus enojos iracundo
Sobre el mortal que aflige a los mortales:
Baja tu vista, ordenador del mundo.

Allá do el Sol se eleva, aquí do esconde
Su esplendorosa faz, horror y guerra,

Y nada más alumbra. ¿Dónde, dónde
Está el asilo de la Paz? ¿Qué mano
Derrocó sus altares en la tierra?
    Al feroz Otomano
Mirad allá embriagándose con sangre,
Que de los descendientes de Leonidas
    Se derrama a raudales,
Porque abrieron un día sus anales,
    Y vilmente perdidas
Su independencia y libertad miraron,
Y de vergüenza y de dolor lloraron.
Esparta, Atenas, Salamina, todo
A su mente volvió; y el pecho griego,
    Escandecido al cabo,
Se mostró griego, y convirtió en venganza
El deshonor y timidez de esclavo.
Trozaron fieros la cadena, y luego
Del mismo fierro que forjóla un día
Instrumentos hicieron de matanza,
Y el grito ¡guerra! retumbó en Turquía.

Infelices, ¿do vais? En vano, en vano
Los tiempos revelaron a los hombres
Lo que es la humanidad, y lo que valen
De patria y libertad los santos nombres.
    Doquier hay un tirano,
Do quier hay viles que a su voz acuden;
El rayo lanzan, el acero esgrimen,
Las sierpes venenosas se sacuden,
Los parvulitos y las madres gimen,
Y a vuestra destrucción nada se opone:
    Que hay bárbaros que ayuden
A que el crimen al crimen se amontone.

¿Y el nombre griego, y la valiente empresa,
Digna del nombre, y de victoria y fama,
En nada quedarán? ¿Y el vilipendio

Y el escarnio del turco será acaso
Debido premio a la ferviente llama.
Que en Grecia cunde, y se procura paso
De pecho en pecho, y a los héroes llama
    A la muerte, a la gloria,
Que no siempre consiste en la victoria?

Mas ellos triunfarán: las libertades
Triunfan en este siglo. Los delitos
De los tiranos que a la guerra incitan,
Y, sin oir de humanidad los gritos,
De furor en furor se precipitan,
Nunca mayores fueron que en la era
    En que, ociosa la espada,
Del moho y del orín se consumiera,
    Si no hubiese asesinos,
Que, queriendo oponer a los destinos,
    Luchan contra el torrente
En que va envuelto el mundo. En algún día,
No está lejos quizá, la tiranía
Será cual era gigantesca mole,
Que de Febo los rayos atajaba,
Y las anchas comarcas asombraba;
Y, al huracán cediendo de repente,
    Desde la altiva frente
Hasta el hondo cimiento desquiciada,
Sus ruinas largamente se tendieron.
Muchos con ella, a su caer, cayeron,
Empero nunca más será agobiada
La tierra con su inmensa pesadumbre,
Y la que fué el escándalo algún tiempo
    Del llano y de la cumbre,
    Será del caminante
    El escarnio y la mofa en adelante.

La Grecia lo verá: verálo luego
    La malhadada Iberia,

Que celosa miraba cómo ardía
En la sencilla América ese fuego
    En que ella misma hoy día
Consumiéndose está, porque, despierta
    Del profundo letargo,
En que ha yacido en cautiverio largo,
Se acuerda de su honor, y esta memoria
La impele al fin a recobrar su gloria.
¿No lo véis? ¿No lo véis? El galo astuto,
Transtornador del orbe, ha derramado,
    Desde el alto Pirene
Hasta el muro de Gades afamado,
Los rencores del trono. ¿Cómo viene
A hollar vuestros derechos? ¿Qué razones,
Españoles, habrá para oprimiros?
La guerra es la razón de los Borbones.
Acaso la justicia vengadora
Del árbitro y Señor de todo imperio,
    Sentir os hace ahora
Los horrores que en todo este hemisferio
Pesaron sin cesar, en tres centurias
De un poder ejercido por las Furias.
Nos cansamos al fin: vosotros mismos
    Pusísteis en la mano
Del apacible y blando americano
    La espada fulminante
Que tanto en vuestra sangre se ha teñido,
    Mostrándose triunfante
Dondequier en trece años ha lucido.

Y ¡qué! ¿no basta ya? ¿Nuestros derechos
No son como los vuestros? ¿Qué muralla
Presentaréis mejor que vuestros pechos
A la rabia implacable en que batalla
    En su hórrida agonía
La espirante y odiosa tiranía?
    Libres seréis: nosotros

Lo somos ya, lo somos: no hay potencia
Que baste a contrastarnos,
Ni poder en la tierra que robarnos
Pueda ya libertad e independencia.
Desde los llanos que Argentino baña
Hasta las cumbres del Perú fragoso;
Desde el suelo fructífero de Chile
Hasta el istmo famoso,
Y hasta la tierra que codicia suma
En la sangre empapó de Montezuma.
Mil templos se han alzado
A la alma Libertad, y enteramente
En la feliz América inocente
Su numen bienhechor será adorado.
¡Y por qué no se envainan los aceros?
¿El sagrado motivo no ha cesado
Que los hizo algún día
Con estrago lucir? Los campos yermos
Mirad, en que debía
La espiga levantarse, y abundosa
Crecer en medio de la paz, y henchirse
Del grano que da vida; y sonreirse
El labrador, cuando a su tierna esposa
Alegre el primer fruto presentara,
Y ella el sudor del rostro le enjugara.

Ora corre el sudor, pero mezclado
Con la sangre y el polvo de las lides,
Y todavía el bárbaro soldado
Pisa la mies naciente,
Quema feroz las enramadas vides,
Destruye y mata: ¿y para qué? ¿No es dado
Vivir en brazos de la paz, siquiera
Cuando la ley severa
De la necesidad no nos obliga
A la cruel fatiga
De atropellar la humanidad y hollarla?

¿Viviremos sin paz, pudiendo hallarla?
¡Oh jefes de la tierra!
¿La mísera plegaria
No escucháis de los pueblos que os imploran?
Poned, poned un término a la guerra.
Su término será. ¡Patria querida!
¡Inmortal Buenos Aires! De tu seno
Los primeros guerreros se lanzaron,
Que con paso sereno
El inmenso país atravesaron
Entre muerte y horrores,
Y dondequier al enemigo hallaron
Los miró el enemigo triunfadores.
De tu seno salieron; pero ahora
Ya tú misma preparas
Los bienes de la paz consoladora,
Y acudes a tus aras,
De todos tus rivales vencedora.
¡Oh jefes de los pueblos! Los oídos
Abrid al cabo al grito penetrante
Del huérfano y la viuda desvalidos,
Y de la virgen que perdió a su amante,
Cercano el día de llamarse esposa.
La guerra lo robó: la tez de rosa,
Pálida ya y sin brillo, se ha empañado
Con el largo llorar. ¡Nefanda guerra!
El suelo está de crímenes preñado,
¿Y a tanto crimen como el suelo encierra
Bárbaros todavía añadiremos
Los que vienen contigo,
Cuando en la furia del combate vemos
En lugar de un hermano a un enemigo?

¡Guerra! ¡Execrando nombre! ¡cuánto, cuánto
El suelo de la América ha sufrido
Por tan terrible azote; y ha corrido
Cuanto de sangre y llanto

En trece años de horrores! ¿Y esto llama
Timbre y honor la historia? ¿Y a la Fama
Se atreve a encomendar la poesía
Ese número inmenso de atentados
Que los anales de la guerra llenan,
Por la lira y el canto consagrados?
¿Para qué son los rayos? ¿Por qué truenan
    Los cielos sin objeto,
Pudiendo aniquilar al insensible,
Que de la humanidad huella el respeto,
Y, por no dar al hombre lo que debe,
A fiar a la guerra aborrecible
El interés de su ambición se atreve?

¡Paz, paz, Americanos! Ya la España
Sabe que toda vez que la justicia
Nos ha inspirado belicosa saña,
Sabemos combatir, y siempre fieles
A nuestro empeño y nuestro honor, cubrirnos
En medio de la muerte de laureles.
Pero baste de muertes y de horrores;
Dad olivo a mi sien, dadme que cante
La quietud de la paz en adelante.
Dadme que pueda en metro delicado,
Y no en un verso duro, ensangrentado,
    Llevar de polo a polo
El nombre de los genios bienhechores
Que los primeros a la paz llamaron.
Sí, yo los cantaré, y el mismo Apolo
    Asistirá a mi canto.
¡De la paz la dulzura puede tanto!
Mirad los campos y los anchos ríos
    En vital movimiento,
Y el comercio y la industria sus tesoros
En la tierra verter, y en vez de lloros
Risas, placer, y universal contento.
Haced la paz, y todas las Deidades,

Amigas de la paz, en nuestro suelo
    Fijarán su morada:
Y cuando el genio de la guerra añada
    Maldades a maldades
Allá en el mundo que se llama antiguo,
Aquí en el nuevo, en hermandad dichosa,
Que nunca turbará la furia insana,
La madre Patria mirará gozosa
Una sola familia americana.

AÑO DE 1825

En un convite de amigos: con motivo del triunfo de Ayacucho

¡Patria! ¡Dulce amistad! ¡Nombres sagrados,
Que, llenando de gozo nuestro pecho,
Con estro y entusiasmo pronunciados,
Llenáis el ancho techo
Del soberbio salón! Llenad ahora
Mi corazón fogoso de alegría,
De fuego movedor mi voz sonora,
De imágenes y ardor mi fantasía.
Este es, este es el día
Por Apolo y las Musas esperado.
Suene la lira y el poeta cante;
Y si un noble entusiasmo le arrebata,
A quien se sienta sobre el trono espante,
A quien desprecie la amistad combata.

CORO

Suene la lira, y el poeta cante;
Y, si un noble entusiasmo le arrebata
A quien se sienta sobre el trono espante,
A quien desprecie la amistad combata.

¡Cantar! Yo, amigos, con placer cantara,
Y, llevados mis ecos por el viento,
Si mi sencilla voz tanto alcanzara,

Volaría del suelo al firmamento.
Más ¿cómo he de cantar? Oid la guerra;
Mirad los campos do creció la espiga,
Ved como los holló planta enemiga,
Y al punto en sangre se empapó la tierra.
Ved los ancianos padres
Como el rostro del hijo en llanto mojan,
Y luego al campo de la lid le arrojan,
Y muere la esperanza de las madres.
Vuelve la vista la llorosa virgen,
Y hasta los astros sube
De denso polvo tenebrosa nube,
Que no le deja ver su tierno amante.
El entretanto marcha
De todos los guerreros adelante;
Llega el combate, y combatiendo muere.
La fama su catástrofe refiere.
Y de la virgen en la tez de rosa
Se ve marchita pálida azucena,
Cuando, de amor y de esperanzas llena,
Iba, al volver su amado, a ser esposa.
¡Guerra! ¡Execrando nombre! De mi verso
No llenes más las sílabas sangrientas,
Y, pues la paz del universo ahuyentas,
Como yo te aborrezca el universo.

CORO

¡Guerra! ¡Execrando nombre! De mi verso
No llenes más las sílabas sangrientas,
Y, pues la paz del universo ahuyentas,
Que como él te aborrezca el universo.

Mas ya pasó el horror. Así el torrente
Los diques rompe, inunda, todo arrasa.
Y arrebata en su rápida corriente
Cuanto estorba su furia; pero pasa.

¡Bolívar! ¡Genio, cuyo nombre estaba
En páginas de fuego
Y con buril divino
Grabado allá en el libro del destino,
Desde que Dios los mundos arreglaba!
El alma de Washíngton te movía,
El ardor de Leonidas te animaba,
Y el genio de Colón se conmovía
En el seno profundo
De su tumba callada,
Por ver sin libertad su amado mundo.
Pero lució tu espada,
Y desde el Istmo a Lima,
El río, el valle, la nevada cima
La miraron triunfante; y, no cansada
De escarmentar tiranos,
A Sucre la entregaste por tus manos
Para que consumara la venganza
El día de la última matanza.
Ese día lució: dad a mis sienes
La oliva de la paz: dadme que cante
Sólo de la hermandad los dulces bienes,
Al sonar de mi lira en adelante.

CORO

Ese día lució: dad a sus sienes
La oliva de la paz: dadle que cante
Sólo de la hermandad los dulces bienes,
Al sonar de su lira en adelante.

Al escuchar el grito levantado
En el campo terrible de Ayacucho,
Y el himno a la victoria consagrado,
Alígera la Fama se desprende
De la enriscada altura,
De do miraba la batalla dura,

Y rauda como el viento el aire hiende;
Y cruza con insólita presteza
Del Pacífico mar la quieta hondura,
De los nevados Andes la esperanza;
Y, al clamor repetido de victoria,
La argentina ribera ha resonado
Con los ecos sublimes de la gloria.
Ya el labrador no teme que el soldado
Queme la mies naciente; en paz amiga
Crece en el campo la abundosa espiga;
Tranquilo el tardo buey lleva el arado
Cae la simiente en la fecunda tierra.
Y ella la cubre, y abundancia encierra.
Sin miedo al cabo sus hijuelos besa
La madre cariñosa, y de su seno,
De vida y néctar lleno,
Los ve pendientes sin pavor. Un día
Sostendrán su vejez, sin que en las lides
Perezcan en su verde primavera,
Y viuda y sola inconsolable muera.
La intacta virgen y la fresca esposa
Al consorte, al amado,
En su pecho nevado
Reclinarán en paz; y si rebosa
Y dentro hierve el amoroso fuego,
En un beso de amor diránle luego:
"Ya no irás a la guerra; combatamos
"A ver quien ama más, y así muramos."
Cantemos, pues, la paz. Ceñidme un día
De mirtos, y de pámpanos y trigos,
Y dadme vino de la tierra mía,
Con que pueda brindar a mis amigos.

CORO

Cantemos, pues, la paz. Ceñidlo un día
De mirtos, y de pámpanos y trigos,

Y dadle vino de la tierra suya,
Conque pueda brindar a sus amigos.

¿Y allá en Europa, sobre el alto trono,
De crímenes y sangre circundado,
Aun hay tirano que con bronco tono
Del hombre el exterminio ha decretado?
De nuestra Patria en el altar juremos,
A vista de estos héroes, que miramos
Con respeto profundo, (*)
Que nunca atravesar al nuevo mundo
El furor del antiguo dejaremos.
Un límite fijemos
En cuanto el ancho mar abarca inmenso.
Y este límite extenso,
Desde este día para siempre al cabo,
Divida al hombre libre del esclavo,
De la amigable paz la guerra impía.
Al bárbaro opresor del oprimido,
Y de la libertad la tiranía.

CORO

Divida al hombre libre del esclavo,
De la amigable paz la guerra impía,
Al bárbaro opresor del oprimido,
Y de la libertad la tiranía.

¡Ea, amigos, bebamos!; y que ahora
En el pecho y la copa brindadora
Los placeres diversos se confundan;
Y cual los rayos de Titán inundan
De fulgorosa lumbre
La atmósfera y los mares.
Los valles y la cumbre,

(*) La sala del banquete estaba adornada con los retratos de Bolívar, de San Martín, y de otros ilustres generales Americanos.

Así este día a nuestras alma traiga
Especies todas de placer unidas,
Y, cuando el vino a nuestro pecho caiga,
Destierre los cuidados homicidas.
Beba el amante por su dulce amada,
El tierno esposo por su esposa beba,
Mientras al labio de los padres lleva
La salud de los hijos este vino.
Celebrad nuestro plácido destino,
Bebed por Sucre y su valiente tropa,
Y amor y libertad, Patria y amigos,
Confúndase en el pecho y en la copa.

CORO

Celebrad nuestro plácido destino,
Bebed por Sucre y su valiente tropa,
Y amor y libertad, Patria y amigos,
Confúndase en el pecho y en la copa.

LA GACETA

Parodia de una letra ajena

Para ver hechos diversos,
E imponerse en un segundo
De lo que pasa en el mundo
Y hacen algunos perversos;
Y para imprimir sus versos
El que la eche de poeta,
Es lo que hay una Gaceta.

Para herir hoy, y elogiar
Mañana a los funcionarios
Llamar revolucionarios
A los de opuesto pensar,
Protestando no insultar,
Cuando a nadie se respeta,
Es lo que hay una Gaceta.

Para que luzca mejor
El que por sabio es tenido,
Siendo un fatuo presumido
Que no pasa de hablador,
Y por alborotador
No hay cosa en que no se meta,
Es lo que hay una Gaceta.

Para proclamar abusos
Fingiendo que se critican
Y a todos los que replican

Llamar idiotas ilusos,
Que no conocen los usos
De la tierra del Profeta,
Es lo que hay una Gaceta.

Para mentir sin vergüenza,
Contradecirse de paso,
Creyendo que en todo caso
Todo lo sufre la prensa,
Y que el vulgo que no piensa
No conocerá la treta,
Es lo que hay una Gaceta.

Para que hombres de otro mundo
Vengan a llamarnos bobos,
Y con piel de oveja lobos
Nos traten de un modo inmundo,
Con un desprecio profundo,
Con avilantez completa,
Es lo que hay una Gaceta.

Para ostentar mucha ciencia
Con ajenas producciones,
Dándoles como lecciones
De nuestra propia experiencia,
Contando con la paciencia
Del que paga su peseta,
Es lo que hay una Gaceta.

Para formar un Estado
En menos de media hora,
Antes que luzca otra aurora
Darle vuelta al otro lado,
Y meternos de contado
Al laberinto de Creta,
Es lo que hay una Gaceta.

Para escribir cada día,
Sin examen lo que venga
A la cabeza, y convenga
A la presente manía,
Y seguir en la porfía
De cambiar con la veleta,
Es lo que hay una Gaceta.

Para que, por conclusión,
Sepamos algo de todo,
Quien es patriota, quien godo,
Quien no tiene educación,
Porque en esto la nación
Encuentra ganancia neta,
Es lo que hay una Gaceta.

AÑO DE 1826

Al armamento de la República Argentina, contra el emperador del Brasil, Pedro I

" ¿Dónde está la nación, que en solo un día
Vengó tres siglos de oprobioso llanto,
Y, al son de la cadena que rompía,
Marchaba triunfadora,
Precedida de estragos y de espanto?
¿Dónde están los laureles,
Las palmas dónde, que el Perú produjo?
¿Dónde está el estandarte que condujo
Al fértil Chile las legiones fieles,
Que abrumó de trofeos y de gloria
En Chacabuco y Maipo la Victoria?
Se acabó tanto honor: que al fin es mía
Gran parte de la tierra
Que a esa rival nación pertenecía;
Y ella lo ve y lo sufre. " Así decía
El déspota altanero
Que en el Brasil domina;
Mas del insulto fiero
Al eco ignominioso
Movióse la República Argentina,
Y sacudió el letárgico reposo.
El plateado río en el momento
Hincha sus olas, y en su espalda inmensa
Las naves lleva que el honor guiaba,
Y el genio de la guerra destinaba

A la justa venganza de la ofensa.
Y mientras tanto en Sarandí mordían
Los esclavos del déspota la tierra,
Y raudales de sangre le advertían
Que aquel era el ensayo
De los horrores de tan dura guerra.

Ya está suspenso el rayo
Sobre el trono que insulta al mundo entero;
Y el valor argentino ha renacido
Al eco grande del clamor guerrero,
Al eco fuerte del honor herido.
Los hijos de la Patria le escucharon,
Y con terrible acento
El terrible escarmiento
Del insolente usurpador juraron.
Tomad, romped mi lira,
Que hasta aquí solamente acompañaba
El blando canto que el amor inspira,
Y tan lánguidamente resonaba.
Dadme, López, la trompa con que un día
Entonásteis el himno
Sonoro, grave, de Tirteo digno,
Que el guerrero en las lides repetía.
Dádmela, y yo podría
Hacer entonces que mi fuerte aliento,
Lanzado en las orillas de occidente,
Atravesase raudo por el viento,
Y fuese a resonar en el oriente:
Yo excitaría allí mayor venganza,
El bélico furor irritaría,
Y en cada campo de feroz matanza
Su escarmiento al tirano mostraría.
¿Mas qué continuo movimiento agita
Las opuestas riberas?
¿Qué muchedumbre aquí se precipita
A las naves veleras,

Allá desciende, vuelven afanadas,
Y de hombres parten otra vez cargadas?
Sí; que ni las caricias
Del tierno fruto de una unión dichosa,
Ni sabrosas delicias,
Gozadas en los brazos de la esposa,
Detienen al guerrero,
Que, a su vista ciñéndose el acero
Recibe el beso del amor, mezclado
Con llanto que el dolor ha derramado.
¿Por qué se lanzan a la opuesta orilla?
¿Por qué abandonan los paternos lares,
Los fuegos del amor, la paz sencilla?
¿Por qué? — Porque peligran los altares
Que a la alma Libertad alzar supimos
En todo este hemisferio,
Si por más largo tiempo consentimos
Que insulte a la República un imperio.

Y no la insultará: volad, valientes,
Y aprenda esta lección ese tirano:
" Los tronos en el suelo americano
Son una mancha que borrarse debe;
Y el que insolente a provocar se atreve
El valor argentino,
Siempre se estrellará contra el Destino."

AL ANIVERSARIO DEL 25 DE MAYO

Es lento el aprender de las naciones,
Y largo su sufrir; mas raya un día
En que al cabo la misma tiranía
De los pueblos completa las lecciones,
Apura el sufrimiento,
Y obra la indignación un escarmiento.

¿Cuándo fué, para ejemplo
De los que al mundo su placer oprimen,
Que de tres siglos el antiguo crimen
Castigado quedó, y el santo templo
Resonó con los himnos de victoria?
¿No es hoy el día de tamaña gloria?
¿Pues quién anubla su esplendor divino?
¡Anublarle! Jamás. Con sangre nueva
Hoy escribe su historia el argentino,
Escarmentando al déspota que lleva
Al frente de sus haces
Las imperiales águilas rapaces.

El padre de la luz se alza esplendente
En el día de Mayo,
Y divisa en los campos del Oriente
Cruzar ardiendo de la guerra el rayo.
¡Salud! ¡Salud, guerreros
Que en tan dichoso día
Afiláis nuevamente los aceros
Que en Sarandí brillaron! Hoy os guía
El genio de la Patria a la victoria.
¡Cuánta, cuánta memoria

Con este sol renace!
Y ¡cuánto vuestro honor se satisface
De que os haya la Patria encomendado
El conservar la gloria que le dieron
Los que en el primer Mayo han destrozado
Las cadenas que siglos la oprimieron!
Mas ¡ay! que el pensamiento

Atrás se vuelve, y del oscuro olvido
Rasgarse el velo impenetrable siento.
¿Son esos los anales
De la Patria infeliz en que he nacido?
Esos son, esos son; acerbos males,
Opresión, fanatismo, tiranía,
Ignorancia, miseria;
Eso te debe, Iberia,
La que fué tuya América algún día.
Con sangre están escritos
Los fastos de la historia americana,
Y todos nuestros fastos son delitos,
Mientras nos dominabas inhumana:
Delitos tuyos son. El Dios de todo
"Hasta aquí, dijo, consentir me plugo;
"Húndase la Ambición en el abismo;
"No gima un mundo bajo infame yugo,
"Y que llore a su vez el Despotismo."

¡Héroes de Mayo! Autores de una gloria
Que no será en el orbe transitoria,
Mientras Febo, abrazando en su carrera
Los ámbitos del cielo,
Recuerde el día en que la vez primera
La voz de *Libertad al patrio suelo*
Hicísteis resonar, vuestro renombre
Resonará igualmente,
Para ejemplo del hombre,
Para que todo déspota escarmiente.

CANCION MARCIAL

CORO

¡A la guerra, a la guerra, Argentinos!
El acero empuñad vengador;
Que la Patria y la gloria nos llaman,
Y es un vil quien no acude a su voz.

De la raza funesta de reyes
Abortó Portugal un tirano,
Que ambicioso pasó el Oceano
Y altanero estas playas holló.
Al escándalo nuevo y horrible
De mirar en América un trono,
En los libres renace el encono
Que esa estirpe fatal inspiró.

CORO

Sorprendido, impotente, doblaba
El Brasil la cerviz orgullosa,
Y el tirano con planta imperiosa
De sus hijos el cuello pisó.
Vanidoso del pérfido triunfo,
No bastó una nación a su enojo,
Y engreído, con bárbaro enojo,
Nuestra Patria en su furia insultó.

CORO

El valiente Argentino dormía
A la sombra de palma y laureles,

Que otra vez en batallas crüeles
De la garra arrancó de un León:
  Pero, el grito feroz del agravio,
Despertó del letargo profundo,
Y una voz repitió por el mundo:
"Ya está en paz la terrible nación."

CORO

¡Argentinos valientes, al arma!
Que la trompa sonó de la guerra;
Y no impune profane la tierra
De los reyes un vástago vil.
  El conduce a morir sus esclavos:
Morirán; mas nosotros marchemos,
Y, pisando sus cuerpos, gritemos:
"¡Libertad, libertad al Brasil!"

CORO

Hoy de tanto guerrero argentino
Se conmueve la tumba gloriosa,
Y, arrojando la frígida losa,
Se presentan con nítida faz.
  Ellos gritan: "tomad nuestra lanza,
Oh vivientes; seguid nuestro ejemplo,
Y ofreced de la gloria en el templo
De la vida el momento fugaz."

CORO

Reposad, reposad, raza de héroes;
Nuestro ejemplo a la lid nos convida;
De la Patria a quien dísteis la vida
Vuestros hijos son hijos también:
  Hoy por fin nos unió la venganza;
A vencer al tirano volamos,
Y volver de la lucha os juramos
De laurel coronada la sien,

CORO

¡Argentinos, unión! y marchemos
A humillar al tirano insolente,
Que usurpó nuestros campos de Oriente,
Y pretende vejar la nación.
  Escarmiente ese déspota altivo
Que a insultar nuestra Patria se atreve,
Y que lejos de América lleve
A los reyes la horrible lección.

CORO

Argentinas hermosas preparan
El jazmín, la azucena y la rosa,
Con que adornen sus manos la fosa
Del valiente que expire en la lid.
  Pero no; que preparan coronas
Con que ciña su frente el guerrero,
Cuando envaine triunfante el acero
Que tremendo se mira lucir.

CORO

AÑO DE 1827

Al general Brown; en una reunión de amigos

En un pecho magnánimo la suerte
        Poder ninguno tiene:
Superior a los hados y a la muerte,
El corazón del héroe se sostiene
        Con su sola firmeza,
Y se estrella el destino en su entereza.

Verdad será que, caprichosa y ciega
        La Fortuna inconstante,
Con el linaje humano fácil juega
Al volver de su rueda; y que, constante
        Tan solo en las mudanzas,
Se burla de las grandes esperanzas.

Del genio no se burla: el heroísmo
        Favores no mendiga;
El siente que, bàstándose a sí mismo,
La suerte al cabo a sus empresas liga,
        Y que logra fijarla,
Porque tiene el poder de dominarla.

Sí, tiene el poder; y Brown lo tuvo,
        Cuando, en un año entero,
Contra el hado y la fuerza se mantuvo,
Siendo espanto y terror del Brasilero,
        Y arrancando con gloria
El laurel de la mano a la Victoria,

CANCION

CORO

¡Al Brasil, Argentinos!
Marchemos al Brasil;
Que allí crecen laureles
Con que la sien ceñir.

Bajó del cielo el Numen
Que la Nación adora;
De guerra vengadora
Los ecos escuchó;
Y vió del Argentino
La belicosa pompa,
Cuando la ronca trompa
Del crudo Marte oyó.

CORO

¡Cuan bella hacia nosotros
La Libertad desciende,
Y los pechos enciende,
Si alguno no arde ya!
La victoria la sigue,
Y con sus alas cubre
El campo en que descubre
Que el Argentino está.

CORO

Un tirano insolente,
De otros tiranos hijo,

"Mía es la tierra", dijo,
Y profanó el umbral:
Pero en el sitio mismo
Donde pasó la afrenta,
De venganza crüenta
Se dió la gran señal.

CORO

Alzó el Dios de la guerra
Su formidable lanza;
El campo de matanza
Con ella señaló,
Y en él la Muerte dura,
Que oyó el feroz llamado,
Su carro ensangrentado
Crugiendo despeñó.

CORO

Pero el valiente entonces
A la consorte, al niño,
Dà el beso del cariño,
Dà el beso del amor;
Y rompiendo al momento
El delicioso abrazo,
Arma el nervioso brazo
De acero vengador.

CORO

El argentado río,
Que furibundo azota
A la enemiga flota
Que quiebra su cristal,
Manso y tranquilo lleva
Los bajeles veleros,

Donde van los guerreros
A la orilla oriental.

CORO

Llegaron, y el esclavo
Del tirano inclemente
La avergonzada frente
No pudo más alzar;
Y a la distancia larga,
Y tras del muro fuerte,
La inevitable muerte
Temblando ve llegar.

CORO

Sobre él van los guerreros
Que a Chile libertaron;
Sobre él los que marcharon
Con paso vencedor,
Llevando sus banderas
Del Tucumán a Lima,
Del Plata al Apurima,
De Oriente al Ecuador.

CORO

Si los Andes no fueron
Barreras a su saña,
Y humilde la montaña
Sus cimas abatió;
En el Brasil abrigo
Contra el furor guerrero
Su déspota altanero
En vano hallar pensó.

CORO

Al formidable golpe
Del argentino bravo,
Del déspota el esclavo
La tierra morderá;
Y escribiráse entonces
Con la sangre enemiga
El decreto que diga:
"No hay un imperio ya."

CORO

Cuando el tirano vea
Brillar nuestros alfanjes,
Segando sus falanges
En medio del Brasil,
De libertad las voces
Oirá también alzarse,
Y el trono sepultarse
Bajo su planta vil.

CORO

Volad, volad, valientes,
Despedazad los lazos,
Con que ese rey los brazos
De una nación ató;
Y aprenda que, si alguno
Tolera indiferente
Que insulte al continente,
El Argentino nò.

CORO

En el regreso de la expedición contra los indios bárbaros, mandada por el Coronel D. Federico Rauch.

Joven terrible, rayo de la guerra,
Espanto del desierto,
Cuando vuelves triunfante a nuestra tierra,
Del negro polvo de la lid cubierto,
Te saluda la Patria agradecida;
Y la campaña rica,
Que debe a tu valor su nueva vida,
Tus claros hechos, y tu honor publica.

¡Gloria al valiente Rauch! Suelo extranjero
Su cuna vió mecer: del Rhin helado
Fueron las aguas que bebió primero;
Y amó la Libertad, y abandonado
Con noble intrepidez a su destino,
Vino por medio de la mar furiosa
A defender las aras de la Diosa
En la orilla feliz del Argentino.
Desde entonces la espada fulminante,
En sostén de la Patria que elegía,
Cual hijo de la Patria el más amante,
El intrépido huésped se ceñía;
Y mientras tanto el bárbaro indomable,
El indio rudo, habitador del yermo,
Con estrago espantable
Por toda la comarca discurría,
Y su rencor antiguo, inaplacable,
De orfandad y miseria la cubría.

Como suele caer de la montaña,
Precipitado al llano de repente,
Con estrépito horrísono el torrente,
Y retiembla a lo lejos la campaña,
Y arrebatan las ondas victoriosas
El pastor, el ganado, la cabaña,
Las mieses y las vides pampanosas;
O como suele con bramido horrendo
El huracán pasar, y, por do pasa,
Raudo y vertiginoso todo arrasa,
Y todo se desploma con estruendo;
El salvaje feroz no de otro modo
En clamorosas bombas se lanzaba
Del fondo del desierto,
Y nuestros ricos campos inundaba.
A la piedad y a la ternura muerto
Su corazón ferino, y abrasado
De la sed de rapiña y de matanza,
El brutal indio, rudamente armado
Del fuego, de la flecha y de la lanza,
Volaba en el alípedo caballo,
Derramando a torrentes su venganza.

A la plácida luz de la alba luna,
Que nunca horrores alumbrar debiera,
Acometía sin barrera alguna
De los salvajes la caterva fiera;
Y el súbito alarido,
Y la hórrida algazara, interrumpían
El sueño fementido,
En que, fiados en la paz yacían
Del campo los tranquilos moradores.
Ese era el sueño precursor de muerte.
¡Era el último sueño! Los amores
Tal vez de la consorte y las caricias
Al lecho humilde de la humilde choza
Le hicieron descender entre delicias.

¿Y el miserable esposo
Volverá de tan plácido reposo,
Al grito de la turba despiadada,
Para caer en brazos de su amada,
Exánime, sangriento, moribundo,
Verla insultar por un salvaje inmundo
Con brutal osadía,
Y expirar en tan bárbara agonía?

Sí; que ya el fuego abrasador devora
Los apacibles lares;
Y el temblón viejo, que abrigado mora
Allá en los más recónditos hogares,
El descarnado pecho atravesado
De saeta homicida,
Lanzó el cansado aliento por la herida;
Y entretanto, del lecho inmaculado
Arrebata con brazo ensangrentado
A la intacta doncella
Otro bárbaro atroz, y la destina
Para esclava de torpe concubina,
Sin apiadarse al llanto de la bella.

¿Y tan negros horrores
Impunemente cometer dejamos,
Sin levantar la diestra al escarmiento?
La riqueza adquirida con sudores,
La población del campo, y su ornamento,
Se roba, se destruye, ¿y no vengamos
El repetido ultraje
Con el castigo del feroz salvaje?
¡Qué mengua! ¡Qué vergüenza! Rauch no pudo
Más tiempo tolerar; y concitando
Contra la ruda chusma insolentada
La valerosa hueste de su mando,
La condujo al desierto denodada.

Agil muy más que el indio, y atrevido,
Como feroz aquél, pisa el soldado
El terreno hasta entonces oprimido
Sólo de planta bárbara, y surcado
Por la reja jamás. La turba impía
Entraba ya a la tosca toldería, (*)
Y de pingüe ganado rica presa
Entre sí dividía,
Ajena de temor; mas la sorpresa
Fué mayor que el placer; pues de repente,
Como en día sereno
Alguna vez se siente
Allá a lo lejos retumbar el trueno,
Sintieron a sus pies temblar la tierra,
Al repetido golpe de la planta
Del cuadrúpedo amigo de la guerra,
Que fogoso contra ellos se adelanta;
Y el jinete, vibrando el corvo acero,
Y Rauch, de la legión a la cabeza,
Arremeten con ímpetu más fiero,
Con más estrago, con mayor braveza,
Que el incendio violento,
Cuando vuela en la selva con el viento.

Reliquias de la inmensa muchedumbre
Salvan del grande estrago,
Y, atravesando de la sangre el lago,
Escalan fugitivas la alta cumbre
De la helada montaña,
Que domina soberbia la campaña.
De su primer espanto
En la fragosa altura
Recobrados un tanto,
Creyeron su existencia ya segura,
Y defenderse intentan nuevamente

(*) Este es el nombre que se da entre nosotros a las informes chozas de cuero en que habitan los salvajes.

Con tosca ardid de inusitada guerra,
Cual el que allá, en la infancia de la tierra,
El primer combatiente
Osaría tal vez; pero el valiente,
Conducido por Rauch a la victoria,
Arredrarse no sabe,
Ni abandonar las sendas de la gloria.
Con firme pie, por la pendiente grave
De la cuesta fragosa,
La legión animosa
Con el rayo en la mano se aproxima:
Y mientras tanto, desde la alta cima,
Con estruendo espantoso despeñadas,
Ruedan moles ingentes por la sierra,
Al empuje del bárbaro arrojadas.
Toda retumba en derredor la tierra,
Al repetido golpe de la roca
Que con las otras estridente choca;
Pero el fuerte soldado
Entre la dura lluvia se abalanza,
Y, venciendo el peligro denodado,
El plomo al cabo del mosquete lanza;
Y luego, luego, en la enemiga altura
Pone el pie vencedor, y largos corren
Los arroyos de sangre a la llanura.

¡Pudo llevarse en fin el escarmiento
A los campos lejanos,
Que habitan los salvajes inhumanos!
¡A tanto alcanza el bélico ardimiento!
Pudo llevarse por la vez primera;
Y de playa extranjera
Vino a las nuestras un guerrero experto,
A exterminar la raza carnicera
De los tigres feroces del desierto.

Campaña del ejército republicano al Brasil, y triunfo de Ituzaingó.

CANTO LÍRICO (*)

Las barreras del Tiempo
Rompió al cabo profética la mente,
Y atónita se lanza en lo futuro,
Y la posteridad mira presente.
¡Oh porvenir, impenetrable, oscuro!
Rasgóse al fin el tenebroso velo
Que ocultó tus misterios a mi anhelo:
Partióse al fin el diamantino muro,
Con que de mi existencia dividías
Tus hombres, tus sucesos y tus días.
Mil siglos ya volaron
Ante los ojos míos: mil naciones
Con ellos perecieron,
Y otras generaciones

(*) DEDICATORIA — Al señor General del ejército republicano, Brigadier D. Carlos M. Alvear.

Exmo. señor: Tengo el honor de presentar a V. E. el adjunto *Canto lírico*. El no tiene otro mérito que el que le dan su asunto y el nombre de V. E.

Si vinieran Luca, Lafinur, Rodríguez y Rojas, genios que tanto honor hicieron al Parnaso Argentino, o si pulsara López su lira armoniosa y sonora, las glorias de la Patria y de V. E. serian cantadas de un modo digno de ellas.

Pero espero que se sirva V. E. acoger mi *Canto lírico*, como un tributo humilde de mi respeto a su persona y a su mérito.

B. L. M. de V. E.
Señor—
J. C. V.

Buenos Aires, Marzo 22 de 1827.

Y otros imperios a su vez nacieron;
Empero a la República Argentina
Salvarse miro de la gran ruïna.
Presente allá en las pósteras edades,
Veo que no ha quedado ni memoria
De Griegos y Romanos: otra historia
De admiración embarga al universo:
Otros hechos sublimes, otros nombres
    Miro allí consignados
En las líneas fatídicas del verso,
Y en páginas eternas; y los hombres
Los pronuncian de asombro penetrados,
    Con respeto profundo,
Por los inmensos ámbitos del mundo.

No suenan las Termópilas; los llanos
    De Maratón no suenan;
    Platea y Salamina
Cual si no fueran son, y ya no llenan
Leonidas y Temístocles el orbe;
Que otra gloria períncelita domina,
Y la atención del universo absorbe.
Esos nombres ilustres se eclipsaron,
Los de Alvëar y Brown los reemplazaron;
Y en todos los anales de la guerra
Ituzaingó y el Uruguay escritos,
Enseñan a los reyes de la tierra
Que los libres no sufren sus delitos.

Descended hacia mí, Numen del canto,
Mientras el genio de la Historia corta
La pluma de oro, que a la tierra deje,
Cual yo la miro en el momento, absorta.
Mientras jaspes, y mármoles, y bronces
    El buril no penetra,
    Y a los siglos de entonces
Grabada pasa indestructible letra;

O mientras en estatuas colosales
El mundo no conoce todavía
Esos republicanos inmortales,
Blasón eterno de la patria mía,
Descended hacia mí, Numen del canto;
Y si un mortal feliz pudiese tanto,
Mi verso irá por cuanto Febo dora,
    Del Austro a los Triones,
Y, leído en las playas de Occidente,
Llevado por la Fama voladora,
Admirará después a las naciones
Que reciben la lumbre refulgente
Del rosado palacio de la Aurora.

Sepultado en el báratro profundo,
Y respirando rencorosa saña,
Porque ya no asolaba al Nuevo mundo,
Como cuando triunfamos de la España,
El monstruo de la guerra concitara
    A la Ambición sedienta,
    Y la Ambición sangrienta,
Que del monstruo los ecos escuchara,
Usurpadora al llamamiento acude.
La Venganza sus crímenes prepara,
La Discordia sus víboras sacude,
Y atruenan sus rugidos el Averno.
Estos genios del mal luego quebrantan
Las eternales puertas del infierno,
Con hórrido alarido al mundo espantan,
    Y al Brasil se lanzaron,
Y el estruendoso carro despeñaron.

Entonces ese déspota insolente,
    Que en el Brasil domina,
Tiende a los bellos campos del Oriente
Una mano alevosa y asesina;
Y con enojo horrible y bronco tono,

"No puede ser (clamó) que el Argentino
Así se burle de la voz del trono,
Y tenga más poder que el del destino.
El mío es dominar un hemisferio,
    Que tuvo la osadía
De aspirar a ser libre en algún día;
Ni basta a mi ambición mi solo imperio."

Así dijo el tirano: pero escrito
Estaba ya en el alto firmamento
Con caracteres ígneos su delito,
Con caracteres ígneos su escarmiento.
Escrito estaba, y de la voz divina,
El fallo irrevocable, el cumplimiento
Confióse a la República Argentina.
Ella llamó a sus hijos, y sus hijos
El flamígero acero descolgaron,
Esos mismos aceros que algún día
Las falanges ibéricas segaron,
Cuando otro rey imbécil nos quería
Arrebatar la independencia cara,
Y que el baldón de América durara.

    Ya tremolante veo
    Aquel mismo estandarte,
Que en otro tiempo vió Montevideo,
    Cuando sañudo Marte
El muro amenazaba y los pendones
Ornados de castillos y leones.
    Ya las voces escucho
    De los mismos guerreros,
Que fueron el terror de los Iberos
En Tucumán, en Maipo, en Ayacucho;
Guerreros Argentinos, que llevaron
    Triunfantes sus banderas,
Desde la margen del undoso Plata
Hasta el opimo Chile. Las barreras

Eternas de los Andes se allanaron
Al marchar de los fuertes campeones;
Parten de allí, cual rayo, a otras regiones,
    Y con igual decoro
En el Perú la espada desnudaron,
Y de sangre enemiga la lavaron
En las corrientes del Rimac sonoro.
El Ecuador los vió, Quito amagada
Miró Argentinos, y quedó asombrada;
Y helos de nuevo aquí, y arder de nuevo
En bélico furor toda la tierra.
Justo rencor a la nación conmueve,
Justa venganza cada pecho encierra,
¿Y quién es el valiente que se atreve
A conducir los bravos a la guerra?
¿Quién es el general que en sí confía?
¿Cuál es más fuerte, si el acero blande?
¿A quién la Patria sus venganzas fía?
¿Cuál es el héroe que a los héroes mande?
Alvëar se mostró: toda la hueste
Con vítores festivos lo aclamaba:
¡Este es el vencedor, el genio es éste!
Y sus triunfos la hueste presagiaba.

La espalda en tanto del inmenso río
    Las naos brasileras
Oprimen formidables y altaneras.
En marcial fuego y belicoso brío
Arda la capital, los campos ardan:
¿Mas cómo irán a la oriental ribera
Los fuertes adalides, que ya tardan,
Y de cuyo ardimiento sólo espera
La libertad el oprimido Oriente?
    ¡Tardar! No lo consiente
El marino impertérrito, terrible,
Que sintiéndose intrépido, invencible,
Se decide a forzar a la Victoria

A que empiece a tejerle la corona,
Con que muy pronto en Uruguay las sienes
Se adorne del laurel de que blasona.

Alzóse Brown en la barquilla débil
Pero no débil desde que él se alzara;
    Y la espumante prora,
Que divide las ondas cristalinas,
Convierte al enemigo vencedora.
Le arroja de las aguas argentinas,
Y, en un combate y mil, al mundo enseña
Que el poder es ser bravo, y que Fortúna
Del sublime valor, que la desdeña,
No tiene en las hazañas parte alguna.
Mientras que, vencedor por su destino,
Brown combatía la tremenda flota,
Quedaba libre el líquido camino,
    Y a la playa remota
    Volaban las legiones
Que al causador de tan inicua guerra
A mostrar iban ya nuestros pendones
Triunfantes en las aguas y en la tierra.

"¡Salud, hijos de Oriente valerosos,
Ya en Sarandí cubiertos de alta gloria!
    No basta una victoria
Para humillar tiranos orgullosos:
    Y la Patria os saluda;
Sus hijos sois; y uniendo el Occidente
Su esfuerzo a los esfuerzos del Oriente,
Vuestros hermanos manda en vuestra ayuda."
Así dijo Alvëar, y en la ribera
Mandó plantar la bicolor bandera
    De su nación preclara,
Insignia a la Victoria siempre cara.

    Otra vez os imploro,
    O Númenes del canto;

Pulsad mi lira con el plectro de oro,
O borro el verso que no alcanza a tanto.
Oiga yo resonar... Mas, ¿qué interrumpe
El eco celestial de la armonía?
¿Quién en voces horrísonas prorrumpe,
Y destruye su grata melodía?
¡Ay! que sonó la trompa,
La ronca trompa del feroz Mavorte,
Y en belicosa pompa
Se desprendió del campo la cohorte.
¡Oh, madres argentinas! en el pecho
Estrechad, estrechad al tierno infante,
Que ya no tiene padre en adelante.
¡Esposas! empapad el yerto lecho
En llanto de dolor, que ya partieron,
Y la Orfandad y la Viudez amarga
La marcha del soldado precedieron,
Derramando tras sí miseria larga.
Pero no: presentad a vuestros hijos
El valor de sus padres por modelo,
Y dejad a las madres brasileras
Llanto sin fin, inacabable duelo;
Que sus hijos están en las hileras,
Al filo vengador de las espadas,
Y al altar de la Muerte destinadas.

¡Tirano del Brasil! ya nuestros bravos
Traspasaron el límite anchuroso,
Que divide la tierra de los libres
De la tierra infeliz de los esclavos.
Ahora es tiempo de que el rayo vibres
Con que nos amagabas jactancioso,
Cuando inmensas distancias separaban
Ejércitos y ejércitos, ni Marte
En tus campos plantaba su estandarte,
Ni nuestro Sol tus águilas miraban.
¡Tirano del Brasil! ¿Adónde, adónde

Los ministros están de tu venganza?
O cuál es el lugar en que se esconde,
Huyendo de la bárbara matanza,
Ese grupo venal, en cuya frente
Miró la marca del esclavo impresa,
Afrentando el valor del combatiente?
¡Déspota! Tú, que conservar pretendes
La posesión de una provincia ajena,
¿Tu mismo patrimonio no defiendes?
¿Y cuál es el poder de que blasonas,
Si apenas nuestro intrépido soldado
El umbral del imperio ha traspasado,
El suelo del imperio le abandonas?
    ¡Oh Dios! ¡Y un pueblo entero
Su honor, su suerte, su vivir te fía!
¿Quién lo defiende del furor guerrero?
¿Son las breñas de la alta serranía
La palestra en que esperan tus soldados
De glorioso laurel ser coronados?
Esas armas, que brillan en la cumbre
    Del escarpado monte,
Como la luna con aciaga lumbre,
Cuando pálida sube al horizonte;
    Esos brazos inertes,
    Con oro vil comprados,
Y sólo a la cadena acostumbrados,
    ¿Son los que has elegido
Para vencer los adalides fuertes,
Que larga y cruda guerra ha endurecido?
Sí; que yo veo la caverna oscura
Preñada de armas y hombres, sin lanzarlos,
Si no van nuestros bravos a buscarlos
Al mismo pie de la dolosa altura.
    Así el astuto Griego,
Para envolver en una noche infanda
La ciudad de Neptuno en sangre y fuego,

Sólo esperó en la necia confianza
Con que hasta el pie del pérfido caballo
El troyano imprudente correría,
Y, sin prever la bárbara asechanza,
A su sombra tranquilo dormiría.
Pero así no será; porque el guerrero
En quien hoy la República confía,
Si es que aprendió de Marte
Frío valor en el combate fiero,
No ostenta menos el saber y el arte
Con que prevé, dirige, determina,
Y el arma del soldado, su ardimiento,
El tiempo, la distancia, el movimiento,
Y las dos fuerzas y el lugar combina.
Desde hoy, Alvear, tu nombre aumenta
La lista de los grandes generales,
Que ya la historia de la guerra cuenta,
Y a quienes glorifica en sus anales.
¡Tal premio ha merecido tu pericia
En el arte fatal de la milicia!
Fatal y necesario. Derramado
Por la extensión desierta,
Donde horroriza la natura muerta,
Nada es que él Sol abrasador hostigue
Al escuadrón valiente,
Y no haya fresca linfa que mitigue
La sed rabiosa, inaplacable, ardiente:
Su gloria es la fatiga,
Y la bóveda espléndida del cielo,
O de la húmeda noche el negro velo,
El solo techo que al guerrero abriga:
Marchar es su descanso,
Y áridos arenales sus caminos;
Pero tienen valor, son Argentinos.

Abreme tus volúmenes, Historia,
Y muéstrame aquel hombre,

Que fatigó a la tierra con su gloria,
Y fatiga tu pluma con su nombre.
Del Egipto en los vastos arenales
Le halla mi acalorada fantasía,
Seguido de franceses inmortales;
Y se goza feliz la Musa mía
En ver que el mismo verso
Que esa campaña describir podría,
La de Alvëar también describiría;
Y atónito observara el universo
Que del gran capitán el gran modelo
No en vano se ha grabado en la memoria,
Y que tenemos gloria
Parecida a la suya en nuestro suelo.

Mas ya salen del yermo inhospitable
Las huestes argentinas,
Y mostraron su frente deleitable
De Bayés las bellísimas colinas.
¡Brasileros! Mirad los que pregonan
Su renombre y sus triunfos hazañosos;
Mirad esos soldados que blasonan
De que armaron sus brazos poderosos
Por defenderos hoy, como abandonan
Al furor militar del extranjero
Vuestro honor, vuestra vida. ¿Y qué sería
De vosotros, oh pueblos, este día,
Si el argentino acero
Fuese instrumento vil en viles manos
De la ambición fatal de los tiranos?

¿Qué hacéis, que hacéis, soldados,
Que ya no descendéis de la alta cumbre,
Y, por estas llanuras derramados,
Ostentáis vuestra inmensa muchedumbre?
¿Todo el tesoro que Bayés encierra
Abandonáis así? ¿No sois testigos

De que recogen ya los enemigos
Las ansiadas primicias de la guerra?
¿Y están entre vosotros los valientes
Que allá en el Volga y en el Rhin bebieron,
Y, a la ambición y al despotismo fieles,
A playas remotísimas vinieron,
En demanda de gloria y de laureles?
¡Qué! ¿No hay audacia en el feroz germano,
Y audacia no hay en el Sicambro fiero,
Para bajar al llano
Con ímpetu guerrero,
Y que triunfe el valor y no la suerte
En los campos horribles de la Muerte?
¡Vano esperar! Ni en la enriscada altura
Defendidos se creen: así, acosada
Del veloz cazador, tímida cierva,
Más y más se enmaraña en la espesura
Y aun su pavor conserva
Ya del venablo y del lebrel segura.
Mirad, mirad la marcha triunfadora,
Con que avanza la hueste vencedora,
Conquistando los pueblos del imperio.
Pero ¡qué conquistar! despedazando
Los grillos de oprobioso cautiverio,
Y por todo su tránsito sembrando
La semilla del árbol, que algún día
Cubra todo el Brasil, como ha cubierto,
Del frío Septentrión al Mediodía,
El suelo que Colón ha descubierto.
Pero Alvëar, siguiendo a la Victoria,
Quiere que el lauro de la lid le brinde,
Y en vano, en vano, San Gabriel se rinde,
Que un pueblo sin defensa es poca gloria.

Como cuando retiembla el pavimento,
Del fuego subterráneo conmovido,
Y el río, en encontrado movimiento,

O retorna al lugar donde ha nacido,
O, en curso desusado,
Baña los campos que no había bañado;
Así retiembla la campaña en torno,
Bajo el pie del alípedo caballo,
Y así en varias y opuestas direcciones
Corren los formidables escuadrones,
Y yá la falda de la sierra tocan,
Que inexpugnable al enemigo abriga,
Y ya vuelven al llano y le provocan,
Sin perdonar trabajo ni fatiga.
¡Campos de Ituzaingó! Los que valientes
Os cubrirán de gloria,
Y harán que se conserve entre las gentes
Con respeto y honor vuestra memoria,
Hoy se ven precisados
A simular pavor y retirarse,
Por probar si se atreven a lanzarse
De la sierra esos tímidos soldados:
Mas del castigo tiemblen espantoso,
Con que habrán de pagar en algún día
La torpe villanía
De obligar al ardid a un valeroso.
Así dijo Alvëar, y a las legiones
Que ansiaban el momento de venganza,
Ordenó que siguieran sus pendones
Hasta el campo de próxima matanza.

El enemigo entonces, que cobarde
Ocultó en las montañas su pavura,
De tardío valor haciendo alarde,
Inunda con sus haces la llanura.
¡Infelices! Marchad; la Muerte espera;
Para saciar su saña nunca es tarde,
Y ella os va a sorprender en la carrera.

El Sol sepulta en tanto
Su carro esplendoroso en occidente,

Y abandona el Olimpo refulgente
A la callada noche: el negro manto
Cubre la frente de la luna clara,
Y el trémulo brillar de los luceros,
El horror que en el campo se prepara,
Y el bélico furor de los guerreros.
En la densa tiniebla de la noche
Mil sombras pavorosas divagaban,
Cuyo lamento y míseros gemidos
Las huestes enemigas aquejaban,
Y, por lúgubres ecos repetidos,
Sangre, horrores y muerte presagiaban.
    Pero al campo argentino
    No así el pavor cubría
En tan terrible noche: de contino
Alvëar su recinto recorría,
Y ora dispone que escuadrón tremendo
Siga a Lavalle en su feroz avance,
Ora elige el lugar de donce lance
El tronador cañón su globo ardiendo.
Este es el sitio que el infante guarde,
Aquélla el ala que primero parta,
Aquí la muerte una falange aguarde,
Allá la muerte otra legión reparta.
Diestro, sereno, activo, todo ordena
    Para el trance cercano,
Y la enemiga fuerza de antemano
Desbarata en su mente y desordena.

La pavorosa expectación del día
Hizo cesar el Sol; y el brasilero,
Que en fuga vergonzosa nos creía,
    Atónito, azorado,
Mira a su frente al enemigo fiero,
A espantable venganza preparado.
¡Oh día de prodigios y de horrores!
¡Día de luto, asolación y llanto!

No, no te puede celebrar mi canto;
Perdonadme, terribles vencedores,
Que este asunto no es mío:
Toma tu trompa, ensalzadora Clío.

Antes que los mortales
La industria de matar adelantaran,
Y el rayo a las esferas celestiales
Atrevidos robaran,
Y en los hórridos bronces le encerraran,
Con no menos furor, con menos arte,
A los campos de Marte
Los feroces guerreros descendían
En silencio espantoso, y más de cerca
Más segura la muerte repartían.
Así en Ituzaingó silencio horrible
Reinaba en toda la extensión del campo,
Y con paso terrible,
Y con serena frente,
Se acercaba uno al otro el combatiente.
La presencia del riesgo, la certeza
De morir en la lid, si no vencían,
Infundieron valor, dieron fiereza
A los mismos soldados,
Que en las breñas poco antes abrigados,
Parecían un grupo de indolentes,
Tímidos, pusilánimes, indignos
De matar y morir entre valientes.

Ya se acercan las masas condensadas
De los fieros Teutones,
De agudas bayonetas erizadas,
Cercadas del cañón: sus batallones
Muros parecen que moviera el arte;
Inexpugnable muro; no hay guerrero
Tan formidable que contra él se estrelle,
Ni rayos suficientes a abrasarle,

Ni fogoso bridón que le atropelle,
Ni pujanza bastante a derribarle.
Sólo el patrio soldado,
Que vencer o morir había jurado,
La tremenda falange
Pudiera ver llegar, y no temblara;
Y la vió y no tembló, y el corvo alfanje
Desnudó con que pronto la segara.

Pero el bronce tronó; la Muerte fiera
Subió en su carro a la señal de Marte,
Y se lanzó en el campo carnicera.
El belicoso bruto al punto parte,
Que ya el audaz jinete
Alzó el acero y le soltó la brida,
Y, al ímpetu feroz con que arremete,
Retiembla la campaña combatida.
De temor que el estrago a la distancia
No tan sangriento sea,
Y de que silbe el plomo en la pelea,
Sin herir, sin matar, los escuadrones
Acometen, se encuentran, se rechazan,
Y se estrellan legiones con legiones,
Y con mutuo furor se despedazan.
Queda encerrado en el fusil entonces
El plomo matador, callan los bronces;
Y el puñal fiero y el recorvo sable,
La bayoneta y la tremenda lanza,
Sirven más al furor de la venganza,
Y en silencio horroroso y espantable
Se ejecuta la bárbara matanza,
Sin elección de muerte
Ciega revuelve su fatal guadaña,
Y ciegamente hiere; rinde al fuerte,
Ceba en el débil su sangrienta saña,
Y ningún bando es suyo. En la campaña

La sangre amiga y la enemiga sangre,
Con furia igual vertidas,
En un mismo raudal corren unidas;
Brazo a brazo pelea el combatiente,
No hay punta aguda ni tajante acero
Que no penetre el pecho de un valiente,
Que no corte la vida de un guerrero.

Mas no ciego furor, razón serena
De Alvëar los esfuerzos dirigía,
Y del duro soldado la osadía
Ora estimula más, ora refrena:
Su ánimo imperturbable no se inmuta,
Y en el confuso caos mantenía
La inalterable calma del que ordena,
La ardiente intrepidez del que ejecuta.
De en medio de la lid llamando a Brandzen,
"Allí (dijo) el combate es más sangriento,
Y nuestra Patria, amiga, este momento
Entre el honor y la ignominia lucha."
No dijo más: el héroe que lo escucha,
Fiero, orgulloso de que así lo mande,
Y allí le envíe donde el riego es grande,
A la arena con ímpetu desciende:
El rayo está en su mano, y en sus ojos
La llama brilla que el honor enciende.
La presencia de Brandzen los enojos
Redobló del soldado: tal un día
Allá en los campos de la antigua Troya
Héctor descendería,
Con un valor igual, con igual suerte,
En demanda de Aquiles y la muerte.
Y el momento llegó: la Parca avara,
De matanza vulgar no satisfecha,
Una víctima grande señalara,
Y Brandzen expiró... ¡Golpe terrible!...
¡Oh Brasileras huestes! Más valiera

Que tal honor el hado
En este día atroz no os concediera.
La sangre que el campeón ha derramado
Mil vidas vale, y el estrago horrendo
Ahora empezará. "¡Venganza!" grita
El intrépido Paz: "¡venganza!" clama,
Ardiendo en ira, el escuadrón tremendo,
Y "¡venganza!" Alvëar también responde.
Toma el lugar de su difunto amigo,
Hondo en el pecho el sentimiento esconde,
Y se lanza, cual rayo, al enemigo.
El soldado le sigue: vanamente
Con la muerte de Brandzen orgulloso,
El experto jinete brasilero
Oponerse pretende al horroroso,
Al repetido choque: allí el acero
Corta, hiende, destroza, despedaza,
Como torrente, el escuadrón furioso
Por sobre miembros palpitantes pasa,
Por sobre moribundos atropella,
Atraviesa de sangre el ancho lago,
Deja a su espalda el espantoso estrago,
Y en sólida falange al fin se estrella.
La aguda bayoneta la defiende
De aquel ímpetu ciego,
Y el mortífero plomo se desprende
De su prisión de fuego;
Pero más bravo el argentino avanza
Por el camino que le abrió la lanza,
Y del fogoso bruto el ancho pecho.
Ciérrase luego: el escuadrón deshecho
Vuelve, júntase, estréchase, acomete
Con ímpetu mayor, con mayor ira,
Y otra vez y mil veces se retira,
Y otra vez y mil veces arremete,
Así las olas la muralla embaten,
Y, contra ella rompiéndose estruendosas,

Retroceden, y vuelven, y furiosas
Con repetido empuje la combaten;
Hasta que se desploma a lo más hondo
La contrastada mole, y victoriosas
Revuelven los escombros en el fondo.
No de otro modo allí desparecieron
Esas fuertes columnas, esperanza
Del vil usurpador: en la matanza
También algunos libres perecieron;
Mas, cayendo opresores a millares,
Digno holocausto fueron
A las sombras de Brandzen y Besares.
La lid por todas partes entretanto
Es, como aquí, sangrienta,
Y, como aquí, se aumenta
Por todas partes el horror y espanto.
Asorda el trueno del cañón: su fuego
La árida yerba inflama
Que todo el campo cubre; cunde luego
La abrasadora inextinguible llama, (*)
Mientras el aire hienden
Globos ardiendo que también lo encienden.
Pelea el combatiente enfurecido
Entre el incendio, el humo, la ceniza;
Y el grito lamentable del herido,
La hórrida convulsión del que agoniza,
La sangre que en el campo corre hirviendo,
Los miembros de sus troncos separados,
Y a la llama de pábulo sirviendo
Muertos y moribundos hacinados;
Tal es el cuadro que la lid presenta.
¿Y ya no es tiempo, ¡oh Dios! de que se sienta
De la afligida humanidad el llanto?

(*) Nada en Ituzaingó fué tan horrible, como el incendio general del campo en medio de la batalla. El fuego prendió en el pasto, demasiado alto, y ya seco por la fuerza de los soles, y cundió con extraordinaria rapidez. Muchos, heridos perecieron abrasados, sin haber sido posible libertarlos de las llamas.

Basta para triunfar. ¡Qué! ¿la Victoria
Vende tan caramente sus laureles?
¿Las palmas de la gloria valen tanto,
Que se compren con muertes tan crüeles?

¿Y, en medio del estrago,
Adónde está el guerrero,
Cuya presencia triunfa, cuyo amago
Pavor infunde al enemigo fiero,
Y cuyo brazo el genio de la guerra
Armara él mismo del fulmíneo acero,
Para que hiciera estremecer la tierra?
¿Lavalle dónde está?—Cual raudo viento,
Que arrebata en furioso remolino
Cuanto encuentra en su paso, y que, violento,
Derribando no más, se abre camino;
O cual de la alta cumbre de repente,
Las desquiciadas voces arrastrando,
Rápido se despeña algún torrente,
Y a los llanos con ímpetu bajando,
Todo arranca en su curso, todo arrasa,
Y, sobre escombros espumante pasa;
Así Lavalle y su escuadrón valiente
Atropellan, derriban este día
A todos los que hubieron la osadía
De ponerse insensatos a su frente.
Muy más allá del campo de batalla
Los siguen, los persiguen, los acosan,
Los acaban, en fin, y no reposan,
Y a la lid vuelven que pendiente se halla.

Llegaron, y al instante
Disipada la nube que ocultaba
La faz del Sol, que su cenit tocaba,
Se mostró más que nunca, radïante.
De lo más elevado
De los aires desciende de repente

Un trono refulgente,
De azul y de oro, y resplandor cercado.
Armoniosos cantares
Mil coros celestiales repetían,
Y las sombras de Brandzen y Besares
El pedestal del trono sostenían.
Belgrano estaba en él: su frente orlaba
El laurel de la gloria,
Y en su mano brillaba
La espada que nos daba la Victoria
Cuando Belgrano fué.—"Basta de sangre
"(El héroe prorrumpió); que este es el día
"En que, en otro Febrero,
"Rendir vió Santa el pabellón ibero, (*)
"Y cubrirse de honor la Patria mía.
"Este estrago terrible, este escarmiento
"Es sacrificio a mi memoria digno,
"Y digno de la Patria el vencimiento.
"Argentinos, triunfad.." Dijo, y benigno
A la sien de Alvëar en el momento
Hizo el lauro bajar que le adornaba,
Y la visión despareció en el viento.

En el medio del campo se entroniza
Entonces el Terror: el brasilero
El estrago contempla, se horroriza,
Y deja el premio del combate fiero
A quien ganarle supo. El argentino
También vuelve y se asombra
De mirar a sus pies la horrible alfombra
Que le dejó la Muerte por despojos.
Ella su vista en el estrago ceba;

(*) El 20 de Febrero de 1827 fué la batalla de Ituzaingó; y en el mismo día del año de 1813, el ejército patrio del Perú, al mando del General Belgrano, obligó a rendirse en la ciudad de Salta, después de una sangrienta refriega en sus inmediaciones, a todo el ejército español, con sus armas y bagajes, desde su General D. Pio Tristán hasta el último soldado.

Y, no bien satisfechos sus enojos,
Por sobre muertos su carroza lleva.

¡Ilustre General! ¡Oh, si mi verso
Al del cisne de Mantua se igualara!
¡Cómo entonces por todo el universo
Orgullosa mi Musa te aclamara!
Y a la paz vuestro nombre ensalzaría,
Soler, Oribe, Paz, Olavarría,
Preclaros adalides,
Vencedores en estas y otras lides.
Ni tu nombre, Vilela esclarecido,
Fuera por mí olvidado;
Tú al campo del honor has conducido
Pacíficos vecinos, (*) que al soldado
Dieron grandes ejemplos de bravura,
Cual si en la escuela de la guerra dura
Educado se hubiesen,
Y a sus horrores avezados fuesen.
¡Vivid, vivid guerreros! Las hileras
Que en el campo formáis, son hoy la Patria;
Sólo cubren su honor vuestras banderas.
Hija de la Victoria, ya de lejos
Os saluda la paz, y a los reflejos
De su lumbre divina,
Triunfante, y de ambiciosos respetada,
Libre, rica, tranquila, organizada,
Ya brilla la República Argentina.

(*) El regimiento de caballería de milicias, conocido generalmente por el nombre de *Colorados de las Conchas*, al mando de su coronel D. José María Vilela, se portó en toda la campaña, y en el acto de la batalla, como el mejor de los cuerpos veteranos.

AÑO DE 1830

A LAS MUSAS

Merced, Ninfas sagradas,
Del Parnaso y del Pindo habitadoras,
Merced, Musas amadas,
Mis fieles bienhechoras,
Que en la desgracia no me sois traidoras.

No la faz importuna
De la desdicha os arredró, ni el vuelo
Seguís de la Fortuna;
Y en extranjero suelo
Me dais, o Musas, celestial consuelo.

Cuando el aura süave
De la prosperidad la vela inflaba
De mi pequeña nave,
Mientras el mar tragaba
Grandes bajeles en tormenta brava.

Del Pindo con las flores
Vosotros coronabais mi barquilla;
Y con vuestros favores,
A mi Delia sencilla
Canté, y el fuego que en sus ojos brilla.

Canté la inmensa gloria
Que a mi Patria perínclita cubría,

Cuando de la victoria
Los frutos recogía,
Y con lauro inmortal su sien ceñía.

Sus leyes protectoras,
Que obedecidas con respeto santo,
En más felices horas
Le dieron lustre tanto,
Fueron asunto digno de mi canto.

Asunto digno fueron
Las ciencias y las artes, que, a porfía,
La cuna ennoblecieron
De un pueblo que nacía
Entre el estruendo de la guerra impía.

Y la paz, don del cielo,
No menos fué en mi verso celebrado,
Cuando del patrio suelo
Huyó precipitada
La guerra por las madres detestada.

Y tu lúgubre acento,
Oh, Melpómene trágica, me diste,
Y tu puñal sangriento;
Y resonar oíste
El gran teatro con mi verso triste;

Que son las duras leyes
De la desdicha iguales: ella oprime
A los excelsos reyes,
Y el magnate sublime
También hundido en la miseria gime.

Si mi pueblo algún día
Me escuchó con aplauso no pequeño,
Y la Envidia veía

El favor halagüeño
Sesgos los ojos, iracundo el ceño;

Si me cupo la gloria
De ensalzar a los patrios adalides
De perenne memoria,
Que, rivales de Alcides,
Contaron los trofeos por las lides;

Y del río Argentino
Las Ninfas mis cantares repitieron
Con su labio divino,
Y a mis cantares dieron
Este premio que nunca merecieron;

Vosotras sois las Diosas
A quienes solamente lo he debido,
Piéridas hermosas,
Y vuestro don han sido
Los días venturosos que he vivido.

Perdonadme, si ahora
Lo vengo a confesar, cuando ha sonado
La inesperada hora
Del enojo del hado,
Y en otro tiempo ingrato lo he callado.

Así audaz marinero
De los Dioses se olvida en la bonanza;
En el peligro empero
Los llama sin tardanza,
Y sólo pone en ellos su esperanza.

Vosotras sois la mía;
Amparadme en el tiempo que me queda,
Y la Fortuna impía
Verá que, en calma leda,
Me duermo al son de su estruendosa rueda.

Hoy mismo que, arrojado
Lejos del seno de la Patria hermosa,
Sin crimen castigado,
Sin hijas, sin esposa,
Arrastro una existencia fatigosa.

Alzo la voz del canto,
Y siento en mi desgracia algún consuelo,
Y el entusiasmo santo
Con que pedir al cielo
Que vengue los ultrajes de mi suelo.

Cuando Dios irritado
Decretó castigar la patria mía,
Por crimen reservado
A su sabiduría,
Dióla ese monstuo que la aflige hoy día.

Con mano sanguinaria
Robó, y abusa del poder robado;
Y la turba nefaria,
Por quien se ve ensalzado,
Le empuja de atentado en atentado.

Su audacia sin ejemplo
Echa por tierra con brutal violencia
De Libertad el templo,
Y alza con insolencia
Escandaloso altar a la Licencia.

El aleve asesino
Recibe de la sangre derramada
El precio en que convino;
Y acción tan execrada
Es largamente ¡Oh Dios! recompensada.

La virtud desfallece,
El crimen triunfa, la inocencia gime,

Y la ley enmudece,
Cuando, en su nombre, esgrime
La espada el monstruo, que en su nombre oprime.

Do el orador famoso
Alzaba, en medio del senado augusto,
El eco victorioso,
Y con tono robusto
Enseñaba las reglas de lo justo,

Hoy palaciego astroso
Repite la lección que le ha dictado
El déspota furioso
Que lo tiene comprado,
Y sanciona delitos el malvado.

Pisó el feroz salvaje
Con planta inmunda la ciudad insigne;
Y del horrendo ultraje
No hay pecho que se indigne,
Y que a la humillación no se resigne;

Que, proscriptos los bravos,
Oprimidos los buenos, y en cadenas
Los que no son esclavos,
En tan negras escenas
El llanto femenil se sufre apenas.

Basta, Musas, de llanto.
En mi patria infeliz también proscrita
Está la voz del canto,
Y vuestro culto irrita:
Hüid, hüid de la región maldita.

La Ignorancia y Torpeza,
Que vuestro templo nítido escalaron,
Con bárbara rudeza

Vuestras aras hollaron,
Y en lo alto del altar se colocaron.

Volved cuando, irritado,
Alce la diestra el vengador tonante,
Y, de sufrir cansado
La iniquidad triunfante,
Con su justicia al universo espante.

Empero ya me abrume
Del infortunio la insufrible carga,
Y el Tiempo, que consume
Nuestra existencia amarga,
Me dé una vida miserable y larga;

Ya en un punto mis penas
Cesen, y viva venturoso luego;
Siempre, dulces Camenas,
Que conservéis os ruego
Estro en mi mente, y en mi pecho fuego.

A DELIA, DESDE MI DESTIERRO

Mientras el cielo
Próvido quiera
Prestarme vida,
Cándida Delia,
Y yo tu llama
Férvido sienta,
No en hado triste
Tímida creas;
No te acobarde
Bárbara ausencia,
Ni del tirano
Pérfido veas
El vil semblante,
Cándida Delia.

El que en un tiempo
Alcázar era,
Donde moraban
Temis y Astrea,
En estos días
Hórrida cueva,
Donde la Envidia
Lívida reina,
Y a la Venganza
Víctimas muestra.
Lamentos la alta
Bóveda llenan,
La voz del llanto
Lúgubre suena,
Y al infortunio

Bárbaro befa
El monstruo que oye
Mísera queja.
¡Húye del monstruo,
Cándida Delia!

¡Ay! Que yo nunca
Prófugo sepa
(Más bien te llore
Pálida, yerta)
Que de mi amiga
Lágrimas tiernas
Los pies del tigre
Vándalo riegan;
Ni que a su oído
Súplica extrema,
Por su proscripto,
Trémula lleva
La mi inocente
Cándida Delia,

¡Oh, Buenos Aires,
Nítida, bella,
Cuando Fortuna
Pródiga fuera
De lo que hoy día
Pérfida niega!
Negros horrores,
Crimen y afrenta
Contaminaron
Próspera tierra,
Que tantas glorias
Inclita cuenta.
Por esto sufras
Intima pena;
Llores por esto,
Cándida Delia.

Deja que siga
Sórdida secta
Nueva doctrina,
Práctica nueva;
Y que consagre
Máximas fieras,
De las que el mismo
Déspota tiembla,
Y con asombro
Fálasis viera.
Justo es que tantos
Crímenes tengan
Digno castigo;
Y época llega
En la que el alto
Numen encienda
Rayo que lance
Fúlgida diestra.
Tú no le temes,
Cándida Delia.

Adiós, mi amada,
Mi única prenda;
Mientras ausente
Lánguida penas,
Amor, que un día
Plácido uniera
Mi alma a la tuya,
Plácido vela
Sobre nosotros,
Cándida Delia.

DE MI MUERTE

Ora benigno me dilate Jove
Estos momentos que llamamos vida,
Ora le plazca que el presente sea
Mi último día:

Bien me acostumbre la dolencia larga
A ver de lejos que la Muerte llega,
Bien como rayo, que improviso hiere,
Súbito venga:

Ya me arrebate del festín alegre,
Entre los brindis del ligero Baco,
Ya cuando, a solas, de mi Patria lloro
Triste los hados;

Sin que me aflija roedora duda,
Bajaré impávido a la eterna noche,
Y las riberas pisaré tranquilo
Del Aqueronte

Iré a presencia de mi juez severo
Sin ese miedo que al impío turba;
Que por mi causa no corrió en la tierra
Lágrima alguna.

Tiemble el malvado, que, evitar pudiendo
Llanto y dolores, corazón de piedra
Al afligido, que a su vista gime,
Bárbaro muestra.

Torpe calumnia, que mi vida amarga,
Fiero me pinta con colores negros,
Y el pecho blando que me dió natura
Finge de acero.

Mas, como el Numen que al mortal espera
En las regiones donde no se miente,
No me hará cargo de dolor ajeno,
Mi alma no teme.

Oh cielo, escucha mi ferviente voto,
Y no me niegues lo que sólo ruego
Para el momento en que la tumba helada
Me abra su seno:

Muera primero que mi tierna esposa,
Primero muera que mis dulces hijas,
Y, moribundo, con errante mano
Pulse la lira.

EN UN CONVITE DE AMIGOS, EN EL ANIVERSARIO DEL 25 DE MAYO

¡Oh Baco bullicioso,
Oh padre de las viñas,
Desterrador de penas,
Engendrador de dichas'
Deja tu ronco carro,
Que horrendos tigres tiran,
Deja los aparatos
De la feroz conquista,
Y ven con los adornos
Que te prestó la risa,
Después que subyugaste
Al universo un día.
No traigas, Dios amable,
El tirso por insignia,
Sino en la diestra mano
El fruto de la viña,
En la otra un vaso lleno
De su licor de vida,
Y la sien temulenta
De pámpanos ceñida.
Ven, oh Baco, y preside
La rëunión festiva;
Giró de buena gana
Te cederá su silla (*),
Porque tú eres al cabo
El Dios de la alegría,

(*) Así se llamaba el individuo que presidía la mesa.

Y este es el día grande
Entre los grandes días.

No quiero yo que Apolo
Pulse esta vez mi lira,
Ni el coro de las nueve
A mi placer me sirva.
Beban otros poetas,
Que a gran renombre aspiran,
Las aguas de Hipocrene,
Las de Aganipe linfas;
Pero yo en otra fuente
No beba la alegría,
Más que del dulce néctar
En la ancha copa henchida.
Bebamos, pues, amigos.
¿Por quién?—Por las queridas,
Los que aun al himeneo
Dura cerviz no rindan.—
¿Por quién?—Por las esposas,
Los que en nupciales dichas
Apuran inocentes
La copa de delicias.—
¿Por quién?—Por los guerreros,
A quienes Marte tizna
Con el oscuro polvo
De la sangrienta riña,
Y que, tremendos, fuertes,
En los aciagos días
Nuestra patria salvaron
De la guerra homicida
Del león que en Iberia
Está rugiendo de ira.—
¿Por quién?—Por los patriotas,
Primeros estadistas,
Que, el primer veinticinco,
Del cieno en que yacían

Se alzaron, y, al alzarse,
Dieron a un mundo vida.
¡Ea, amigos! Bebamos
En cordial alegría,
Apuremos los dones
Con que Liëo brinda
Y con tiernos recuerdos
Nutramos nuestra dicha.
Vayan y vengan copas;
Vuela, oh Baco, este día
Desde un extremo al otro
De la mesa festiva,
Como vuela Cupido,
El Dios de las delicias,
Del Ida al Amatonte,
Del Amatonte al Ida;
Y concede propicio
A todos los convivas
Arder en igual fuego
Que el que mi pecho agita.

LA MATRONA DE EFESO

Cuento, traducido de La-Fontaine

Si hay algún cuento usado, y repetido
Hasta el fastidio por el mundo todo,
Es el que me ha ocurrido
Narar en estos versos a mi modo.
¿Y entónces, para qué le has elegido?
¿Quién te empeña, poèta, en un asunto,
Que de tantos escritos ya lo ha sido?
¿Pues tendrá tu matrona, te pregunto,
Alguna gracia rara,
Si con la de Petronio se compara?
¿Cómo harás tú que nos parezca nueva?
Sin responder, censor, porque sería
Lo de nunca acabar, haré la prueba:
Veremos si la tal rejuvenece
En mis versos, y déjame que empiece.

En otro tiempo en E'feso vivía
Una dama modesta y virtüosa,
Cual nunca fué mujer; y se sabía,
Por la pública fama,
Que en su amor conyugal era extremosa.
No se hablaba en el pueblo de otra cosa
Que de la honestidad de dicha dama;
Iban todos a verla,
Como a un raro portento,
Que era honor de su sexo, y ornamento

De su patria, feliz con poseerla.
Cada madre a su chica la mostraba
Como el dechado que imitar debiera:
Cada esposo en presencia la ensalzaba
    De su fiel compañera,
Y el suyo con locura la adoraba.

Murió el hombre: decir de que manera
Una frivolidad inútil fuera.
Murió el hombre; y dejole en testamento
    Tanto y tanto legado,
Que la infeliz se hubiera consolado,
Si aliviasen los bienes el tormento
    De perder a un marido,
Tan buen amante como bien querido.
    Mil viudas sin embargo,
Y de las que se arrancan los cabellos
    En su dolor amargo,
    Fijan los ojos bellos,
Nublados con el llanto, en la moneda,
Y hacen la cuenta de lo que les queda.

Pero la nuestra todo alborotaba
Con gritos y lamentos, y clamores,
Y, entregada a sus bárbaros dolores,
Todos los corazones traspasaba:
Y eso que bien se sabe
    Que, por grande que sea
La desesperación que en la alma cabe,
Hacemos todos que mayor se vea;
    Porque siempre un poquito
De ostentación se mezcla con el llanto,
    Y en el mayor quebranto
Es más agudo que el dolor, el grito.

Cada cual consolaba a la afligida,
Diciendo que en el mundo

Todo tiene su término y medida,
Y que aquel sentimiento tan profundo
Pudiera ser culpable por exceso;
Y la afligían más diciéndole eso.
Ella, en fin, renunciando a la luz pura,
De que ya no gozaba
El querido consorte a quien lloraba,
Entra en su tumba obscura,
Con el propósito invariable y tierno
De unirse con la sombra en el infierno.

Más véase de paso lo que puede
Una amistad sincera,
Porque a veces sucede
Que también en locura degenera.
Una joven esclava, lastimada
Del dolor de la bella,
La acompañó a la lúgubre morada,
Pronta a morir con ella;
Pronta se entiende, porque sólo había
Examinado a medias el proyecto:
Que, en llegando al efecto,
Quién sabe aquel coraje a donde iría.
Juntas se habían crïado
La señora y la esclava,
Y el recíproco amor que las ligaba
Al paso de la edad se había aumentado;
Ni acá en el bajo suelo
En dos hembras se hallara
De tal inclinación otro modelo,
Aun cuando con linterna se buscara.

Como tenía más discernimiento
La esclava que la dama,
Dejó pasar en ella
El primer movimiento,
Y después procuró volviese su ama

A la trillada huella
Del común y ordinario sentimiento.
Pero en vano; porque ella, inaccesible
A cuanto era consuelo,
Tan solo examinaba con desvelo
Todo medio posible
De seguir a su muerto al reino obscuro.
El camino más corto y más seguro
Fuera el puñal sin duda;
Mas la amante vïuda
Todavía anhelaba
Apacentar sus ojos
Con los queridos frígidos despojos
Que la tumba encerraba;
Ni usó de otro alimento
Sepultada en el triste monumento.
Esto quiere decir que, entre mil puertas
Que, en cualquiera ocasión y a cualquiera hora,
Para salir del mundo están abiertas,
Escogió la del hambre la señora.

Se pasó el primer día,
Y se pasó el segundo,
Sin más mantenimiento
Que el suspiro profundo,
Y la frecuente queja, y el lamento.
Natura, Dioses, y Fortuna impía,
Todo, todo acusaba
La dama inconsolable
En su querella inútil, perdurable,
Y su extremo dolor nada olvidaba,
Si es que explicarse sabe
Tan retóricamente un dolor grave.

El caso es que otro muerto residía
Cerca de donde estaba nuestra gente;
Mas de un modo bastante diferente,

Porque más monumento no tenía
Que la altura eminente
De una horca fatal de que pendía.
Estaba aquel cadáver destinado
A servir de escarmiento a malhechores,
Y, bien recompensado,
Custodiaba el depósito un soldado.
Pero los superiores
Mandado habían que, si algún pariente,
Un amigo, o los otros salteadores,
Robasen el cadáver, en caliente
Pasara el centinela descuidado
A ocupar la vacante del colgado.
Era mucho rigor, sin duda alguna,
Mas la utilidad pública exigía
Que el soldado corriese esta fortuna.

Volviendo al monumento, en él habría
Sin duda alguna raja o hendidura,
Por donde una luz clara
El guarda vió brillar de noche obscura,
Cosa en aquel lugar bastante rara.
Su colgado abandona,
Corre curioso allá, y sus oídos
Hirieron desde lejos los gemidos
Con que poblaba el aire la matrona.
Llega, y entra, y se admira,
Pregunta a la mujer porque suspira,
Porque se queja, y grita, y llora tanto,
A qué viene, por fin, tan triste canto,
Tan negra y melancólica morada?
La dama, en sus lamentos ocupada,
De frívolas preguntas no hizo caso;
El muerto sólo, sin gastar saliva,
Diciendo estaba el lúgubre fracaso
Que la obligaba a sepultarse viva;
Y añadió la criada: "hemos jurado

"Esperar y sufrir la muerte lenta
"Del dolor y del hambre". Aunque el soldado
En línea de orador no entraba en cuenta,
Les hizo concebir lo que es la vida;
Y la dama esta vez estuvo atenta,
Que un poco adormecida
Ya su pasión estaba,
Y el poderoso tiempo mudo obraba.
El soldado siguió: "si un juramento
"Os impide probar el alimento,
"Ved solamente como el mío tomo;
"Que no porque miréis como yo como,
"Ha de ser menos cierta vuestra muerte".
Este temperamento
A las dos hembras agradó, de suerte
Que permiso le dieron
Para traer su cena.
Y muy pronto de vuelta le tuvieron.

La esclava, en esta escena,
Ya a renunciar dispuesta se sentía
Del difunto la triste compañía.
"Una idea, señora,
"Acaba (dijo) de asaltarme ahora.
"¿Qué importa a mi señor, que en paz descanse,
"Que dejéis de vivir? ¿Tenéis por cierto
"Que, si vos antes que él hubieseis muerto,
"Fuera hombre de seguiros al alcance?
"No, señora; él querría
"Terminar su carrera,
"Y la nuestra pudiera
"Ser larga todavía,
"Si vuestra voluntad lo consintiera.
"¿A qué fin a la muerte anticiparnos,
"Y en la tumba a veinte años encerrarnos?
"Las horas de la vida son escasas,
"Harto tiempo tendremos

"De habitar estas casas,
Y, pues que no nos corren, esperemos.
Yo de mí se decir que me alegrara
'De morir con arrugas en la cara:
'¿Y de vuestros brillantes atractivos
"Vos intentáis privar en adelante,
"En favor de los muertos, a los vivos?
" De qué os podrá servir estar entre ellos?
"Poco ha que, fija en vuestros ojos bellos,
"Y contemplando atenta ese semblante
"En que todo su esmero el cielo ha puesto,
"Por darle la belleza que admiramos,
"Decía yo: ¡qué lástima que vamos
"Nosotras mismas a enterrar todo esto!"
Al discurso halagüeño
La matrona volvió como de un sueño,
Y la ocasión entonces aprovecha
El Dios que enciende del amor la llama.
Como una aguda flecha
De su carcax dorado
De medio a medio traspasó al soldado,
Y otro de refilón hirió a la dama.
Joven, bella y graciosa,
En medio de las lágrimas tenía
Más brillo su hermosura portentosa;
Y el de gusto más fino y delicado
Ciertamente podría,
Aun siendo su mujer, haberla amado.
El militar una pasión furiosa
Al punto concibió: mujer hermosa
Es más bella otro tanto,
Cuando por sus mejillas corre el llanto.
He aquí que nuestra viuda ya comienza
A escuchar la alabanza,
Veneno que al amor allana el paso;
Hela ya que el soldado que la incensa
No sólo no la cansa,

Sino que amable le parece acaso.
El pudo tanto con su tierno ruego,
Que logró que comiese la señora;
El pudo tanto, que agradó muy luego;
Y, de halago en halago, en una hora
El soldado se hizo
Más digno a la verdad de ser amado
Que el muerto más bizarro y bien formado.
Poco a poco deshizo
El proyecto fatal de la vïuda;
Poco a poco también ella se muda,
Hasta que en risa al fin paró su llanto,
De lo que ciertamente no me espanto.
Por no perder un tiempo tan precioso,
La desolada al punto
Hizo del fresco amante un nuevo esposo;
Todo, todo a las barbas del difunto.

Mientras este himeneo se trataba,
Un ladrón atrevido,
Del descuido del guarda prevalido,
El racimo de la horca descolgaba.
Como en la tumba se sintió el ruido
Salió más que de prisa el veterano,
Y allá se fué corriendo, pero en vano,
Porque ya era negocio concluído.
A contarles el cuento
Vuelve muy afligido al monumento,
Y todo era temor y conturbarse,
Sin saber atinar donde ocultarse.

Viéndole así perdido,
Dijo la esclava: "¿con qué os han robado
"El muerto consabido,
"Y el rigor de las leyes extremado
"Decís que, en tal desgracia,
"No permite que el juez os haga gracia?

"Pues, si mi ama quisiera,
"Pronto remedio a todo yo pusiera.
"Al muerto que tenemos por delante
"Colguemos en lugar del otro muerto.
"¿Y quién lo advertirá? Nadie, por cierto".
La dama consintió. — ¡Sexo inconstante!
Mujer siempre es mujer. Las hay muy bellas,
Las hay que no lo son: si en todas ellas
Fidelidad se hallara,
Cualquier otro atractivo les sobrara.

Gazmoñas, desconfiad de vuestra fuerza,
Y no forméis designio que se tuerza.
Si son vuestras plausibles intenciones
Resistir incentivos y ocasiones,
Las nuestras son muy buenas igualmente;
Pero, en la ejecución, muy comúnmente
Nos engañamos hembras y varones:
La matrona da de ello testimonio,
Y, no lo lleve a mal el buen Petronio,
El caso de este cuento
No es tan raro portento,
Que a la edad venidera
Proponer por ejemplo se debiera.
Lo que yo encuentro malo en esta viuda
Es el proyecto de enterrarse viva,
Mal formado sin duda,
Y la bulla que armó tan excesiva;
Porque eso de colgar a su marido,
Cuando ya era cadáver, es sabido
Que no debió ser cosa de importancia.
Salvaba el muerto al vivo; y en substancia
Considerado el hecho,
Y a todas luces bien examinado,
Soldado en pie derecho
Vale más que monarca sepultado.

AÑO DE 1831

A MI LIRA

Ven, mi blanda lira,
Mi solo tesoro,
Y tus cuerdas de oro
Den dulce sonido,
Que temple mi llanto,
Y acalle el gemido,
Y acompañe al canto.

Ven, mi amada lira,
Presente de Apolo,
A quien debo sólo
Mi pasada gloria,
Y, en este momento,
La grata memoria
Que alivia el tormento.

Se olvida contigo
La negra perfidia,
Y en vano la Envidia
Aguza su diente,
Que envenena tanto;
Pues nada se siente
Con tu dulce canto.

Roncos alaridos
De plebe altanera,

Que a venganza fiera
Caudillo provoca,
Que en ella confía,
Plácida sofoca
Tu bella armonía.

Escuchar no deja
Tu sonido blando
El eco nefando
De calumnia horrenda,
Y el grito no espanta
Que en civil contienda
La rabia levanta.

¿Qué importa que intruso
Perjuro tirano
Con sangrienta mano
De mi hogar me expulse,
Mi patria me vede,
Si que yo te pulse
Privarme no puede?

¿Si impedir no pudo
Que, en prófuga nave,
Mi acento süave
Se elevara al viento,
Tú le acompañaras,
Y el Noto violento
Y el mar aquietaras?

Ven, mi blanda lira:
Pero ya no quiero
Al amor artero
Rendir homenaje,
Que ingrato no paga,
Ni sufrir que aje
Mi enconada llaga.

¡Demasiados triunfos
En mis frescos años
Prestó a sus engaños
Mi verdad incauta;
Surcando afanoso
Inexperto nauta
Su mar proceloso!

Sobre siete lustros
Dos inviernos cuento,
Y en largo escarmiento
Prudente me hice.
No más desvaríos,
Que amor ya no dice
Con los años míos.

Tampoco, mi lira,
Llevemos al cielo
De mi amado suelo
La perdida gloria.
¡Ah! ¡Su actual estado
Ojalá la historia
Dejase olvidado!

Y cuando contara
Nuestros hechos grandes.
Vencidos los Andes,
Naciones creadas,
Rendidas naciones,
Huestes debeladas,
Armas y pendones.

Dijese: "cerraron
" Carrera brillante
" Postrados delante
" De la Paz hermosa,
" Y habitan su templo,

" Y de unión dichosa
" Dan al mundo ejemplo.

" Mas dirá: la gloria
" Del pueblo argentino,
" Su noble destino,
" Su gran nombradía,
" Fueron vanas voces:
" Sólo hay guerra impía,
" Crímenes atroces.

" Convirtió en teatro
" De horror y maldades
" La civil discordia,
" Campos y ciudades
" Y arrojó deshechos
" De dulce concordia
" Los lazos estrechos.

" Contra el ciudadano
" Se volvió el acero,
" Que a enemigo fiero
" Mejor inmolara,
" Y son desoídos
" De la Patria cara
" Los hondos gemidos.

" Sangre de Argentinos,
" Que argentino brazo
" Vierte a cada paso
" En sus propios lares,
" Lleva el grande río
" A los anchos mares
" El tributo impío. "

Oh lira, dejemos
Que historia severa

Ni excuse siquiera
Crímenes tan feos;
Y tú la voz mía,
Fiel a mis deseos,
Acompaña hoy día.

La gratitud sola
Hoy mi pecho agita,
Y a cantar me incita
Al pueblo de Oriente,
Pueblo virtüoso,
Que cuanto es valiente
Tanto es generoso.

¡Ah! ¡Dado me fuera
Con verso inspirado,
En tono no usado
Y en cántico nuevo,
Hasta donde alcanza
La lumbre de Febo
Llevar su alabanza!

Al hijo de Atenas,
Proscripto, vencido,
Espartano erguido
La tierra negara;
Pero al punto abiertas
Tebas y Megara
Se muestran sus puertas.

Así al Argentino,
Con furia arrojado
De un déspota odiado
Por mano nefaria,
La oriental ribera,
Grata, hospitalaria,
Luego recibiera;

Y el muro que vence
De la mar la saña,
Y bella campaña
Do ríe natura,
Dan al desterrado
Morada segura
Y asilo sagrado.

¿Dónde están tus leyes,
Buenos Aires triste;
Despoblar te viste,
Y oprimida callas?
Te habitan tiranos,
Buscas y no hallas
A tus ciudadanos.

Si en tu seno algunos
El monstruo conserva,
Fiero los reserva
Para atroz injuria.
¡Oh Dios! ¿No levantas
Tu brazo, y la furia
Del monstruo quebrantas?

Consuélete al menos,
Oh Patria adorada,
Si en pena extremada
Cabe algún consuelo,
Saber que a tus hijos
Da alivio este suelo
De males prolijos.

Del déspota infame,
Que altivo te humilla,
Tocan esta orilla
Los verdugos fieles;
Las áncoras echan,

Y de sus bajeles
Nuestro asilo acechan.

O, cual si viniesen
A caza de fieras, (*)
Por estas riberas
Sagaces se ocultan,
Buscando proscritos
Y la tierra insultan
Con nuevos delitos.

El redil seguro
Del manso cordero
Tigre carnicero
Lo mismo rodea:
La cerca le estorba,
Y contra ella emplea
Diente y garra corva;

Mas viendo que en vano
La estacada mide,
Que saciar le impide
Su sed angustiosa,
Colérico brama,
Y espuma rabiosa
En torno derrama.

No de otra manera
El furor insano
A tu vil tirano

(*) Cuando el Gobierno de Buenos Aires llegó a temer que los proscriptos y emigrados, residentes en el Estado Oriental del Uruguay, intentasen pasar a Entre Rios, provincia argentina, mandó una escuadrilla, con el objeto de impedirlo. El jefe de estas fuerzas navales, remitiendo presos a Buenos Aires seis ndividuos, que habia tomado en la costa de Entre Rios, dijo, en comunicación oficial a su gobierno, que los *habia podido cazar*. Estos cazadores de hombres violaron después el territorio de la República Oriental, independiente y amigo.

Devora impotente,
Porque no nos niega
Su asilo el Oriente,
Ni vil nos entrega.

Pero no sus iras
Diga más mi verso;
Harto de un perverso
Ya el renombre aterra,
Y el cielo irritado
Lavará la tierra
De tanto atentado.

Hoy triunfa el delito:
Mas tú, lira mía,
Espera que un día
Venturoso torne,
Y a la Patria amada
La gloria retorne
Que le fué robada.

En vano colosos
Que levanta el crimen
A la tierra oprimen,
Y su fama suena:
Un soplo del viento
Se lleva la arena
Que fué su cimiento;

Y entonces, cayendo
Con grande fracaso,
Da el terrible caso
Lección a los hombres,
Y marca la historia
Los hechos, los nombres,
La infame memoria.

Si a tu trono llega,
Deidad del Oriente,
La voz reverente
De la Musa mía,
De este pueblo aleja
La discordia impía
Que a mi patria aqueja.

Y haga de tus hijos
La unión venturosa
Una numerosa
Familia de hermanos,
Envidia del suelo,
Terror de tiranos,
Y el amor del cielo.

TRADUCCION DE ALGUNAS ODAS DE HORACIO

ODA I DEL LIBRO I

Oh Mecenas ilustre
Por tu regio linaje,
Oh tú, mi dulce gloria,
Y amparo mío generoso y grande:

Hay a quienes agrada
Que su carro levante
El olímpico polvo;
Y, si llegan las ruedas humeantes

Al término, y veloces
Revuelven sin tocarle,
Noble palma los alza
A la par de los Dioses inmortales.

Al uno lisonjean
Puestos y dignidades,
Honores que prodiga
La tumba de Quirites inconstante:

Mientras quisiera el otro
Que en su granero entrase
Cuanto trigo se coge
En los terrenos de Africa feraces.

Al que la tosca azada
Toma sin desdeñarse,
Y en cultivar se goza
El campo que ha heredado de sus padres.

De Atalo las riquezas
Ofrecerás en balde,
Porque el mar borrascoso
Surque, pávido nauta, en Cipria nave.

Con las Icarias olas
Cuando el Austro combate,
La quietud de su aldea
Alaba temeroso el mercadante;

Pero luego repara
La henchida barca, y parte,
Porque no sabe, dócil,
Con la dura pobreza conformarse.

Tal hay, que, reclinado
Cerca de donde nace
La sacra linfa pura,
O a la sombra en los verdes madroñales,

Y de Másico añejo
Con la copa abundante,
Aprovecha las horas
Que roba a sus tareas principales.

A muchos de la trompa
Y del clarín aplacen
Los mezclados sonidos,
Y la lid detestada por las madres.

El cazador se olvida
De su consorte amable,

Y al raso en día crudo
Sufre el rigor del frío penetrante,

Ya la tímida cierva
Vean sus fieles canes,
Ya las espesas redes
El Marso jabalí rompa pujante.

Pueda mi sien empero
De yedra coronarse,
Premio de doctas frentes,
Que a los Dioses supremos me levante;

Euterpe no me niegue
Flauta tocar süave,
Ni Polimnia las cuerdas
De la Lésbica lira resonante;

Y de los frescos bosques
La sombra deleitable
Cantaré, y de las Ninfas
Con los ligeros Sátiros los bailes.

NOTAS—*Mecenas* Vers. 1. — Cayo Cilnio Mecenas, privado de Augusto, y gran protector de Horacio, Virgilio, Propercio y otros ingenios célebres.

Y si llegan las ruedas humeantes — Al término, y veloces — Revuelven sin tocarle. Vers. 8, 9, 10. (Metaque fervidis evitata rotis.) Habia en la extremidad del circo una especie de pirámide, que era la *meta*, y en torno de ella debian girar los carros, sin tocarla.

De Atalo las riquezas — Vers. 25. (Attalicis conditionibus.) Fué Atalo un riquísimo rey de Pérgamo.

En Cipria nave — Vers. 28. (Trabe Cypria;) bajel de Chipre por cualquier bajel; lo mismo que, en el verso precedente del original, *mare Mirtoum*, por cualquier mar. Chipre es una isla de Asia en el Mediterráneo.

Con las Icarias olas — Vers. 29. (Icariis fluctibus). Sabida es la fábula de Icaro, que dió su nombre al mar en que cayó.

Másico añejo — Vers. 41. El monte Másico en Campania era célebre por sus vinos.

El Marso jabalí — Vers. 56. (Marsus aper.) Los Marsos eran los habitantes del país que hoy se llama Abruzo, en cuyos bosques se criaban jabalíes.

Euterpe, Polimnia — Vers. 61, 63. Dos de la nueve Musas.

Lésbica lira — Vers. 64. (Lesboum barbiton.) Alceo y otros célebres líricos eran naturales de Lesbos.

Pero si tú me cuentas
Entre líricos vates,
Con mi frente sublime
Tocaré las estrellas rutilantes.

El sentido de la anterior traducción, desde el verso 57, que corresponde al *me doctarum ederæ prœmia frontium*, hasta el fin de la oda, es el mismo en que la tradujo Burgos; entendiendo aquel pasaje de la pieza del modo que lo interpretaron Acron y Porfirio.

ODA XV DEL LIBRO I

Cuando el pérfido pastor
A Helena que le hospedara,
Por los borrascosos mares
Llevaba en naves Idalias,
Nereo a los vientos hizo
Quedar en ociosa calma,
Y así le cantó los hados
Horribles que le esperaban.

"Con siniestro agüero llevas
A la que pronto en tu patria
Con ejército incontable
Buscará la Grecia, armada
Para destruir, oh París,
De tal ultraje en venganza,
El reino antiguo de Priamo,
Y tus bodas temerarias.
A caballo y caballero
¡Ay! ¡cuánto sudor aguarda!
¡Y a la troyana nación
Cuánto funeral preparas!
Que ya iracunda apercibe
Yelmo, escudo, y carro Palas".

"En vano engreído y fiero,
Por cuanto Venus te ampara,
Peinarás tu cabellera,
Y versos que ellas aplaudan
Cantarás entre mujeres,

Al son de cítara blanda;
Y de tu tálamo en vano
Querrás apartar las lanzas,
Y evitar la aguda punta
De la saeta de Candia''.

''Ya estrepitoso te sigue
El velocísimo Ayax;
No escaparás, y, aunque tarde,
En castigo de tu infamia,
Tus perfumados cabellos
Ha de ser que el polvo barran.
¿Ves al hijo de Laertes,
Exterminio de tu patria?
¿Al Pilio Néstor no miras;
Y que intrépido te asaltan
Ya Teucro el de Salamina,
Ya Estenelo, en las batallas
Diestro, y auriga fogoso
Cuándo los caballos manda?
También verás a Merión;
Y Diomedes, de más alma
Que su padre, ardiendo en ira
Por encontrarte se afana.
Huyendo de él sin aliento
Irás con trémula planta,
Cual ciervo que ha visto al lobo
En la parte más lejana
Del valle, y huye medroso,
Olvidado de la grama:
Y no así lo prometiste,
A tu hermosura robada''.

''Resentimientos de Aquiles
Alargarán la esperanza,
Y los días de Ilión,
Y de las madres troyanas;

Mas, pasados ciertos años,
Arderá la griega llama,
Que convertirá en ceniza
Todas las casas Iliacas".

NOTAS — *A Helena que se hospedara* — Vers. 2. Esta Helena, hija de Júpiter y de Leda fué mujer de Menelao; y robada a su marido por Paris, hijo de Príamo rey de Troya, acarreó sobre esta ciudad todo el furor de la Grecia.

Nereo — Vers. 5. Dios marino, padre de las Nereidas.

Ayax — Vers. 34. Hubo dos de este nombre en el sitio de Troya; Ayax Telamón y Ayax Oileo. El primero es célebre por su contienda con Ulises, sobre la adjudicación de las armas de Aquiles: el segundo, de quien aquí se habla, fué muy distinguido por su valor y por su impiedad.

Tus perfumados cabellos — Vers. 37. El original dice *adulteros crines:* yo no creo que pueda traducirse literalmente a ninguna lengua viva esa atrevidísima expresión.

¿Ves al hijo de Laertes? — Vers. 39. El hijo de Laertes es Ulises.

Al Pilio Nestor — Pilos, ciudad del Peloponeso, era la capital del distrito que Nestor mandaba. Este adquirió gran reputación en el sitio de Troya.

Teucro el de Salamina — Vers. 43. Era hijo de Telamón y de Hesión: se distinguió mucho en el sitio de aquella famosa ciudad.

Estenelo — Vers. 44. Hijo de Capaneo y Evadne: fué de los que entraron a Troya dentro del célebre caballo.

Merión — Vers. 47. Hijo de Molo, y cochero de Idomeneo: se distinguió en esta famosa guerra.

Diomedes — Vers. 48. Hijo de Tideo; hizo prodigios de valor en los campos de Troya. Palas le hizo inmortal.

Resentimientos de Aquiles — Vers. 59. (Iracunda diem proferet Ilio etc.) Irritado Aquiles contra Agamemnon, se había retirado a sus naves, negándose a combatir; y, en su ausencia del campo, los troyanos triunfaron en todos los encuentros con los griegos. Pero al fin Aquiles, por vengar la muerte de su amigo Patroclo, olvidado de sus resentimientos, volvió a los combates.

ODA XXXIV DEL LIBRO I

Yo que, en errados caminos
De desatinada ciencia,
Poco o nada he adorado
A las Deidades supremas,
Me veo forzado ahora
A volver atrás la vela,
Y, dejando esta derrota,
Seguir mi antigua carrera.
Porque muchas veces Jove,
Con la radiante centella,
Partió la nube, y veloces
Por las regiones etéreas
Los tronadores caballos
Llevaron la ronca rueda.
Con el estruendoso impulso
Retembló la inerte tierra,
Y los vagarosos ríos,
Y la Estijia, y la tremenda
Mansión del Ténaro odioso,
Y de Atlas la plaga extrema.
Dios puede en profunda sima
Convertir la mole excelsa,
Humilla al prócer, y en alto
Al desconocido muestra;

NOTAS — *De desatinada ciencia* — Vers. 2. (Insanientis sapientiæ). Burgos interpreta: "de una sabiduria que, fundada en la impiedad, corrompe, infatúa, enloquece, y es más perjudicial que la ignorancia misma." Esta interpretación parece la cierta; porque Horacio en esa oda no hace más que detestar su antigua impiedad, y empieza arrepintiéndose de haber desdeñado el culto de los Dioses.

Y de allí rapaz Fortuna
La cumbre de la grandeza
Con grande estridor arranca,
Y la pone aquí contenta.

Estijia — Vers. 18. Rio o laguna de los infiernos.

Ténaro — Vers. 19. Era el Ténaro un promontorio de Laconia, en el que había una caverna, por la que se decía que se bajaba a los infiernos: así es que estos tambien se llaman el Ténaro.

Y de Atlas la plaga extrema — Vers. 20. (Atlanteusque finís.) Un comentador dice que la extremidad de la tierra se fijaba entonces en el Océano Atlántico, así llamado del monte Atlas.

ODA V DEL LIBRO III

El trueno anuncia que el supremo Jove
Es Dios del cielo; y lo será en la tierra
El grande Augusto, que aumentó su imperio
Con los Britanos y tremendos Persas.

¿Con que el soldado a quien mandaba Craso
Vivió ligado con indigna afrenta
A una consorte bárbara? ¡Oh trastorno
En las costumbres de la patria! ¿Fuera,
Fuera creíble que el guerrero Marso
Y el guerrero de Apulia envejecieran
Labrando el campo de enemigos suegros,
Y atados de un rey Medo a la cadena?
¿Y que, existiendo el Capitolio y Roma,
Así perdido la memoria hubieran
De los broqueles sacros, de la fama,
Y de la toga, y de la eterna Vesta?

Esto el gran Régulo evitar quería,
Al desechar con próvida entereza
La torpe condición de su rescate;
Por no dar un ejemplo, que pudiera
Ser pernicioso al venidero siglo,
Si Roma no mostraba la firmeza
De abandonar su juventud cautiva
A perecer, sin apiadarse de ella.

" Clavadas en los templos de Cartago
" Yo he visto (dijo) las banderas nuestras,
" Y las armas que, en sangre no teñidas,

" Arrebatadas al soldado fueran.
" Yo ví los ciudadanos, que nacieron
" Para la libertad, atar con fuerza
" A las espaldas los torcidos brazos;
" He visto de Cartago abrir las puertas,
" Y cultivar aquellos mismos campos
" Que nosotros talamos en la guerra.

" ¡Y qué! ¿El soldado a quien redima el oro
" Ha de ser más valiente cuando vuelva?
" No será, senadores; ni a su crimen
" Tal pérdida agreguéis. No recupera
" Teñida lana su color perdido;
" Ni el valor verdadero, que se deja
" Del corazón salir, de nuevo vuelve
" A los ya envilecidos. Si pelea,
" Despedazando las espesas redes,
" Con el modesto cazador la cierva,
" Entonces será fuerte aquel soldado
" Que al enemigo pérfido se entrega,
" Y entonces a las púnicas legiones
" Arrollará terrible en otra guerra
" Aquel que en sus lagartos los cordeles
" Apretar se dejó sin resistencia,
" Y que temió morir. Hubo romano
" Que no supo en sus armas la defensa
" De su vida encontrar, y, por hallarla,
" De la lid hizo paces. ¡Oh vergüenza!
" Oh gran Cártago, de la triste Italia
" Con la oprobiosa ruina más soberbia!"
Habló, y es fama que, evitando el beso
De púdica consorte, y a su tierna
Prole de sí apartando, como esclavo
Fijó su rostro varonil en tierra;
Hasta que en el senado vacilante
Logró que su opinión prevaleciera,
Y que el duro consejo se siguiese,

Nunca por otro dado. Con presteza
Entonces sigue el desterrado ilustre
A los tristes amigos que le cercan.

Pues bien sabía que le preparaba
Extranjero verdugo muerte fiera;
Y sin embargo despidió a sus deudos,
Y al pueblo opuesto a su temida vuelta,
Como si a las campiñas de Venafro,
O si a Tarento a solazarse fuera,
De sus clïentes en los largos pleitos
Obtenida la última sentencia.

NOTAS — *¿Con que el soldado a quien mandaba Craso?* — Vers. 5. En los años 701 de Roma, marchó Craso contra los Partos con cien mil romanos, y pereció con sus mejores tropas. En 734, Augusto, sin combatir, obligó a Trates a que entregase las águilas romanas, y los soldados hechos prisioneros en la derrota de Craso. Debe advertirse que Persas, Partos, Medas, son nombres de una misma nación, usados promiscuamente por Horacio con mucha frecuencia.

El guerrero Marso, el guerrero de Apulia — Vers. 910. Ya se ha dicho en otra ocasión que los Marsos habitaban el pais hoy llamado Abruzo: la Apulia se llama Pulla en el día.

De los broqueles sacros — Vers. 15. (Anciliorum.) Llamaban los romanos *ancilia* a los broqueles sagrados, depositados en el templo de Marte. Decian que uno de ellos había caído del cielo en el reinado de Numa.

La torpe condición de su rescate — 20. Régulo, uno de los héroes de la primer guerra púnica, fué hecho prisionero al fin por los cartagineses. Estos le enviaron a Roma, con condición de que volviera, si el senado romano no pasaba por un tratado, en el que, entre otras condiciones desventajosas para la república, entraba la de rescatar con oro a los prisioneros. Régulo aconsejó que no se admitiesen semejantes proposiciones; el senado las desechó, cediendo a su dictamen, y aquel republicano volvió nuevamente a poder de sus enemigos, quienes le dieron una muerte atroz. El discurso que Horacio pone en boca de Régulo, es uno de los mas bellos trozos de aquel grande lírico.

ODA IX DEL LIBRO III

Diálogo entre el Poeta y Lidia

HORACIO

Mientras yo te agradaba,
Y a tu cuello nevado
Rival afortunado
Sus brazos no enlazaba,
Era más venturoso
Que el monarca de Persia poderoso.

LIDIA

Mientras que tú estuviste
Solo en mi llama ardiendo,
Ni a Lidia posponiendo,
A Cloe preferiste,
Era más afamada
Que la romana Ilia renombrada.

HORACIO

Tan sólo me enamora
Hoy Cloe la de Tracia,
La de cantar con gracia,
Y cítara sonora:
Y por ella muriera
Si la Parca más vida así le diera.

LIDIA

Por Cálais el Turino
Mi corazón se inflama,
Y en recíproca llama
Ardemos de continuo:
  Yo dos veces muriera,
Si la Parca más vida al joven diera.

HORACIO

¿Y si al pecho volviese
Aquel mi amor primero?
¿Si fuerte, como acero,
Su yugo nos uniese?
  ¿Si a Cloe despidiera,
Y mi puerta otra vez a Lidia abriera?

LIDIA

Aunque él es más hermoso
Que un astro, y tú ligero
Como la arista, y fiero
Como mar borrascoso,
  Contigo viviría
Y contigo contenta moriría.

INDICE

"LA CULTURA ARGENTINA"

JUAN CRUZ VARELA

Poesías

Reedición completa en 1 volumen
con un prólogo de
VICENTE D. SIERRA



BUENOS AIRES
«La Cultura Argentina» — Avenida de Mayo 646
1916

EN

TI

END O

PLE

REV